

CIDADA DE BOGOTÁ DE NUEVA GRACIA
CCION DE LA BIBLIOTECA

STAËL

DE LA
LIBÉRATION

ANONIM
PN542
.S7
R1829*
v.1

R. C.



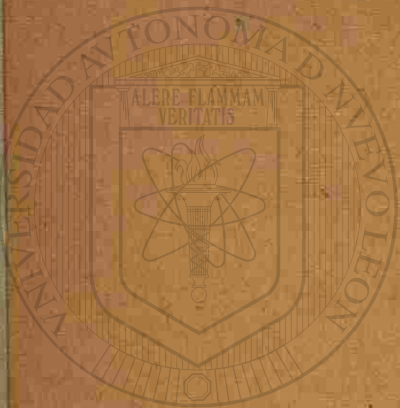
1020025919



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE
LA LITERATURA,

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES
CON LAS INSTITUCIONES SOCIALES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

100598
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

29563



DE

LA LITERATURA,

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES

CON LAS INSTITUCIONES SOCIALES;

POR MADAMA DE STAËL.

TRADUCCION CASTELLANA.

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

PARIS,

DIRECCION GENERAL EN LA IMPRENTA DE PILLET,

CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, N.º 7.

1829.

840
S.

PN 542
57
1829
v. 11



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

PROLOGO

DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA.

He creído deber responder, en las notas de la segunda edicion de mi obra, á varios hechos literarios alegados contra las opiniones que ella encierra. He procurado hacer este libro mas digno de la aprobacion que algunos hombres ilustrados tuvieron á bien acordarle.

He citado, en las notas añadidas á la presente obra, las autoridades en que fundé las opiniones literarias que se han impugnado*: me ceñiré pues, en este prólogo, á

* Estas notas contienen las pruebas que justifican: 1º que los Romanos estudiaron la filosofía, poseyeron historiadores conocidos, oradores célebres, y famosos jurisconsultos, antes de haber tenido poetas; 2º que sus autores trágicos no hicieron mas que imitar á los Griegos, y los asuntos griegos; 3º espalan un hecho que tenía yo por muy auténtico para necesitar de ser explicado; es que los cantos del Ostan se conocian en Escocia é In-

varias reflexiones generales sobre los dos modos de considerar en literatura, que forman al presente como dos partidos diferentes, y sobre la repugnancia con que algunas personas miran el sistema de la perfectibilidad del género humano.

Se me ha censurado el haber dado la preferencia á la literatura del Norte sobre la del Mediodía y han llamado esta opinion una nueva poética. El suponer que yo me haya propuesto el fin de hacer una poética, es conocer malisimamente mi obra. Dije, en la primera página, que Voltaire, Marmontel, y La Harpe, no dejaban que desear nada sobre este particular; pero queria yo mostrar la relacion que existe entre la literatura y las instituciones sociales de cada siglo y

glaterra por aquellos literatos que sabian la lengua gálica mucho tiempo ántes que Marpherson hubiera formado de estos cantos un poema; y que las fábulas islandesas y poesías scandinavas, que fuéron el tipo de la literatura del Norte en general, tienen la mayor relacion con el distintivo de la poesia de Osian. Cuantas particularidades pueden dar á conocer las poesías scandinavas, se hallan en la excelente introduccion de Mallet á la Historia de Dinamarca. Ultimamente, en una nota de la segunda parte de mi obra, trato de indicar cuales son las severas reglas que deben seguirse, con respecto á la introduccion de las nuevas voces en una lengua.

pais; y esta tarea no se habia desempeñado todavía en ningun libro conocido. Quería, probar tambien que la razon y filosofia adquiriéron siempre nuevas fuerzas, en medio de las innumerables desgracias del género humano. Mi gusto en poesia es poca cosa en comparacion de estos grandes resultados. Me mueven mas los versos de Thomson que los sonetos de Petrarca; me recrean mas las poesías de Gray que las canciones de Anacreonte; pero este modo de ser conmovida no tiene mas que muy indirectas relaciones con el plan general de mi obra; y el que tuviera opiniones totalmente contrarias á las mias sobre los gustos de la imaginacion, podria ser todavía enteramente de mi parecer sobre los cotejos que he hecho entre el estado político de los pueblos y su literatura; podria serlo enteramente sobre las consideraciones filosóficas y el enlace de las ideas que me han servido para trazar la historia de los progresos del pensamiento desde Homero hasta nuestros dias.

Pueden notarse hoy dia, entre los literatos franceses, dos opiniones opuestas, las cuales ámbas podrian conducir, por su exageracion, á la ruina del buen gusto ó del ingenio literario. Los unos creen aumentar el nervio del estilo, llenándole de imágenes incoherentes, de nuevas palabras, de agi-

gantadas espresiones. Estos escritores perjudican al arte, sin aumentar en nada la elocuencia ni el pensamiento; y semejantes esfuerzos ahogan los dones naturales en vez de perfeccionarlos. Otros literatos quieren persuadirnos que el buen gusto consiste en un estilo exacto, pero comun, y destinado á revestir ideas mas comunes todavia.

Este segundo sistema espone mucho ménos á la crítica. Estas frases conocidas despues de tanto tiempo, son como los concurrentes de una casa, á los que se deja pasar sin preguntarles nada. Pero no existe un escritor elocuente ó meditador, cuyo estilo no contenga espresiones que asombraron á los que las leyeron por la primera vez, á lo ménos á los que la profundidad de las ideas ó el calor del alma no habian arrastrado.

Cuando Bossuet dijo aquella soberbia frase: *Advertido por mis canas de dedicar á la grey que debo atementar con la palabra de vida las reliquias de una voz que cae y de un ardor que se amortigua*; hubo seguramente algunos desgraciados críticos que preguntaron lo que era *las reliquias de una voz y de un ardor*, lo que era *canas que advierten*. Cuando el mismo orador esclama, hablando de madama Enrieta: *Ahl está tal como la muerte nos la ha formado*, no cabe duda en que un literato de entónces hubiera podido censurar

esta soberbia espresion, y desfigurarla mudando en ella la menor palabra. Cuando Pascal escribió: *El hombre es una caña, la mas débil de la naturaleza, pero es una caña discursiva*; separando un crítico la primera frase de la segunda, hubiera podido decir: ¿Sabeis que Pascal llama al hombre *una caña discursiva*? El mas perfecto de nuestros poetas, Racine, es aquel cuyas atrevidas espresiones excitáron mas censuras; y el mas elocuente de nuestros escritores, el autor de *Emilio y Heloisa*, es aquel de todos sobre el que un espíritu insensible al embeleso de la elocuencia podría ejercer mas fácilmente su crítica. ¿Quien reconociera, en efecto, el estilo de Rousseau, si dividiéramos en dos sus frases, si las separáramos de su progresion, de su interes, de su impulso, y si apartáramos de sus escritos algunas palabras, estravagantes cuando están separadas, y llenísimas de sentido cuando las ponemos en su lugar*?

* Es oportuno notar que los hombres que, de algun tiempo á esta parte, forman un tribunal literario, evitan, al citar á nuestros mejores autores franceses, el nombrar á J. J. Rousseau. No es probable sin embargo que olviden al escritor que dió mas calor, fuerza, y vida á la palabra; al escritor que causa á sus lectores una conmocion tan profunda, que es imposible juzgarle como

Un estilo comun, repitolo, no tiene que temer nada de estas impugnaciones. Subdividense las frases de este estilo tanto como se quiera, las palabras que las componen volverán á juntarse de si mismas, *acostumbra- das como están á hallarse juntas*; pero un escritor no espresó nunca el afecto que él experimentaba, ni desencerró nunca los pensamientos que le eran realmente privativos, sin comunicar á su estilo aquel distintivo de originalidad el cual solo atrae y cautiva el empeño é imaginación de los lectores.

Las paradojas son sin duda tambien ideas comunes. Basta casi siempre transformar una verdad trivial para hacer de ella una paradoja. Sucede lo mismo con un modo de escribir exagerado; son unas espresiones frias con que se forman otras falsas. Pero no es menester trazar alrededor del pensamiento

simple literato. Nos sentimos arrastrados por él como por un amigo, por un seductor ó maestro. ¿Seria posible que el esplendor del talento no pudiese, ante ciertos jueces, obtener gracia por el ardiente amor de la libertad? ¿Seria verdad que un alma noble é independiente de cualquiera superioridad que esté dotada no debe esperar de los adversarios de las ideas filosóficas, mas que injusticia ó silencio; injusticia, cuando pueden atacarla todavia; silencio, cuando una gloria sancionada la hace superior á sus esfuerzos?

del hombre un círculo del que le esté vedado salir; porque no hay talento en donde no existe creación ninguna, tanto en los pensamientos como en el estilo.

Voltaire, que sucedia al siglo de Luis XIV, buscó en la literatura inglesa algunos nuevos primores que él pudiera acomodar al gusto frances*. Casi todos nuestros poetas de aquel siglo imitaron á los Ingleses. Saint-Lambert se enriqueció con las imágenes de Thomson, Delille tomó del género ingles algunas de sus perfecciones descriptivas; no le fué desconocido el *Cimiterio de Gray*, el que, bajo algunos aspectos, sirvió de modelo á Fontanes en una de sus mejores piezas, *el Dia de Difuntos en una aldea*. ¿Porqué desconoceríamos pues el mérito de unas obras que nuestros buenos autores imitaron con frecuencia?

Sin duda, no he cesado de repetirlo en

* Voltaire hubiera desaprobado, en mi concepto, aquella frase del Mercurio, que parecerá destituida de verdad no ménos á los Ingleses, que á cuantos han estudiado la literatura inglesa: « Se asombraria uno de ver que la fama de Shakespeare no se acrecentó tanto, *ana en Inglaterra*, mas que despues de los elogios de Voltaire. » Addison, Dryden, y los mas célebres autores de la literatura inglesa alabaron á Shakespeare, mucho tiempo ántes que le hubiera mentado Voltaire.

este libro, ninguna perfección literaria es durable, si no está sujeta al mas acendrado gusto. He empleado la primera una nueva voz, *la vulgaridad*, hallando que todavía no existian bastantes términos para desterrar para siempre cuantas formas suponen poca elegancia en las imágenes, ó poca delicadeza en la espresion. Pero el talento consiste en saber respetar los verdaderos preceptos del buen gusto, introduciendo en nuestra literatura quanto hay de perfecto, de sublime, de afectuoso, en la naturaleza tétrica, que los escritores del Norte supieron pintar; y si es ignorar el arte, el querer hacer abrazar en Francia todas las incoherencias de los trágicos ingleses y alemanes, es menester ser insensible al genio de la elocuencia, es menester privarse para siempre del don de conmovier fuertemente las almas, para no admirar lo que hay de apasionado en los afectos, lo que hay de profundo en los pensamientos que aquellos habitantes del Norte saben experimentar y transmitir.

Es imposible ser un buen literato, sin haber estudiado los antiguos autores, sin conocer perfectamente las obras clásicas del siglo de Luis XIV. Pero se renunciaria á poseer en adelante en Francia hombres insignes en la carrera de la literatura, si se condenara de antemano quanto puede con-

ducir á un nuevo género, abrir nuevas sendas al talento humano, ofrecer finalmente una perspectiva en lo futuro al pensamiento; el qual perderia bien presto toda emulacion, si se le presentara siempre la edad de Luis XIV como un modelo de perfeccion, al que ningun escritor elocuente ni meditador podrá sobrepujar nunca.

He distinguido con cuidado, en mi obra, lo que pertenece á las artes de imaginacion, de lo que es relativo á la filosofía; he dicho que semejantes artes no eran capaces de una indefinida perfeccion, mientras que no era posible prever el término en que se pararia el pensamiento. Se me ha censurado el no haber tributado los debidos homenajes á los antiguos. Repetí sin embargo de diversos modos que las mas de las invenciones poéticas nos venian de los Griegos, que la poesia de los Griegos no se habia *sobrepujado*, y ni aun *igualado por los modernos**: pero no dije,

* Sostuve que, en las buenas obras modernas, la espresion del amor habia adquirido mas delicadeza y profundidad que entre los antiguos, porque hay una cierta especie de sensibilidad que se aumenta con proporcion á las ideas. Aun las objeciones que se me han hecho, me suministran algunos nuevos argumentos en favor de mi opinion. Citaré dos para ejemplo, y lo demas se hallará en las notas de la obra. Se ha preguntado si

es verdad, que los hombres no habian adquirido, cerca de tres mil años hacia, un pensamiento mas; y hay una gravissima falta en la mente de los que condenan al género humano al suplicio de Sisifo, á volver á caer siempre despues de haberse elevado.

¿De qué proviene pues que este sistema de la perfectibilidad de la especie humana

la expresion del amor habia hecho progresos despues de la Heloisa del siglo duodécimo. Las cartas latinas que nos quedan de Heloisa, no pueden sostener por un instante la comparacion con el hechicero language que Pope le prestó en su epístola. Se ha preguntado si existia cosa ninguna mas afectuosa que el encuentro de Eneas y Andrómaca en la Eneida, cuando Andrómaca esclama al verle: «*Hector ubi est?*» en donde está Hector? Podria yo recusar una objecion sacada de Virgilio, supuesto que le he citado como *el poeta mas sensible*; pero aun aceptando esta objecion, dire que cuando Racine quiso poner á Andrómaca en el teatro, creyó que la delicadeza de los afectos exigia que él le atribuyera la resolucion de matarse, si se veia precisada á casarse con Pirro; y Virgilio da á su Andrómaca dos maridos despues de la muerte de Hector, Pirro y Heleno, sin pensar que esta circunstancia pueda perjudicar en nada al interes que ella debe infundir. Si á estos dos ejemplos se unen los que se hallarán citados en este libro, si se examinan con cuidado todas las obras de la antigüedad, se verá que no hay ninguna que no confirme la superioridad de los Romanos sobre los Griegos, de

irrita ahora todas las pasiones politicas? ¿Qué relacion puede tener él con ellas? »

Los que piensan que sus opiniones, en materia gubernativa, los obligan á impugnar la perfectibilidad del espíritu humano, hacen, á mi parecer, un grande acto de modestia. Tanto los partidarios de la monarquía como los de la república, deben pensar que la constitucion á que dan la preferencia, es favorable á la mejora de la so-

Tíbulo sobre Anacreonte, de Virgilio sobre Homero, en cuanto depende de la sensibilidad; y se verá igualmente que Racine, Voltaire, Pope, Rousseau, Goethe, etc., pintaron el amor con una especie de delicadeza, de culto, de melancolia y rendimiento que debia ser enteramente ajena de las costumbres, leyes y genio de los antiguos.

Este sistema ha dado motivo á tantas interpretaciones absurdas, que me creo obligada á indicar el sentido preciso que le doy en mi obra. Primeramente, al hablar de la perfectibilidad del espíritu humano, no pretendo decir que los modernos tengan una virtud intelectual mayor que la de los antiguos, sino solamente que el total de las ideas de toda especie se aumenta con los siglos. En segundo lugar, al hablar de la perfectibilidad del género humano, no hago de modo ninguno alusion á las fantasías de algunos meditadores sobre un tiempo futuro inverisimil, sino á los sucesivos progresos de la civilizacion en todas las clases y paises.

ciudad y á los adelantamientos de la razon; ¿si no estuvieran convenidos de ello, como podrian sostener su opinion en conciencia? El sistema de la perfectibilidad del género humano fué el de todos los filósofos doctos de cincuenta años á acá; y le sostuvieron bajo todas las formas posibles de gobierno *. Los profesores escoceses, particularmente Ferguson, esplanaron este sistema bajo la monarquía libre de la Gran Bretaña. Kant le sostiene declaradamente bajo el gobierno todavia feudal de la Alemania. Turgot le profesó bajo el régimen arbitrario, pero moderado del último reinado; y Condorcet, en la proscripción en que le habia puesto la sanguinaria tiranía que debia hacerle des- esperar de la república, Condorcet, en el colmo del infortunio, escribia todavia en

* Uno de los distintivos mas palpables en el hombre, dice el ciudadano Talleyrand, en su Informe sobre la instruccion pública del 10 de septiembre del año de 1791, pág. 7, es la perfectibilidad; y este distintivo sensible en el individuo, lo es mucho mas todavia en la especie; porque quizas no es imposible decir de un cierto hombre en particular que él llegó al punto á que podia alcanzar, y lo será eternamente afirmarlo de la especie entera, cuya riqueza intelectual y moral se acrecienta sin interrupcion con todos los productos de los pueblos anteriores.

favor de la perfectibilidad del género humano; tanto valor diéron los espiritus meditados á este sistema, que promete á los hombres en esta tierra algunos de los beneficios de una vida inmortal, un tiempo futuro ilimitado, una continuidad sin interrupcion *!

Este sistema no puede ser contrario á las ideas religiosas. Los predicadores ilus-

* Godwin tambien, en su obra sobre la justicia política, sostiene el mismo sistema; pero aunque es un hombre de sumo talento, su razon no me ha parecido bastante segura para citarle nunca como una autoridad. Se pretendió que yo habia tomado algunas ideas de mi obra, en que no se trata mas que de literatura, en la justicia política de Godwin; y respondo con una denegacion simple. Apuesto á que no citan ni siquiera una sola idea de esta obra que yo haya insertado en la mia, excepto la perfectibilidad de la especie humana, que dichosamente no me pertenece mas á mí que á Godwin. Creo haber sido la primera en tratar de aplicar este sistema á la literatura; pero pongo un sumo precio en mostrar cuantos filósofos respetables defendieron victoriosamente, antes de mí, esta opinion, considerada de un modo general; y no pienso, como un literato de nuestros dias, que la preciosa composicion poética de Voltaire, intitulada *el Mundano*, haya dado la idea de la perfectibilidad de la especie humana, y que contenga el resumen de cuanto hay de mejor en las largas teorías sobre esta perfectibilidad.

trados representaron siempre la moral religiosa como un medio de mejorar el género humano; y he procurado probar que los preceptos del cristianismo contribuyeron eficazmente á ello. No hay pues ninguna opinion, excepto la que prohibiria pensar, leer y escribir; no hay ningun gobierno, excepto el tiránico, que pueda declararse por contrario á la perfectibilidad del género humano. ¿Cuales son pues los peligros que un espíritu razonable é independiente puede temer de semejante sistema?

¿Se dirá que varios monstruos bárbaros formaron de esta opinion el pretexto de sus maldades? Pero ¿prescribe el día de San Bartolomé el ateísmo? Pero ¿condenaron para siempre los crímenes de Carlos IX y Tiberio la autoridad de uno solo en todos los países? ¿De qué no abusaron los hombres? Sirvenles el aire y el fuego para matarse, y es en sus manos la naturaleza entera un medio destructivo. ¿Resulta de ello que no sea menester acordar al bien el puesto que lo que es bien merece? ¿Es menester degradar siempre mas al género humano, á proporción que él abusa de una idea generosa? Se diria que las preocupaciones, bajezas, y mentiras no hicieron mal al género humano, pues se manifiesta tanta severidad con la filosofía, libertad y razon.

Lo que creo mas bien, es que los detractores del sistema de la perfectibilidad del género humano, no meditaron sobre las verdaderas basas de esta opinion. En efecto, confiesan que las ciencias hacen continuos progresos, y quieren que la razon no los haga. Pero las ciencias tienen una íntima conexión con cuantas ideas componen el estado moral y político de las naciones. Descubriendo la brújula se descubrió el Nuevo Mundo; y la Europa moral y política experimentó despues de aquel tiempo considerables mudanzas. La imprenta es una invencion de las ciencias. Si en algun día se dirigiera la navegacion aerostática, ¿cuan diferentes no serian las relaciones sociales?

La superstición es inconciliable á la larga con los adelantamientos de las ciencias positivas. Los errores de cualquiera especie se rectifican sucesivamente con el espíritu de cálculo. Últimamente ¿como se puede imaginar que se pondrán las ciencias en tanto grado afuera del pensamiento, que la razon humana no se resienta de los inmensos progresos que se hacen cada día en el arte de observar y dirigir la naturaleza física? ¿No existen tambien las luces de la experiencia y observacion en el orden moral, ni dan tambien útiles auxilios á los sucesivos progresos de toda especie de reflexiones?

Diré mas, los progresos de las ciencias hacen necesarios los de la moral; porque, aumentando el poder del hombre, es necesario fortificar el freno que le impide abusar de él. Los adelantamientos de las ciencias hacen necesarios tambien los de la politica. Hay necesidad de un gobierno mas ilustrado, que respete mas la opinion pública en medio de las naciones en que cada día se difunden las luces; y aunque pueden oponerse siempre los desastres de algunos años á los raciocinios que tienen los siglos por fundamento, no por ello es ménos cierto que ningun país de la Europa soportaria jamas ahora la larga sucesion de bajas y feroces tiranías que abrumaron á los Romanos. Importa por otra parte distinguir entre la perfectibilidad del género humano y la del talento humano. La una se manifiesta todavía mas claramente que la otra. Cada vez que una nacion nueva, tal como la América, la Rusia, etc., hace progresos en la civilizacion, se ha perfeccionado el género humano; cada vez que una clase inferior ha salido de la esclavitud, se ha perfeccionado tambien el género humano. Las luces ganan evidentemente en estension, aun cuando se tratara de disputarles todavía de que ellas crecen en elevacion y profundidad. Finalmente sería necesario componer un libro

para refutar quanto las gentes se toman la libertad de decir en un tiempo en que los intereses personales están fuertemente agitados todavía. Pero este libro, le compondrá el tiempo; y los venideros no tomarán mas parte en el pequeño furor que las ideas filosóficas excitan hoy día, que en los atroces afectos que el terror habia desencerrado:

*Les fils sont plus grands que leurs pères,
Et leurs cœurs n'en sont pas jaloux.*

« Los hijos son mayores que sus padres, y sus corazones no están por ello zelosos. »

Estos versos, justamente aplicados á las hazañas militares cuyos gloriosos contemporáneos somos, estos versos serán verdaderos tambien para los progresos de la razon; y desgraciado el que no tuviera en su corazon el noble presentimiento de ello!

¿Porqué no reunen los talentos distinguidos, cualquiera carrera que sigan, sus esfuerzos para sostener cuantas ideas tienen en sí grandeza y elevacion? ¿No ven por todas partes que los afectos mas viles, la mas baja codicia se apoderan cada día á varios sujetos en quienes habiamos puesto nuestra estimacion? ¿Qué les quedará pues á los que todavía se interesan algo en los progresos

del pensamiento, ó que aun limitándose á las artes de imaginacion, quieren escluir todo lo restante? Impugnan ellos la filosofia; en breve la echarán ménos; en breve reconocerán que degradando el talento, debilitan aquel móvil del alma que nos hace ser amantes de la poesia, y tomar parte en su generoso entusiasmo.

Todos los vicios se confederan, todos los talentos deberian reunirse; si ellos se juntan, harán que triunfe el mérito personal; si se impugnan reciprocamente, los calculadores felices se pondrán en los primeros puestos, y convertirán en irrisión todos los afectos desinteresados, el amor de la verdad, la ambición de la gloria, y la emulacion que infunde la esperanza de ser útil á los hombres, y de perfeccionar su razon *.

* Despues de haber refutado las diversas objeciones que se han hecho contra mi obra, sé muy bien que hay una especie de impugnacion que puede repetirse eternamente; son cuantas insinuaciones tienen por objeto el censurarme, como muger, de escribir y pensar. Presento de antemano la traduccion de todas estas especies de criticas en los versos de Moliere, que recuerdo aqui:

*Non, non, je ne voux point d'un esprit qui soit haut,
Et femme qui compose en sait plus qu'il ne faut,
Je prétends que la mienne, en clarté peu sublime,
Même ne sache pas ce que c'est qu'une rime;*

*Et c'est asses pour elle, à vous en bien parler,
Que savoir prier Dieu, m'aimer, coudre et filer.*

« No, no, no quiero ningun talento que sea profundo, y muger que compone sabe mas que es necesario; pretendo que la mia, en claridades poco sublime, aun no sepa lo que es una rima; y es bastante para ella, para pintársela á Vm. buena, el saber orar, amarme, coser, é hilar.»

Concibo que uno pueda recrearse con estas chanzas, aunque son algo usadas; pero no alcanzo como seria posible que mi genio ó escritos infundiesen afectos amargos. Un motivo de cualquiera especie puede sugerir su language; pero no creo, en verdad, que ninguno los esperimente realmente.



DISCURSO PRELIMINAR.

ME he propuesto examinar cual es el influjo de la religion, costumbres y leyes sobre la literatura, y cual es el de esta sobre la religion, costumbres y leyes. Existen en la lengua francesa, sobre el arte de escribir y sobre los principios del buen gusto, diversos tratados que no dejan que desear nada*; pero me parece que no se han analizado suficientemente las causas morales y políticas, que modifican el espíritu de la literatura. Me parece que todavía no se ha considerado como las facultades humanas tuvieron gradualmente progreso con las obras ilustres de toda especie, que se compusieron desde Homero hasta nuestros días.

* Las obras de Voltaire, las de Marmontel y de La Harpe.

He tratado de dar razon del curso lento, pero continuo, del espíritu humano en la filosofía, y de sus triunfos rápidos, pero interrumpidos, en las artes. Las obras antiguas y modernas que tratan sobre las materias morales, políticas ó científicas, prueban evidentemente los progresos sucesivos del pensamiento, desde que su historia nos es conocida. No sucede lo mismo con las bellezas poéticas que pertenecen únicamente á la imaginacion. Observando las diferencias características que se hallan entre los escritos de los Italianos, Ingleses, Alemanes, y Franceses, he creido poder demostrar que las instituciones políticas y religiosas tenian la mayor parte en estas diversidades constantes. Contemplando últimamente las ruinas, y esperanzas que la revolucion francesa confundió juntamente por decirlo así, he pensado que importaba conocer cual era el poder que esta revolucion ejerció sobre las luces, y qué efectos podrian resultar de ello en algun dia, si el orden y libertad, la moral é independencia

republicana, se combinaran sabia y políticamente.

Antes de ofrecer un resumen mas circunstanciado del plan de esta obra, es necesario representar la importancia de la literatura, considerada en su mas lata acepcion; es decir encerrando en sí los escritos filosóficos y las obras de imaginacion, cuanto concierne finalmente al ejercicio del pensamiento en los escritos, excepto las ciencias físicas.

Voy á examinar primeramente la literatura de un modo general en sus relaciones con la virtud, la libertad y felicidad, y si es imposible no reconocer qué poder ella ejerce sobre estos grandes afectos, primeros móviles del hombre, se me unirán á mi quizas con un mas vivo empeño para seguir los progresos, y para observar el dominante espíritu de los escritores de cada pais y edad.

¡Porqué no me es posible atraer á todos los talentos ilustrados hácia el gozo de las meditaciones filosóficas! Los contemporá-

neos de una revolucion pierden á menudo toda inclinacion al exámen de la verdad. Tantos sucesos decididos por la fuerza, tantos crímenes absueltos por el triunfo, tantas virtudes denigradas por la censura, tantos infortunios insultados por la autoridad, tantos generosos afectos convertidos en ludibrio público, tantos viles cálculos hipócritamente comentados: todo eansa de la esperanza á los hombres mas fieles al culto de la razon. Deben ellos reanimarse sin embargo observando, en la historia del espíritu humano, que no existió un pensamiento útil, ni una profunda verdad que no tuvieran su siglo y admiradores. Es sin duda un triste esfuerzo el transportar su interes, fundar sus esperanzas, en medio de lo venidero, sobre nuestros sucesores, sobre los extranjeros bien distantes de nosotros, sobre los desconocidos, sobre todos los hombres finalmente cuya memoria é imágen no pueden representarse en nuestro ánimo. Pero, triste de mí! si se exceptuan algunos amigos inalterables, los mas de aquellos de

que nos recordamos despues de diez años de revolucion, contristan nuestro corazon, ahogan nuestros impulsos, imponen respeto á nuestro talento mismo, no por su superioridad, sino por aquella malevolencia que no causa dolor mas que á las almas dulces, y no hace sufrir mas que á los que no la merecen.

Repongámonos finalmente con el peso de la existencia, no demos á nuestros injustos enemigos, y á nuestros amigos ingratos, el triunfo de haber abatido nuestras facultades intelectuales. Reducen á buscar la gloria, á los que se hubieran contentado con afectos: pues bien! es menester lograrla. Estos ambiciosos ensayos no remediarán los pesares del alma; pero honrarán la vida. El consagrarla á la esperanza siempre falaz de la felicidad es hacerla mas desafortunada todavía. Vale mas reunir todos sus esfuerzos para bajar con nobleza, con reputacion, el camino que guia de la juventud á la muerte.

De la importancia de la Literatura en sus relaciones con la virtud.

La virtud perfecta es lo bello ideal del mundo intelectual. Hay algunas relaciones entre la impresion que ella hace en nosotros, y el afecto que hace experimentar cuanto es sublime, ya en las bellas artes, ya en la naturaleza fisica. Las proporciones regulares de las estatuas, la expresion sosegada y pura de ciertas pinturas, la armonia de la música, el aspecto de un hermoso sitio en una fértil campiña, nos enagenan con un entusiasmo que no carece de conformidad con la admiracion que infunde el espectáculo de las acciones honradas. Las extravagancias, inventadas ó naturales, dejan pasmada por un momento la imaginacion; pero el pensamiento no descansa mas que sobre el orden. Cuando se quiso dar una idea de la vida futura, se dijo que el espíritu del hombre volveria al seno de su Criador: era pintar algo de la connozion

que se experimenta cuando, despues de los dilatados estravios de las pasiones, se oye de repente aquella magnífica lengua de la virtud, nobleza, piedad, y se halla todavía que el alma entera es sensible á ella.

No toma la literatura sus perfecciones durables mas que en la mas delicada moral. Los hombres pueden abandonar sus acciones al vicio, pero jamas su juicio. No está acordado á ningun poeta, cualquiera que sea su talento, el hacer salir un efecto trágico de una situacion que admitiera como principio una immoralidad. La opinion, tan yacilante sobre los acaecimientos reales de la vida, toma un aspecto de estabilidad, cuando se le presenta el juicio de las pinturas de imaginacion. La critica literaria es con mucha frecuencia un tratado de moral. Entregándose los escritores distinguidos únicamente al impulso de su talento, descubririan lo que hay de mas heroico en el rendimiento, y de mas afectuoso en los sacrificios. El estudiar el arte de conmoover á los

hombres, es profundizar los secretos de la virtud.

Las obras maestras de la literatura, prescindiendo de los ejemplos que ellas presentan, producen una especie de conmoción moral y física, un estremecimiento de admiración que nos dispone á las acciones generosas. Los legisladores griegos daban un sumo valor al efecto que podia producir una música guerrera ó voluptuosa. La elocuencia, poesía, situaciones dramaticas, y pensamientos melancólicos obran tambien sobre los órganos, aunque todo ello se dirige á la reflexion. Es entónces la virtud un impulso involuntario, un impulso que se comunica á la sangre, y nos arrastra irresistiblemente como las mas dominantes pasiones. Es de sentir que los escritos que se publican en nuestros dias no exciten con mas frecuencia este noble entusiasmo. Se forma el gusto sin duda con la lectura de todas las obras maestras conocidas en nuestra literatura; pero nos acostumbramos á ellas desde la niñez, cada uno de nosotros se ad-

mira de sus perfecciones en épocas diferentes, y recibe separadamente la impresion que ellas deben producir. Si asistiéramos en tropel á las primeras representaciones de una tragedia digna de Racine; si leyéramos á Rousseau, si escucháramos á Ciceron dejándose oír por la primera vez en medio de nosotros, el interes de la sorpresa y curiosidad fijaria la atencion sobre unas verdades abandonadas; y mandando el talento como dueño á todos los espíritus, restituiria á la moral algo de lo que él recibió de ella; y restableceria el culto al que es deudor de su inspiracion.

Existe una tal conexion entre todas las facultades del hombre, que aun perfeccionando uno su gusto en literatura, obra sobre la elevacion de su genio; experimenta por sí mismo alguna impresion del lenguaje de que se sirve; y las imágenes que él nos representa modifican nuestras disposiciones. Cada vez que precisado el escritor ú orador á elegir entre diferentes espresiones, se determina por la que recuerda la idea más

delicada, su espíritu elige entre semejantes espresiones, como su alma debería decidirse en las acciones de la vida; y este primer hábito puede conducir al otro.

La idea de lo perfecto intelectual, aun cuando la aplicamos á los objetos de literatura, debe infundir repugnancia para cuanto es vil y feroz; y esta involuntaria aversion es una garantía casi tan segura como las máximas meditadas.

Se corre uno de justificar el talento, pues en tanto grado parece evidente, á la primera vista, que debe ser una grande preeminencia. Se recrearon á veces sin embargo, por una especie de abuso del talento mismo, en trazarnos sus inconvenientes. Únicamente un equívoco de palabras dió algunos visos de razon á esta paradoja. El verdadero talento no es otra cosa mas que la facultad de ver bien; el sentido comun es mucho mas bien talento que las ideas falsas. Quanto mas sano juicio, tanto mas talento; y el ingenio es el sano juicio aplicado á las nuevas ideas. El ingenio aumenta el tesoro del sano juicio;

y conquista para la razon. Lo que él descubre hoy dia, será conocido generalmente dentro de poco; porque una vez descubiertas las verdades importantes, hacen impresion en todos casi igualmente. Los sofismas, los cálculos llamados ingeniosos, aunque carecen de precision, quanto se desvía finalmente, debe considerarse únicamente como un defecto. Asemajado pues así el talento, bajo todos los aspectos, á la razon superior, no puede perjudicar mas que ella. El fomentar el talento en una nacion, y destinar los empleos públicos á los hombres que tienen talento, es hacer prosperar la moral.

Se atribuyen con frecuencia al talento cuantas faltas provienen de no tenerle suficiente. Las medias reflexiones, los medios cálculos turban al hombre sin ilustrarle. La virtud es á un mismo tiempo una afeccion del alma, y una verdad demostrada; es menester sentirla ó comprenderla. Pero si tomamos del raciocinio lo que turba el instinto, sin alcanzar lo que puede hacer las veces suyas, no nos pierden las prendas

que poseemos, sino las que nos faltan. Para todas las desgracias humanas, buscad el remedio mas arriba. Si volveis vuestras miradas hácia el cielo, se ennoblecen vuestros pensamientos; elevándose uno, halla mas puro el aire, y mas resplandeciente la luz. Estimulad al hombre por último á todas las especies de superioridad, y servirán ellas todas para la perfeccion de su moral. Los grandes talentos obtienen aplausos, y una benevolencia que inclina á la dulzura el alma de los que los poseen. Véanse los hombres crueles; los mas de ellos están destituidos de distinguidas facultades. Aun la casualidad grabó algunas repugnantes fealdades en su figura; y se vengan ellos sobre el orden social de lo que les negó la naturaleza. Me confío sin temor á los que deben estar contentos con la suerte, á aquellos que, de cualquier modo, pueden merecer el voto de los hombres. Pero ¿qué interes tiene en la conservación del linage humano, el que no puede lograr de sus semejantes ningun testimonio de aprobacion volunta-

ria? Tiene necesidad del universo aquel á quien el universo admira.

Se repitió frecuentemente que los historiadores, autores cómicos, y cuantos finalmente estudiáron á los hombres para pintarlos, eran indiferentes al bien y mal. Un cierto conocimiento de los hombres puede producir semejante efecto; un conocimiento mas profundo conduce al resultado contrario. El que pinta á los hombres como Saint-Simon ó Duclos, no hace mas que aumentar la ligereza de sus opiniones y costumbres; pero el que los juzgara como Tácito, seria necesariamente útil á su siglo. El arte de observar los genios, de esplicar sus móviles, y de hacer resaltar sus visos, tiene tanto influjo sobre la opinion, que, en cuantos paises se halla establecida la libertad de la imprenta, ningun hombre público, ninguno conocido resistiria al menosprecio, si le impusiera el talento. ¿Qué bellas formas de indignacion no hizo descubrir el odio del crimen á la elocuencia? qué potestad vengadora de todos los afectos generosos!

Ninguna cosa puede igualar á la impresion que hacen experimentar ciertos impulsos del alma, ó algunos retratos atrevidamente trazados. Las pinturas del vicio dejan una memoria indeleble, cuando ellas son la obra de un escritor profundamente meditador. Analiza él afectos intimos, y particularidades imperceptibles; y á menudo una expresion enérgica se enlaza con la vida de un hombre culpable, y se une con él en el juicio del público. Es tambien una utilidad moral del talento literario, aquel oprobrio impreso sobre las acciones por el arte de pintarlas *.

Me resta hablar de la objecion que puede sacarse de las obras en que se pintaron con talento las costumbres condenables. Sin duda semejantes escritos podrian perjudicar

* Contra la utilidad que puede esperarse de la publicidad de lo verdadero, podrian oponerse sin duda los repugnantes libelos con que se vió manchada la Francia; pero no he querido hablar mas que de los servicios que deben esperarse del talento; y el talento teme envilecerse con la men-

á la moral, si ellos hicieran una profunda impresion: pero no dejan nunca mas que un leve vestigio, que los verdaderos afectos borran con suma facilidad. Las obras alegres son, en general, un simple descanso del ánimo, de que él conserva un cortísimo recuerdo. La naturaleza humana es seria; y en el silencio de la meditacion no buscamos mas que los escritos razonables ó sensibles. En esta sola especie se adquirió la gloria literaria, y se puede reconocer su verdadero influjo.

¿Se dirá que la carrera de las letras distrae al hombre de sus obligaciones domésticas, y de los servicios políticos que él pudiera hacer á su país? No tenemos ya ejemplos de aquellas repúblicas que daban á cada ciudadano su parte de influjo en la tira: teme confundirlo todo; porque perderia él entónces su lugar entre los hombres. En cualquiera cosa lo que es consolatorio, es la superioridad; y lo que es necesario temer, son todos los defectos que la pobreza de espíritu ó alma lleva consigo.

suerte de su patria; y estamos todavía mas distantes de aquella vida patriarcal que concentraba todos los afectos en lo interior de las familias. En el actual estado de la Europa, los adelantamientos de la literatura deben servir para el progreso de todas las ideas generosas. Lo que se pusiera en el lugar de semejantes adelantamientos, no serian virtudes públicas ni afectos privados, sino los mas codiciosos cálculos del egoismo ó vanidad.

Atemorizados los mas de los hombres con las horrendas vicisitudes de que los sucesos políticos nos diéron ejemplo, han perdido ahora todo empeño en perfeccionarse á sí mismos, y se hallan muy impresionados del dominio de la casualidad para creer en el ascendiente de las facultades intelectuales. Si los Franceses trataran de lograr nuevos triunfos en la carrera literaria y filosófica, seria un primer paso hácia la moral; aun el gusto, causado por los aciertos del amor propio, formaria algunos vinculos entre los hombres. Saldriamos gradualmente

del mas horrendo periodo del espíritu público, el egoismo del estado natural combinado con la activa multiplicidad de los intereses sociales, la corrupcion sin urbanidad, la rusticidad sin franqueza, la civilizacion sin luces, la ignorancia sin entusiasmo; últimamente aquella especie de *desengaño*, enfermedad de algunos hombres superiores, de que los espíritus limitados se creen tocados cuando, muy ocupados en sí mismos, se sienten indiferentes para las desgracias ajenas.

De la Literatura en sus relaciones con la gloria.

Si la literatura puede servir útilmente á la moral, influye ella por esto solo poderosamente tambien sobre la gloria; porque no hay gloria durable en un país en que no existiera ninguna moral pública. Si la nacion no abrazara principios invariables por basa de su opinion, si cada individuo no se fortificara en su juicio con la certeza

de que este juicio concuerda con el consentimiento general, las reputaciones sobresalientes no serian mas que accidentes sucediéndose al acaso unos á otros. El lustre de algunas acciones podria llamar la atencion; pero es necesaria una progresion en los afectos para llegar al mas sublime de todos, á la admiracion. No podemos juzgar mas que comparando. La estimacion, aprobacion, y respeto, son unos grados necesarios para el poder del entusiasmo. La moral sienta los fundamentos sobre los que puede elevarse la gloria; y la literatura, prescindiendo de su enlace con la moral, contribuye tambien, de un modo mas directo, á la existencia de esta gloria, noble fomento de todas las virtudes públicas.

El amor de la patria es un afecto meramente social. Criado el hombre por la naturaleza para las relaciones domésticas, no lleva mas allá su ambicion mas que con el irresistible atractivo del aprecio general; sobre cuyo aprecio, formado por la opinion, influye sumamente el talento de escribir.

En Atenas, en Roma, en las ciudades dominadoras del mundo civilizado, hablando uno en la plaza pública, disponia de las voluntades de una nacion y de la suerte de todos; en nuestros tiempos, se preparan los sucesos y se ilustran los juicios por medio de la lectura. ¿Qué seria una nacion numerosa, si los individuos que la componen no se comunicaran entre sí con el socorro de la imprenta? La silenciosa asociacion de infinitos hombres no estableceria punto ninguno de contacto de que pudiera salir la luz, y la muchedumbre no se enriqueceria nunca con los pensamientos de los hombres superiores.

Renovándose siempre la especie humana, un individuo no puede formar vacio mas que en la opinion; y para que esta opinion exista, es menester tener un medio de entenderse á larga distancia, de reunirse por medio de ideas y afectos generalmente aprobados. Los poetas y moralistas caracterizan anticipadamente la naturaleza de las bellas acciones; el estudio de las letras habilita á

una nacion para premiar á sus grandes hombres, enseñándola á juzgarlos segun su valor relativo. La gloria militar existió en los pueblos bárbaros. Pero no es menester comparar nunca la ignorancia con la degradacion; un pueblo que se civilizó con las luces, si vuelve á caer en la indiferencia para el talento y la filosofía, se hace incapaz de todo afecto vivo; le queda una especie de espíritu de desdoro, que le inclina, á todo riesgo, á negarse á la admiracion; teme engañarse en los elogios, y cree, al modo de los jóvenes que se precian de finos modales, que se hace uno mas honor criticando, aun con injusticia, que aprobando muy fácilmente. Semejante pueblo está entónces en una disposicion casi siempre indolente; parece que la nacion toda entera está tocada del frio de la edad; se sabe bastante para no admirarse; y no ha adquirido uno suficientes conocimientos para discernir con certeza lo que es digno de aprecio; se destruyen muchas ilusiones sin que se establezca verdad ninguna; se ha vuelto á caer en la niñez

con la vejez, y en la incertidumbre con el raciocinio; se está en aquel estado que el Dante llamaba el *infierno de los tibios*. El que trata de distinguirse infunde desde luego una pasion nada favorable; y el público enfermo está fatigado anticipadamente del que quiere obtener todavia una señal de él.

Quando una nacion adquiere diariamente nuevas luces, es amante de los varones insignes, como precursores suyos en el camino que ella debe recorrer; pero quando se siente ir hácia atras, el corto número de los talentos superiores que se libran de su decadencia, le parece, por decirlo así, enriquecido con sus despojos. No tiene ya semejante nacion ningun interes comun con los triunfos de ellos, los que no le hacen experimentar mas que el afecto de la envidia.

La difusion de ideas y conocimientos que la destruccion de la esclavitud é invencion de la imprenta produjéron entre los Europeos, esta difusion debe acarrear interminables progresos, ó el completo envilecimiento de las sociedades. Si la análisis sube

hasta el verdadero principio de las instituciones, dará ella un nuevo grado de fuerza á las verdades que haya conservado; pero aquella analisis superficial, que descompone las primeras ideas que se presentan, sin examinar el objeto todo entero, esta analisis debilita necesariamente el móvil de las opiniones fuertes. En medio de una nacion indecisa y estragada, no seria posible la admiracion profunda; y aun los triunfos marciales no podrian conseguir una fama inmortal, si las ideas literarias y filosóficas no hicieran á los hombres capaces de conocer y perpetuar la gloria de los héroes.

No es verdad que un grande hombre tenga mas lustre, siendo el solo célebre, que rodeado de nombres famosos que se reconozcan inferiores al primero de todos, al suyo. Se dijo en politica que un rey no podia subsistir sin nobleza ó pares; en la corte de la opinion, es necesario tambien que diversas graduaciones de puestos añancen la supremacia. ¿Qué es un conquistador oponiendo á unos bárbaros contra otros en la

noche de la ignorancia? No es tan famoso César en la historia, sino porque decidió de la suerte de Roma, y que en Roma estaban Ciceron, Salustio, Caton, tantos talentos y tantas virtudes que sojuzgaba la espada de un solo hombre. Detras de Alejandro se elevaba todavia la sombra de la Grecia. Es menester, para el esplendor mismo de los famosos campeones, que el pais que ellos sujetan esté enriquecido con todos los dones del talento humano. No sé si el poder del pensamiento debe destruir en algun dia el azote de la guerra; pero ántes de este dia, él, la elocuencia é imaginacion, y aun la filosofia realzan todavia la importancia de las acciones guerreras; si dejamos borrarse y envilecerse todo, la fuerza podrá dominar; pero ningun lustre verdadero la rodeará, los hombres se degradarán mil veces mas con la ruina de la emulacion, que con los zelosos furores de que la gloria á lo ménos era objeto todavia.

De la Literatura en sus relaciones con la libertad.

La libertad, la virtud, la gloria, las luces, este magestuoso séquito del hombre en su dignidad natural, estas ideas ligadas entre sí, y cuyo origen es uno mismo, no pueden existir separadamente. El complemento de cada una está en la reunion de todas. Las almas que se recrean en enlazar la suerte del hombre con un pensamiento divino, ven en este conjunto, en esta relacion intima entre cuanto es bien, una prueba mas de la unidad moral, de la unidad de concepcion que dirige este universo.

Los progresos de la literatura, esto es, la perfeccion del arte de pensar y espresarse, son necesarios para el establecimiento y conservacion de la libertad. Es evidente que las luces son tanto mas indispensables en un pais, cuanto mas inmediata parte tienen en la accion gubernativa los ciudadanos que en él habitan. Pero lo que es igualmente verda-

dero, es que la igualdad política, principio inherente á toda constitucion filosófica, no puede subsistir, mas que si clasificais las diferencias de educacion, con mas cuidado todavía que la feudalidad ponía en sus arbitrarias distinciones. La pureza del lenguaje, la nobleza de las espresiones, imagen de la elacion de ánimo, son necesarias mas principalmente en un estado fundado sobre bases democráticas. En otras partes ciertas barreras facticias impiden la total confusion de las diversas educaciones; pero cuando no estriba la autoridad mas que sobre la suposicion del mérito personal, ¿qué empeño no debe ponerse en conservar á este mérito todas sus propiedades exteriores?

En un estado democrático, es menester temer incesantemente que el desseo de la popularidad arrastre á la imitacion de las costumbres vulgares; porque bien pronto se persuadiria uno de que es inútil, y casi perjudicial, el tener una muy notable superioridad sobre el vulgo al que quiere cautivar. El pueblo se acostumbraria á elegir magis-

trados ignorantes y toscos; estos magistrados ahogarian las luces; y, por efecto de un inevitable círculo, la ruina de las luces acarrearía la esclavitud del pueblo.

Es imposible que, en un estado libre, la autoridad pública se pase sin el consentimiento verdadero de los ciudadanos á quienes ella gobierna. El raciocinio y elocuencia son los vínculos naturales de una asociación republicana. ¿Qué podeis sobre la voluntad libre de los hombres, si no teneis aquella fuerza, aquella propiedad de lenguaje que penetra las almas, y les infunde lo que ella espresa? Si los hombres destinados á dirigir el estado, no poseen el secreto de persuadir los ánimos, la nación no se ilustra, y los individuos conservan, sobre todos los negocios públicos, la opinión que el acaso engendró en su cabeza. Uno de los principales motivos para echar ménos la elocuencia, es que semejante pérdida separaría á los hombres entre sí, entregándolos únicamente á sus impresiones personales. Es necesario oprimir cuando no se sabe con-

vencer; en todas las relaciones políticas de los gobernantes y gobernados, una prenda ménos exige una usurpación mas.

Nuevas instituciones deben formar un espíritu nuevo en los países que se quiere hacer libres. Pero ¿como es posible fundar algo en la opinión, sin el socorro de los escritores distinguidos? Es necesario hacer nacer el deseo, en vez de prescribir la obediencia; y aun cuando con razon el gobierno desea que se establezcan unas instituciones, debe contemplar bastante la opinión pública, para manifestar trazas de acordar lo que él desea. Unicamente algunos escritos bien hechos pueden dirigir y modificar á la larga ciertos hábitos nacionales. El hombre tiene, en el secreto de su pensamiento, un asilo de libertad impenetrable á la acción de la fuerza; los conquistadores tomaron con frecuencia las costumbres de los vencidos; y la convicción sola mudó los antiguos estilos. Por medio de los progresos de la literatura pueden impugnarse eficazmente las preocupaciones inveteradas. Los gobiernos,

en los países hechos libres, necesitan, para destruir los errores antiguos, de la ridiculez que hace que les cojan aversión los jóvenes, y de la convicción que desaparega de ellos á la edad madura; necesitan, para fundar nuevos establecimientos, de estimular la curiosidad, la esperanza, el entusiasmo, los afectos inventivos finalmente, que diéron origen á cuanto existe, á cuanto dura; y en el arte de hablar y escribir se hallan los solos medios de infundir estos afectos.

La actividad necesaria á todas las naciones libres, se ejerce con el espíritu de facción, si el aumento de las luces no es el objeto del interés universal, y si esta ocupacion no presenta una carrera abierta á todos, que pueda excitar la ambicion general. Es necesario por otra parte un estudio constante de la historia y filosofía, para profundizar y difundir el conocimiento de los derechos y obligaciones de los pueblos y magistrados. La razon no sirve, en los imperios despóticos, mas que para la resignacion individual; pero, en los estados libres,

protege ella el descanso y libertad de todos.

Entre los diversos progresos del espíritu humano, considero la literatura filosófica: la elocuencia y raciocinio, como la verdadera garantia de la libertad. Son las ciencias y artes una importantísima parte de las tareas intelectuales; pero sus descubrimientos, pero sus aciertos no ejercen un inmediato influjo sobre aquella opinion pública que decide del destino de las naciones. Los géometras, físicos, pintores, y poetas recibirian fomentos bajo el reinado de reyes omnipotentes, mientras que la filosofía política y religiosa pareceria á semejantes dominadores la mas formidable de todas las rebeliones.

No encontrando en su camino los que se dan á las ciencias positivas las pasiones de los hombres, se acostumbran á no contar mas que lo que es capaz de una demostracion matemática. Los eruditos clasifican casi siempre entre las ilusiones lo que no puede sujetarse á la lógica del cálculo. Valúan desde

luego la fuerza del gobierno, cualquiera que él sea; y como no forman mas deseo que el entregarse en paz á la actividad de sus tareas, están inclinados á la obediencia de la autoridad que domina. La profunda meditacion que exigen las combinaciones de las ciencias exactas, distrae á los sabios de interesarse en los acaecimientos de la vida; y ninguna cosa conviene mejor á los monarcas absolutos, que unos hombres tan profundamente ocupados en las leyes físicas del mundo, que ellos abandonan el orden moral suyo al que quiera apoderarse de él. Sin duda los descubrimientos de las ciencias deben dar á la larga una nueva fuerza á aquella profunda filosofía * que juzga á los

* Se me ha preguntado qué definición daba yo de la palabra *filosofía*, de que me servi muchas veces en el curso de esta obra. Antes de responder á esta pregunta, permítaseme trasladar aquí una nota de Rousseau, en el segundo libro de su Emilio.

« He hecho cien veces reflexion, escribiendo, que no es posible, en una larga obra, dar siem-

pueblos y reyes; pero este remoto tiempo futuro no espanta á los tiranos; se vió á mu-

pre el mismo sentido á las mismas palabras. No hay lengua bastante rica para suministrar tantos términos, locuciones y frases, como nuestras ideas pueden tener modificaciones. El método de definir todos los términos, y de substituir de continuo la definición en lugar del definido, es admirable, pero impracticable; porque ¿ como evitar el círculo? Las definiciones podrian ser buenas, si no se emplearan palabras para hacerlas. A pesar de esto, estoy persuadido de que uno puede ser claro, aun en la pobreza de nuestra lengua, no dando siempre las mismas acepciones á las mismas palabras, sino haciendo de modo, cuantas veces se emplea cada palabra, que la acepcion que se le da esté suficientemente determinada por las ideas que se le refieren, y que cada periodo en que esta palabra se halla, le sirva, por decirlo así, de definición. »

Despues de haber citado esta opinion de un gran maestro contra las definiciones, diré que no doy nunca á la voz *filosofía*, en el curso de la presente obra, el sentido que sus detractores han querido darle en nuestros dias, ya oponiendo la filosofía á las ideas religiosas, ya llamando filosó-

chos de ellos, proteger las ciencias y artes; todos temieron á los enemigos naturales de la protección misma, á los meditadores y filósofos.

La poesía es de todas las artes la que pertenece de mas cerca á la razon. La poesía sin embargo no admite la analisis, ni el examen que sirve para descubrir y propagar las ideas filosóficas. El que quisiera espresar una verdad nueva y atrevida, escribiría con preferencia en la lengua que representa puntual y precisamente el pensamiento; trataría mas bien de convencer con el raciocinio que de arrastrar con la imaginacion. La poesía fué dedicada mas frecuentemente á elogiar que á censurar la autoridad tiránica. Las

U filos, unos sistemas meramente sofisticos. Por filosofía entiendo el conocimiento general de las causas y efectos en el orden moral ó en la naturaleza física, la independencia de la razon, el ejercicio del pensamiento; finalmente, en la literatura, las obras que dependen de la reflexion ó analisis, y que no son únicamente el producto de la imaginacion, del corazon ó espíritu.

bellas artes, en general, pueden contribuir á veces, con sus gozos mismos, á formar súbditos tales como los desean los tiranos. Las artes pueden distraer el espíritu, con los placeres diarios, de cualquiera pensamiento dominante; ellas atraen á los hombres hácia las sensaciones, é infunden en el alma una filosofía voluptuosa, una indolencia fundada, un amor de lo presente, un abandono de lo venidero muy favorable para la tirania. Por efecto de un singular contraste, las artes que nos hacen gustar de la vida, nos hacen tambien bastante indiferentes á la muerte. Unicamente las pasiones nos apegan fuertemente á la existencia, por la ardiente voluntad de alcanzar su fin; pero esta vida dedicada á los placeres, divierte sin cautivar: ella dispone para el enagenamiento, para el sueño y la muerte. En los tiempos hechos famosos por sanguinarias proscipciones, los Romanos y Franceses se entregaban á las diversiones públicas con el mas vivo empeño; mientras que en las repúblicas afortunadas, los afectos domésti-

cos, las graves ocupaciones, el amor de la gloria distraen á menudo el espíritu aun de los gozes de las bellas artes. El único poder literario que haga temblar á todas las autoridades injustas, es la elocuencia generosa, la filosofía independiente, que juzga en el tribunal del pensamiento todas las instituciones y opiniones humanas.

El muy grande influjo del espíritu militar es tambien un inminente peligro para los estados libres; y no es posible precaver semejante peligro mas que, con los progresos de las luces y del espíritu filosófico. Lo que permite á los guerreros hacer algo despreciables á los literatos, es que sus talentos no están siempre reunidos á la fuerza y verdad geniales. Pero el arte de escribir seria tambien una arma, la palabra seria tambien una accion, si la energia del alma se pintara toda entera en ella, si los afectos se elevaran á la altura de las ideas, y si la tiranía se viera así atacada por quanto la condena, la indignacion generosa y la razon inflexible. No estaria entónces exclusiva-

mente aneja la consideracion á las hazañas militares; lo que por necesidad espone la libertad.

La disciplina destierra toda especie de opinion entre las tropas. Con respecto á esto, su espíritu de cuerpo tiene algunas relaciones con el sacerdotal; él escluye igualmente el raciocinio, admitiendo la voluntad de los superiores por única regla. El continuo ejercicio de la omnipotencia de las armas acaba infundiendo el menosprecio de los progresos lentos de la persuasion. El entusiasmo que inspiran unos generales victoriosos, es totalmente independiente de la causa que ellos sostienen. Lo que hiera la imaginacion, es la decision de la fortuna, es el feliz éxito del valor. Ganando una batalla, puede sujetar á los enemigos de la libertad; pero para hacer abrazar en lo interior los principios de esta libertad misma, es necesario que se borre el espíritu militar; es necesario que el pensamiento, reunido con las prendas marciales, con el valor, con el ardor, con la decision, engendre en el

alma de los hombres algo de espontáneo, de voluntario, que se estingue en ellos cuando por espacio de mucho tiempo viéron el triunfo de la fuerza. El espíritu militar es uno mismo en todas las edades y países; él no caracteriza la nación, ni liga al pueblo con esta ó aquella institución; es igualmente propio para defenderlas todas. Unicamente la elocuencia, el amor de las letras y bellas artes, la filosofía, pueden formar de un territorio una patria, dando á la nación que en él habita los mismos gustos, los mismos hábitos y afectos. La fuerza se pasa sin el tiempo, y anonada la voluntad; pero por esto mismo no puede fundar ella cosa ninguna entre los hombres. Se repitió á menudo en la revolución de Francia que era necesario algun despotismo para establecer la libertad. Se ligó con palabras una contradicción de que se hizo una frase; pero esta frase no muda en nada la realidad de las cosas. Las instituciones establecidas por la fuerza lo imitarían todo de la libertad, excepto su impulso natural; las formas serían allí como

en aquellos modelos que nos espantan por su semejanza; en los que lo hallamos todo, ménos la vida.

De la Literatura en sus relaciones con la felicidad.

Perdióse casi de vista la idea de la felicidad en medio de los esfuerzos que parecían al principio tenerla por objeto; y quitando el egoísmo á cada uno el socorro de los otros, disminuyó mucho la parte de dicha que el orden social prometía á todos. En balde querían las almas sensibles ejercer alrededor de sí mismas su expansiva benevolencia; porque insuperables dificultades pondrían obstáculo á este generoso designio: aun la opinión le condenaría; ella censura á los que tratan de salir de aquella esfera de personalidad que cada uno quiere conservar como su asilo inviolable; conviene pues existir solo, supuesto que está vedado el dar auxilio á la desgracia, y que ya no podemos encontrar la afición. Es menester existir solo, para conservar en su pensamiento el modelo de

cuanto es grande y perfecto, para guardar en su seno el sagrado fuego de un real entusiasmo, y la imagen de la virtud, tal como la libre meditacion nos la representará siempre, y tal como nos la pintaron los hombres eminentes de todas las edades. ¿Qué sería de nosotros en un mundo en que no se oyera hablar jamas la lengua de los afectos buenos y generosos? Lleváramos la conmocion en medio de seres egoistas, la imparcial razon lucharia en balde contra los sofismas del vicio, y la piedad estaría entregada de continuo á todos los desdenes de la frivolidad cruel. Acabariáramos quizas perdiendo hasta la estimacion de nosotros mismos. El hombre tiene necesidad de apoyarse sobre la opinion del hombre; no se atreve á fiarse enteramente en el dictámen de su conciencia; se acusa de locura, si no ve cosa ninguna semejante á sí mismo; y tal es la debilidad de la naturaleza humana, tal es su dependencia de la sociedad, que el hombre podria casi arrepentirse de sus buenas prendas como de involuntarios defectos, si la opinion general concordara en censurárselas: pero recurre,

en su inquietud, á aquellos libros, monumentos de los mejores y mas nobles afectos de todas las edades. Si es amante de la libertad, si aquel nombre de república, tan poderoso sobre las almas nobles, se reúne en su pensamiento con la imagen de todas las virtudes, algunas Vidas de Plutarco, una Carta de Bruto á Ciceron, algunas palabras de Catón de Utica en la lengua de Addison, varias reflexiones que el odio de la tirania infundia á Tácito, los pareceres recogidos ó supuestos por los historiadores y poetas, avivan el alma, que los sucesos contemporáneos tenian abatida. Un genio elevado vuelve á estar contento de sí mismo, si él se halla de acuerdo con estas nobles ideas, con las virtudes que la imaginacion misma escogió, cuando ella quiso trazar un modelo para todas las edades. ¡Cuantos consuelos nos están acordados por los escritores de un talento superior y de un alma elevada! Los inclitos varones de la primera antigüedad, si eran calunniados durante su vida, no tenian recurso mas que en sí mismos; pero, entre

nosotros, el Fedon de Sócrates, y las mejores obras maestras de la elocuencia sostienen nuestra alma en los reveses. Los filósofos de todos los países nos exhortan y dan aliento; y parece que el lenguaje penetrante de la moral y del conocimiento íntimo del corazón humano, se dirige personalmente á cuantos él consuela.

¡ Cuan humano, cuan útil es el dar un superior valor á la literatura, el arte de pensar! El tipo de lo que es bueno y justo no se aniquilará ya; el hombre al que la naturaleza destina á la virtud, no carecerá ya de guía; finalmente (y este bien es infinito) el dolor podrá experimentar siempre un saludable enternecimiento. Con los escritos conservadores de las ideas, de las afecciones virtuosas, estamos á lo ménos preservados de aquella tristeza árida que nace de la soledad, de aquella mano de hielo que la desgracia carga sobre nosotros cuando creemos no excitar ninguna conmiseracion. Estos escritos hacen verter lágrimas en todas las situaciones de la vida; elevan el alma á unas

meditaciones generales que distraen de los pesares individuales el pensamiento; y crean para nosotros una sociedad, una comunicacion con los escritores que no viven ya, con los hombres que admiran como nosotros lo que leemos. En los desiertos del destierro, en lo interior de las prisiones, en visperas de perecer, una cierta página de un autor sensible reanimó quizas un alma abatida; yo que la leo, yo á quien ella mueve, creo volver á hallar allí todavía el vestigio de algunas lágrimas; y por medio de semejantes conmociones, tengo algunas relaciones con aquellos de cuyo destino me apiado tan profundamente. En la paz, en la felicidad, la vida es un trabajo fácil; pero no se sabe hasta que grado, en el infortunio, ciertos pensamientos, ciertos afectos que inmutaron nuestro corazón, forman época en la historia de nuestras impresiones solitarias. Lo que únicamente puede aliviar el dolor es la posibilidad de llorar sobre nuestro destino, de tomar por nosotros aquella especie de interes que nos transforma, por decirlo

así, en dos seres separados, uno de los cuales tiene compasión del otro. Este recurso de la desgracia no pertenece mas que al hombre virtuoso. Cuando el delincuente experimenta la adversidad, no puede hacerse bien ninguno á sí mismo con sus propias reflexiones; mientras que un verdadero arrepentimiento no le repone en una disposición moral, mientras que él conserva la dureza del crimen sufre cruelmente; pero no puede dejarse oír ninguna palabra dulce en los abismos de su corazón. El desgraciado mismo que por el concurso de algunas calumnias propagadas, es acusado generalmente de repente, estaría también en la situación de un verdadero culpable, si él no hallara algún socorro en aquellos escritos que le ayudan á reconocerse, que le hacen creer en sus semejantes, y le dan la seguridad de que, en algunos lugares de la tierra, existieron seres que se enternecerían sobre él, y le tendrían una afectuosa compasión, si le fuera posible dirigirse á ellos.

¡ Cuan preciosas son aquellas líneas siem-

pre vivas, que sirven todavía de amigo, de opinión pública y de patria! ¡ Quiera Dios que en esta edad, en que cargaron tantas calamidades sobre el género humano, poseamos un escritor que recoja con talento cuantas reflexiones melancólicas, cuantos esfuerzos fundados sirvieron de algún socorro á los desventurados en su carrera; con lo que á lo ménos serian fecundas nuestras lágrimas!

El viagero á quien la tormenta hizo fracasar en playas inhabitadas, graba en la peña el nombre de los alimentos que él descubrió, indica en donde están los recursos de que se valió contra la muerte, á fin de ser útil en algún día á los que sufrieran la misma suerte. Nosotros, á quienes la casualidad de la vida echó en la época de una revolución, debemos á las generaciones futuras el conocimiento íntimo de aquellos secretos del alma, de aquellos inesperados consuelos, de que la naturaleza conservadora se sirvió para ayudarnos á atravesar la existencia.

Plan de la Obra.

Despues de haber rennido algunas de las ideas generales que muestran el poder que puede ejercer la literatura sobre la suerte del hombre, voy á esplanarlas con el exámen sucesivo de las principales épocas célebres en la historia literaria. La primera parte de esta obra contendrá una analisis moral y filosófica de la literatura griega y latina; algunas reflexiones sobre las consecuencias que resultáron para el espíritu humano, de las invasiones de los pueblos del Norte, del establecimiento de la religion cristiana, y de la restauracion de las letras; un cálculo rápido de los rasgos característicos de la literatura moderna, y observaciones mas circunstanciadas sobre las obras maestras de la literatura italiana, inglesa, alemana y francesa, consideradas segun el fin general de esta obra, es decir, con arreglo á las relaciones que existen entre el estado político de un pais y el espíritu dominante de la literatura.

Trataré de mostrar el carácter que esta ó aquella forma de gobierno comunican á la elocuencia, las ideas de moral á que tal ó cual creencia religiosa dan progreso en el espíritu humano, los efectos de imaginacion que la credulidad de las naciones engendra, las perfecciones poéticas que pertenecen al clima, el grado de civilizacion mas favorable para la fuerza ó perfeccion de la literatura, las diferentes mudanzas que se introdujéron tanto en los escritos como en las costumbres, por el modo de existencia de las mugeres ántes y despues del establecimiento del cristianismo; últimamente el progreso universal de las luces por el simple efecto del transcurso del tiempo : esta es la materia de la primera parte.

En la segunda, examinaré el estado de las luces y de la literatura en Francia despues de la revolucion; y me tomaré la libertad de hacer algunas conjeturas sobre lo que ellas deberían ser y serán, si en algun dia poseemos la moral y libertad republicana; y fundando mis conjeturas sobre mis observa-

ciones, recordaré lo que yo haya notado en la primera parte sobre el influjo que ejercieron esta religion, aquel gobierno, ó estas costumbres, y deduciré de ello algunas consecuencias para lo futuro que supongo. Esta segunda parte mostrará á un mismo tiempo nuestra degradacion actual, y nuestra posible mejora. Esta materia conduce algunas veces á la situacion política de la Francia en estos últimos diez años; pero no la considero mas que en sus relaciones con la literatura y filosofía, sin entregarme á ninguna ilustracion agena de mi objeto.

Recorriendo las revoluciones del mundo y la sucesion de los siglos, hay una idea primaria de la que no aparto nunca mi atencion; es la perfectibilidad del género humano *. No pienso que esta grande obra de la

* Las ideas filosóficas dan motivo frecuentemente á tantas interpretaciones absurdas, que he tenido por necesario explicar positivamente, en el prólogo de la segunda edicion de esta obra, lo que entiendo por la perfectibilidad del género humano y del espíritu humano.

naturaleza moral se haya abandonado nunca; y tanto en los periodos instructivos como en las edades tenebrosas, no se interrumpió el curso gradual del espíritu humano.

Este sistema se ha hecho odioso á algunas personas, por las atroces consecuencias que de él se sacaron en algunas calamitosas épocas de la revolucion; pero ninguna cosa sin embargo tiene ménos relacion con semejantes consecuencias que este sistema. Como la naturaleza hace á veces que algunos males parciales sirvan para el bien general, varios estúpidos bárbaros se creian supremos legisladores, derramando sobre el género humano innumerables desgracias, cuyos efectos se prometían dirigir ellos, y que no acarrearón mas que calamidades y ruinas. La filosofía puede considerar á veces los tormentos pasados como lecciones útiles, como medios reparadores en la mano del tiempo; pero esta idea no nos autoriza para desviar-nos nosotros mismos, en ninguna circunstancia, de las leyes positivas de la justicia. No pudiendo el espíritu humano conocer

nunca lo futuro con certeza, la virtud debe ser su adivinacion. Las consecuencias de cualquiera especie de las acciones de los hombres no pueden hacerlas inocentes ni culpables; el hombre tiene por guía obligaciones fijas, y no combinaciones arbitrarias; y aun la experiencia probó que no logramos el fin moral que nos proponemos, cuando nos tomamos la libertad de valernos de medios reprobables para alcanzarle. Pero ¿se seguiria de que algunos hombres crueles profanaron en su lenguaje espresiones generosas, que no es ya lícito reunirse á diversos pensamientos sublimes? El malvado podria robar así al hombre de bien todos los objetos de su culto; porque se cometen siempre en nombre de una virtud los atentados políticos.

No, ninguna cosa puede desprender la razon de las ideas fecundas en felices resultados. ¿En qué abatimiento no caeria el espíritu, si él cesara de esperar que cada dia aumenta la masa de las luces, que diversas verdades filosóficas adquieren cada dia un nuevo pro-

greso! Persecucion, calumnia, dolores, este es el patrimonio de los meditadores animosos y de los moralistas ilustrados. Los ambiciosos y codiciosos, unas veces tratan de convertir en irrision la tontería de la conciencia, y otras se esfuerzan á suponer indignos motivos á unas acciones generosas: no pueden soportar que la moral subsista todavía, y la persiguen en el corazon á que ella se refugia. La envidia de los malos se ceba en aquel rayo luminoso que reluce todavía en la cabeza del hombre moral. Aquel lustre que sus calumnias oscurecen con frecuencia á los ojos del mundo, no cesa nunca de ofuscar sus propias miradas. ¿Qué seria de la criatura estimable á la que persiguen tantos enemigos, si se quisiera quitarle tambien la esperanza mas religiosa que haya en la tierra, los futuros progresos del género humano?

Abraza con todas mis facultades esta creencia filosófica: uno de sus principales beneficios es infundir un grande afecto de elevacion; y lo pregunto á todos los talentos

de un cierto orden, ¿hay en el mundo un gozo mas puro que la elacion de ánimo? Con ella existen todavía unos instantes en que todos estos hombres tan bajos, todos estos cálculos tan viles desaparecen á nuestras miradas. La esperanza de llegar á ideas útiles, el amor de la moral, la ambicion de la gloria, infunden una nueva fuerza; impresiones vagas, afectos que no pueden definirse enteramente, embelesan por un momento la vida, y todo nuestro ser moral se desvanece con la felicidad y el orgullo de la virtud. Si todos los esfuerzos debieran ser en balde, si se perdieran las tareas intelectuales, si las tragan para siempre los siglos, ¿qué fin podria proponerse el hombre de bien en sus meditaciones solitarias? He vuelto pues incesantemente, en esta obra, á cuanto puede probar la perfectibilidad del género humano. No una vana teoría, sino la observacion de los hechos conduce á este resultado. Es menester guardarse de la metafísica que no tiene el apoyo de la experiencia; pero no conviene olvidar que, en

los siglos corrompidos, se llama metafísica cuanto no es tan estrecho como los cálculos del egoismo, tan positivo como las combinaciones del interes personal.



PRIMERA PARTE.

DE LA LITERATURA ENTRE LOS ANTIGUOS
Y MODERNOS.

CAPITULO PRIMERO.

*De la primera época de la Literatura de los
Griegos.*

COMPRENDO en esta obra, bajo la denominación de literatura, la poesía, elocuencia, historia, y filosofía, ó el estudio del hombre moral. En estos diversos ramos de literatura, es menester distinguir lo que pertenece á la imaginacion, de lo que pertenece al pensamiento: es necesario pues examinar hasta que punto una y otra de estas facultades son perfectibles; sabremos entonces

cual es la principal causa de la superioridad de los Griegos en las bellas artes, y veremos despues si sus conocimientos en filosofia fuéron superiores á su siglo, á su gobierno y civilizacion.

Sus asombrosos aciertos en literatura, y en la poesia con particularidad, podrian presentarse como una objecion contra la perfectibilidad del talento humano. Los primeros escritores que nos son conocidos, se diria, y particularmente el primer poeta, no fuéron sobrepujados despues de cerca de tres mil años, y aun á menudo los sucesores de los Griegos quedáron muy inferiores á ellos; pero esta objecion cae, si no se aplica el sistema de la perfectibilidad mas que á los progresos de las ideas, y no á las maravillas de la imaginacion.

Puede notarse un término en los progresos de las artes; y no hay ninguno en los descubrimientos del pensamiento. Ahora bien, en la naturaleza moral, desde que existe un término, está recorrido prontamente el camino que conduce á él; pero son lentos siem-

pre los pasos en una carrera sin límites. Esta observacion me parece aplicable tambien á otros muchos objetos diferentes de los que pertenecen únicamente al patrimonio de la literatura. Las bellas artes no son perfectibles hasta lo infinito; por lo mismo la imaginacion que les dió origen, es mucho mas sobresaliente en sus primeras impresiones que en sus recuerdos aun los mas felices.

La poesia moderna se compone de imágenes y afectos. Pertenece ella, bajo el primer aspecto, á la imitacion de la naturaleza; y bajo el segundo, á la elocuencia de las pasiones. En la primera especie, y con la descripcion animada de los objetos exteriores, sobresaliéron los Griegos en la mas antigua época de su literatura. Espresando uno lo que experimenta, puede tener un estilo poético, y recurrir á las imágenes para corroborar ciertas impresiones; pero la poesia propiamente dicha, es el arte de pintar con la palabra cuanto hiere nuestras miradas. El enlace de los afectos con las sensaciones es ya un primer paso hácia la filosofia. No se

trata aquí mas que de la poesía, considerada únicamente como la imitación de la naturaleza física. Esta no es capaz de una perfección indefinida.

Producimos nuevos efectos con los mismos medios, acomodándolos á lenguas diferentes. Pero el retrato no puede llegar mas adelante que la semejanza; y las sensaciones se limitan por los sentidos. La descripción de la primavera, de la tempestad, de la noche, de la hermosura, de los combates, puede variarse en sus particularidades; pero hubo de producirse la mas fuerte impresión por el primer poeta que supo pintarlas. Los elementos se combinan, pero no se multiplican. Perfeccionais con las diferencias; pero el que ántes de todos los demas pudo apoderarse de los primitivos visos, conserva un mérito de invención, y da á sus pinturas un lustre á que sus sucesores no pueden llegar.

Transportados por la primera vez á la poesía los contrastes de la naturaleza, los efectos notables que llaman la atención de

todos, presentan á la imaginación las pinturas mas enérgicas, y las oposiciones mas sencillas. Los pensamientos que se añaden á la poesía, son una feliz esplanación de sus primores; pero no es la poesía misma; Aristóteles la nombró el primero un arte de imitación. El dominio de la razón se estiende cada día á nuevos objetos. Los siglos en esta especie son herederos de los siglos; las generaciones parten del punto en que se pararon las antecedentes, y los meditadores filósofos forman por medio de los tiempos una cadena de ideas que la muerte no interrumpe; no sucede lo mismo con la poesía, la cual puede alcanzar del primer tiro á una cierta clase de perfecciones que no se sobrepujarán, y mientras que en las ciencias progresivas el último paso es el mas portentoso de todos, el poder de la imaginación es tanto mas vivo cuanto mas nuevo es el ejercicio de este poder.

Los antiguos estaban animados con una imaginación entusiasta, cuyas impresiones no se habian analizado por la meditación.

Tomaban posesion de la tierra no recorrida, ni descripta todavía; asombrados de cada gozo, de cada produccion de la naturaleza, colocaban en ellos á un dios para honrarlos, para asegurar su duracion. Escribian sin otro modelo que los objetos mismos que ellos representaban; ninguna literatura antecedente les servia de norte; ignorándose la exaltacion poética á sí misma, tiene por esto solo un grado de fuerza y candor que el estudio no puede lograr, es el encanto del primer amor; desde que existe otra literatura, los escritores no pueden desconocer en sí mismos los afectos que otros espresaron; no se asombran ya de nada de cuanto experimentan; se reconocen delirantes; se juzgan entusiastas; y no pueden creer ya en una inspiracion sobrenatural.

Podemos considerar á los Griegos, con respecto á la literatura, como la primera nacion que haya existido; los Egipcios que los precedieron, tuvieron seguramente conocimientos é ideas; pero la uniformidad de sus reglas los hacia, por decirlo así in-

móviles bajo el aspecto de la imaginacion; los Egipcios no habian servido de modelo á la poesia de los Griegos, la cual era en efecto la primera de todas*; y tan léjos de que sea necesario estrañar que la primera poesia haya sido quizas la mas digna de nuestra admiracion, es debida su superioridad á esta circunstancia misma**. Demos todavía algunas nuevas esplanaciones á esta opinion.

Examinando las tres diferentes épocas de la literatura griega, se echa de ver muy distintamente el curso natural del espíritu humano. Los Griegos desde luego, en los tiempos remotos de su historia conocida, se ilustraron con sus poetas. Homero caracteriza la primera época de la literatura griega: durante la edad de Pericles, se notan los

* Se cree que la poesia de los Hebreos precedió á la de Homero; pero no parece que los Griegos la hayan conocido de modo ninguno.

** El espresarse así, ¿es desconocer la admiracion que los buenos literatos deben á los Griegos?

rápidos progresos del arte dramático, de la elocuencia, de la moral, y los principios de la filosofía: en tiempo de Alejandro, un estudio mas profundo de las ciencias filosóficas es la principal ocupacion de los hombres superiores en las letras. Es necesario, sin duda, un cierto grado de progreso en el espíritu humano para llegar á la altura de la poesía; pero esta parte de la literatura debe perder sin embargo algunos de sus efectos, cuando los adelantamientos de la civilizacion y filosofía rectifican todos los errores de la imaginacion.

Se ha dicho mucho que las bellas artes, que la poesía prosperaban, especialmente en los siglos corrompidos; lo cual significa únicamente que los mas de los pueblos libres no están ocupados mas que en conservar su moral y libertad, mientras que los reyes y gefes despóticos fomentaron gustosos las distracciones y divertimientos. Pero el origen de la poesía, pero el poema mas notable por la imaginacion, el de Homero, es de un tiempo famoso por la simplicidad

de las costumbres; la virtud y la depravacion no favorecen ni perjudican á la poesía; pero esta debe mucho á la novedad de la naturaleza, á la infancia de la civilizacion: la juventud del poeta no puede suplir en todo la del género humano; es necesario que los que escuchan los cantos poéticos, estén ansiosos de la naturaleza entera, pasmados con sus maravillas, y flexibles á sus impresiones; las dificultades que presentara una disposicion mas filosófica en los oyentes, no harian que el arte de los versos alcanzara á nuevas perfecciones; y sirve mejor la inspiracion al poeta en medio de unos hombres que se conmueven facilmente.

El origen de las sociedades, la formacion de las lenguas, estos primeros pasos del espíritu humano nos son enteramente desconocidos; y ninguna cosa es mas fatigosa, en general, que aquella metafísica que supone algunos hechos en apoyo de sus sistemas, y no puede tener por basa nunca ninguna observacion positiva. Pero una reflexion que haré sin embargo sobre esta materia, por-

que es necesaria á la que trato, es que la naturaleza moral adquiere prontamente lo que es indispensable para su progreso, así como la naturaleza física descubre desde luego lo que es necesario para su conservación. La fuerza creatriz fué pródiga de lo necesario. Las producciones nutritivas, las ideas elementales, se le presentaron espontáneamente, por decirlo así, al hombre. Aquello de que él tenía una dominante necesidad, le fué conocido prontamente; pero los progresos que se siguieron á los descubrimientos indispensables, fuéron con proporción infinitamente mas lentos que los primeros pasos. Parece que una mano divina conduce al hombre en las indagaciones necesarias á su existencia, y le entrega á sí mismo en los estudios de una utilidad ménos inmediata. Por ejemplo, la teoría de una lengua, la del griego, supone una infinidad de combinaciones abstractas muy superiores á los conocimientos metafísicos que poseían los escritores, quienes hablaban sin embargo esta lengua con tanto encanto y

pureza; pero la lengua es el instrumento necesario para adquirir todos los demas progresos; y, por una especie de portento, este instrumento existe, sin que en la misma época, ningun hombre pueda llegar, en ninguna otra materia de cualquiera especie, á la fuerza de abstracción que la composición de una gramática exige; los autores griegos no deben considerarse como meditadores tan profundos como lo haria suponer la metafísica de su lengua. No son, sino poetas; y todo los favorecia bajo este aspecto.

Los hechos, genios, supersticiones, y estilos de los tiempos heróicos, eran singularmente propios para las imágenes poéticas. Homero, por mas grande que él sea, no es un hombre superior á todos los demas hombres, ni único en medio de su siglo, y de muchos siglos superiores al suyo. El mas peregrino ingenio está siempre en relacion con las luces de sus coetáneos; y se debe calcular, con escasa diferencia, hasta que grado puede sobrepajar el pensamiento de

un hombre á los conocimientos de su edad. Homero recogió las tradiciones que existian cuando él vivió; y la historia de todos los principales sucesos era entónces muy poética en sí misma. Cuanto ménos fáciles comunicaciones habia entre los diversos países, tanto mas se abultaba por la imaginacion la relacion de los hechos; los foragidos y fieras que tenian infestada la tierra, hacian las proezas de los guerreros necesarias á la tranquilidad individual de sus conciudadanos; y teniendo los sucesos públicos un influjo directo sobre el destino de cada uno, la gratitud y el temor avivaban el entusiasmo. Se confundian juntos los héroes y los dioses, porque se esperaban de ellos los mismos socorros; y las hazañas militares se presentaban con agigantados rasgos en el ánimo atemorizado. Así se mezclaba lo maravilloso no ménos con la naturaleza moral que con la física. La filosofía, es decir, el conocimiento de las causas y efectos suyos, dirige la admiracion de los meditadores hácia el conjunto de la grande obra de la creacion;

pero cada hecho particular recibe una simple esplicacion. Adquiriendo el hombre la facultad de prever, pierde mucho de la de asombrarse; y el entusiasmo, al modo del pavor, se compone á menudo de la sorpresa.

Se acordaba, en el antiguo heroismo, sumo aprecio á la fuerza corporal; el valor se formaba mucho ménos de virtud moral que de facultad física; la delicadeza del pundonor, el respeto á la debilidad, son las ideas mas nobles de los siguientes siglos. Los héroes griegos se acusan públicamente de cobardia, el hijo de Aquiles sacrifica á una tierna doncella en presencia de todos los Griegos, los cuales celebran esta maldad. Los poetas sabian pintar del modo mas palpable los objetos exteriores; pero no describian jamas genios en que la perfeccion moral se conservara sin manchilla hasta el fin del poema ó tragedia, porque semejantes genios no tienen su modelo en la naturaleza. Por mas sublime que sea Homero á causa de la disposicion de los sucesos y

excelencia de los personajes, acaecé con frecuencia á sus comentadores el enagenarse de admiracion por los términos mas comunes del language, como si el poeta hubiera descubierto las ideas que estas palabras espresaban ántes de él.

Homero y los poetas griegos fuéron notables por el esplendor y variedad de las imágenes; pero no por las profundas reflexiones del espíritu. El poeta vió, y nos hace ver; recibió una impresion, y nos la transmite; y todos sus oyentes, bajo algunos aspectos, son poetas tambien como él; creen, se admiran, estrañan, y la curiosidad de la niñez se une en ellos con las pasiones de los hombres. Léase Homero, él lo describe todo, nos dice que *la isla está rodeada de agua; que la harina hace la fuerza del hombre; que el sol está al mediodía encima de nuestras cabezas*. Lo describe todo, porque sus contemporáneos se interesaban todavía en todo. Se repite á veces, pero no es monotonó, porque está animado incesantemente con nuevas sensaciones. No es cansado, porque

no nos presenta nunca ideas abstractas, y que viajamos con él por medio de una serie de imágenes mas ó ménos agradables, pero que hablan siempre á los ojos. La metafísica, el arte de generalizar las ideas, aceleró mucho el curso del ingenio humano; pero abreviando ella el camino, pudo despojarlas á veces de sus sobresalientes aspectos. Todos los objetos se presentan uno por uno á la vista de Homero; el cual no escoge siempre con severidad, pero pinta siempre con viveza.

Los poetas griegos usaban en general de poca combinacion en sus escritos; el calor del clima, la viveza de su imaginacion, las continuas alabanzas que ellos recibian, todo ello concurría para darles una especie de delirio poético que les inspiraba la palabra, como los compositores italianos hallan las tocatas modificando ellos mismos su organizacion con embelesadas armonías. La música era inseparable de la poesía entre los Griegos; y la armonía de su lengua acababa asemejando los versos á los acentos de la lira.

El que gusta realmente de la música, oye rara vez la letra de las buenas tocatas; y prefiere entregarse á lo vago indefinido de las fantasías que los sonidos excitan. Lo mismo sucede con la poesía de imágenes y la que contiene ideas filosóficas. La reflexión que exigen estas ideas distrae, bajo algunos aspectos, de la impresión causada por la poesía. No se sigue de ello que, para hacer bellos versos, fuera necesario en nuestros días renunciar de los pensamientos filosóficos que hemos adquirido. El espíritu que los concibe, se ve atraído incesantemente hácia ellos; y les sería imposible á los modernos el prescindir de cuanto saben, para pintar los objetos como los consideraron los antiguos. Nuestros grandes escritores introdujeron en sus versos las riquezas de nuestro siglo; pero tomamos de la literatura antigua todas las formas de la poesía, y cuanto constituye la esencia de este arte; porque es imposible, repitolo, pasar mas allá de un cierto límite en las artes, aun en el primero de todos, la poesía.

Se nota, con razon, que el gusto de la primera literatura (ménos algunas excepciones que motivaré al hablar de las composiciones teatrales) era de una suma pureza; pero ¿como no existiría el buen gusto en la abundancia, y novedad de todos los objetos agradables? La sociedad obliga á recurrir á la extravagancia; y la necesidad de variedad hace á menudo afectado el talento; pero los Griegos, en medio de tantas imágenes y vivas impresiones, se abandonaban á la pintura de las que les eran mas gustosas. Eran deudores de su buen gusto á los gozos mismos de la naturaleza; y nuestras teorías no son mas que la analisis de sus impresiones.

El paganismo de los Griegos era una de las principales causas de la perfeccion de su gusto en las artes; aquellos dioses, siempre cerca de los hombres, y sin embargo siempre superiores á ellos, sancionaban la elegancia y el primor de las formas en todas las especies de pinturas. Esta misma religion era tambien de un poderoso socorro para las diversas obras maestras de la literatura. Los

sacerdotes y legisladores habian dirigido la credulidad de los hombres hácia unas ideas meramente poéticas; los misterios, oráculos, infierno, todo en la mitología de los Griegos parecia la creación de una imaginación libre en su elección. Se hubiera dicho que los pintores y poetas habian dispuesto de la creencia popular para colocar en los cielos los móviles y secretos de su arte. Se ennoblecían con piadosas prácticas los ordinarios estilos de la vida; nuestro cómodo lujo, nuestras máquinas combinadas por las ciencias, nuestras relaciones sociales simplificadas por el comercio, no pueden pintarse en verso de una especie realzada. Ninguna cosa es ménos poética que la mayor parte de los estilos modernos; y estos estilos, entre los Griegos, aumentaban el efecto de los sucesos, y la magestad de los hombres. Se hacían preceder las comidas de libaciones á los dioses propicios; se postraba uno, en el umbral de la puerta, ante Júpiter hospitalario; la vida agrícola, la caza, las ocupaciones rústicas de los mas famosos hé-

roes de la antigüedad servían tambien para la poesía, uniendo las imágenes naturales con los hechos políticos mas importantes.

Aumentando la esclavitud, abominable azote del género humano, la fuerza de las distinciones sociales, hacia mas notable todavía la altura de los grandes genios. Ningun pueblo reunió pues tantas ventajas para la poesía como los Griegos; pero les faltaba lo que una filosofía mas moral, una sensibilidad mas profunda, pueden añadir á la poesía misma, mezclándole ideas é impresiones nuevas.

Los progresos de los Griegos, bajo el aspecto filosófico, son sumamente fáciles de seguir. Esquiles, Sofocles, Eurípides, introdujéron sucesiva y progresivamente la moral en la poesía dramática. Sócrates y Platon se ocupáron únicamente en los preceptos de la virtud. Aristóteles adelantó inmensamente la ciencia de la análisis. Pero en la época de Homero y Hesiodo, y todavía algun tiempo despues, cuando en la edad mas notable por las obras maestras de la poe-

sia, compuso Píndaro sus odas, las ideas de moral eran muy inciertas. Autorizaban ellas la venganza, la cólera, todos los impulsos impetuosos del alma. Herodoto, que vivia casi en la misma época, cuenta lo justo é injusto, como los presagios y los oráculos; el crimen le parece de mal agüero; pero no decide nunca de él por su conciencia. Anacreonte, en su poesía voluptuosa, es muy inferior al talento y filosofía que Horacio mostró al tratar de unas materias semejantes con corta diferencia. La palabra virtud no tiene un sentido positivo en los autores griegos de entónces. Píndaro da este nombre al arte de triunfar en las corridas de carro en los juegos olímpicos; así los aciertos, los placeres, la voluntad de los dioses, las obligaciones del hombre, todo se confundia en aquellas cabezas ardientes; y únicamente la existencia sensitiva dejaba profundos vestigios. La incertidumbre de la moral, en aquellos tiempos remotos, no es una prueba de corrupcion; ella indica solamente cuan pocas ideas filosóficas poseian entónces los hom-

bres; todo los distraia de la meditacion, y ninguna cosa los atraia hácia ella. El espíritu de reflexion se manifiesta rara vez en la poesia de los Griegos, en la que se halla todavía ménos sensibilidad verdadera.

Todos los hombres conociéron sin duda las penas del ánimo, y se ve la enérgica pintura suya en Homero; pero parece que la facultad de amar se acrecentó con los demas progresos del espíritu humano, y particularmente con las nuevas costumbres que diéron parte á las mugeres en la suerte del hombre. Algunas cortesanas sin pudor, varias esclavas á las que su suerte envilecia, y mugeres desconocidas en lo restante del mundo, encerradas en sus casas, ajenas de los intereses de sus maridos, educadas de modo que no comprendieran ninguna idea, ningun afecto, esto es cuanto conocian los Griegos de los vínculos del amor. Aun los hijos respetaban apénas á sus madres. Telémaco manda guardar silencio á Penelope; y Penelope sale, penetrada de admiración por su sabiduría. Los Griegos no espresá-

ron ni conociéron jamas el primer afecto de la naturaleza humana, la amistad en el amor. El amor, tal como ellos le pintaban, es una enfermedad, un sortilegio echado por los dioses, una especie de delirio, que no supone ninguna prenda moral en el objeto amado. Lo que los Griegos entendian por amistad, existía entre los hombres; pero no sabian, y sus costumbres les vedaban imaginar que pudiera encontrarse en las mugeres un ser igual por el espíritu, y sumiso por el amor, una compañera de la vida, dichosa en dedicar sus facultades, sus dias y afectos á completar otra existencia. La privacion absoluta de semejante afecto se deja advertir, no solamente en la pintura del amor, sino tambien en cuanto depende de la delicadeza del corazon. Al partir Telémaco en busca de Ulises, dice, *que si llega á saber la muerte de su padre, su primer cuidado, al volver, será elevarle un sepulcro, y hacer tomar á su madre un segundo marido.* Los Griegos honraban á los muertos; dos dogmas de su religion mandaban espresamente cuidar

de la pompa de los funerales; pero la melancolía, los pesares sensibles y durables no eran conformes con su naturaleza; y habitan los largos recuerdos en el corazon de las mugeres. A menudo tendré ocasion de notar las mudanzas que se efectuáron en la literatura, en la época en que las mugeres comenzaron á formar parte de la vida moral del hombre.

Despues de haber tratado de mostrar cuales son las primeras causas de las perfecciones originales de la poesia griega, y de los defectos que ella debia tener en la mas remota época de la civilizacion, me resta examinar como el gobierno y espíritu nacional de Atenas influyéron sobre el progreso rápido de todas las especies de literatura. No puede negarse que la legislacion de un pueblo es omnipotente sobre sus gustos, talentos, y hábitos, supuesto que Lacedemonia existió al lado de Atenas, en el mismo siglo, bajo el mismo clima, con dogmas religiosos casi semejantes, y sin embargo con costumbres tan diferentes.

Todas las instituciones de Atenas excitaban la emulacion. Los Atenienses no fuéron siempre libres; pero el espíritu de fomento no dejó de ejercer nunca entre ellos la mayor fuerza. Ninguna nacion se mostró nunca mas amante de todos los talentos distinguidos. Esta propension á la admiracion engendraba las obras maestras que son dignas de ella. La Grecia, y en la Grecia la Atica, era un país civilizado, en medio del mundo todavía bárbaro. Los Griegos eran poco numerosos, pero los miraba la tierra. Reunian el doble beneficio de los cortos estados y de los grandes teatros: la emulacion que nace de la certeza de darse á conocer en medio de los suyos, y la que la posibilidad de una gloria ilimitada debe producir. Lo que ellos decian entre sí, resonaba en el mundo. Su poblacion era muy limitada, y la esclavitud de casi la mitad de los habitantes cercenaba todavía la clase de los ciudadanos. Todo contribuía á reunir las luces, á juntar los talentos en el círculo de concurrentes en corto número, que se incitaban

unos á otros, y se median incesantemente. La democracia, que destina todos los puestos eminentes á los sujetos distinguidos, inclinaba todos los espíritus hácia la ocupacion de los sucesos públicos. Los Atenienses sin embargo apreciaban y cultivaban las bellas artes, no se limitaban á los intereses políticos de su país; querian conservar el primer lugar de nacion culta; el odio y menosprecio de los Bárbaros fortificaban en ellos el gusto de las artes y bellas letras. Vale mas para el género humano que las luces estén generalmente difundidas; pero es mayor la emulacion de los que las poseen, quando están reconcentradas. La vida de los hombres célebres era mas gloriosa entre los antiguos; la de los hombres oscuros es mas dichosa entre los modernos.

La pasion dominante del pueblo de Atenas era el pasatiempo. Se le vió decretar pena de muerte contra el que propusiera extraer, aun para el servicio militar, el dinero destinado á las funciones públicas. No tenia, al modo de los Romanos, el ardor

de conquistar. Rechazaba á los Bárbaros, para conservar sin mezcla sus gustos y costumbres. Era amante de la libertad, en cuanto ella asegura la mayor independencia á toda especie de gustos; pero no tenía aquel odio profundo de la tiranía, que una cierta magestad genial grababa en el alma de los Romanos. Los Atenienses no trataban de establecer una fuerte garantía en su legislación; querian únicamente aligerar todos los yugos, y dar á los gefes del estado la continua necesidad de cautivarse á los ciudadanos y agradarles.

Daban enagenados aplausos á los talentos; alababan con pasión á los hombres insignes: su ley de destierro, su ostracismo no es mas que una prueba de la desconfianza que su propension al entusiasmo les infundia á ellos mismos. Cuanto puede aumentar el esplendor de los nombres famosos, cuanto puede estimular la ambicion de la gloria, todo ello se acordaba profusamente por esta nacion. Los autores trágicos iban á hacer sacrificios sobre el sepulcro de Esquiles, antes

de entrar en la carrera que él habia abierto el primero. Píndaro, Sófoeles, con la lira en la mano, se presentaban en los juegos públicos, coronados de laureles y designados por los oráculos. La imprenta, tan favorable para los progresos y difusion de las luces, perjudica al efecto de la poesia; la estudiamos, la analizamos, miéntas que los Griegos la cantaban, y no recibian la impresion suya mas que en medio de las fiestas, de la música, de aquel alborozo que los hombres reunidos experimentan unos con otros.

Podemos atribuir algunas propiedades de la poesia de los Griegos á la especie de triunfo que sus poetas se proponian. Sus versos debian leerse en las solemnidades públicas. La reflexion, la melancolia, estos gozos solitarios, no convienen al gentio; la sangre se anima, la vida se exalta entre los hombres reunidos. Era menester que los poetas auxiliasen este movimiento. La monotonia de los himnos pindáricos, esta monotonia tan fatigosa para nosotros, no lo era

en las fiestas griegas; ciertas tocatas que surtiéron sumos efectos sobre los habitantes de los países montuosos, están compuestas de un cortísimo número de notas. Sucedia quizás lo mismo con las ideas que contenia la poesía lirica de los Griegos. Las mismas imágenes, los mismos afectos, y especialmente la misma armonía, excitaban siempre los aplausos de la multitud.

La aprobacion del pueblo griego se expresaba mucho mas vivamente que los votos meditados de los modernos. Una nacion que fomentaba de tantos modos los talentos distinguidos, debia engendrar grandes rivalidades entre ellos; pero estas rivalidades servian para el adelantamiento de las artes. La palma mas gloriosa excitaba ménos odio, que el que ocasionan los testimonios contados de la rigurosa estimacion que uno puede lograr en nuestros dias. Le era permitido al ingenio el nombrarse, á la virtud el presentarse; y los hombres que se creian dignos de alguna fama, podian anunciarse sin temor como los candidatos de la gloria. La

nacion les agradecia el estar ambiciosos de su estimacion.

Ahora la mediania omnipotente fuerza á los espiritus superiores á revestirse con sus humilladas exterioridades. Es menester introducirse en la gloria, y robar á los hombres su admiracion sin noticia suya. Importa no solamente tranquilizar con su modestia, sino que tambien conviene afectar indiferencia á los votos, si uno quiere lograrlos. Esta sujecion exaspera algunos espiritus, ahoga en los otros los talentos á los que el vuelo y abandono son necesarios. El amor propio persiste, y el ingenio real se desanima con frecuencia. La envidia entre los Griegos existia á veces entre los competidores; reina ella ahora entre los espectadores; y por efecto de una estravagante singularidad, la totalidad de los hombres está zelosa de los esfuerzos que se tientan para aumentar sus recreos, ó merecer su aprobacion.

CAPITULO II.

De las Tragedias griegas.

EN las composiciones teatrales con especialidad descubrimos visiblemente cuales son las costumbres, la religion, y las leyes del pais en que fuéron compuestas y representadas con aceptacion. Para que el autor logre aplausos en el teatro, es menester que él posea, ademas de las prendas literarias, algo de lo que constituye el mérito de las acciones políticas, el conocimiento de los hombres, de sus hábitos y preocupaciones.

El dolor y la muerte son los primeros medios de las situaciones trágicas; y la religion modifica siempre poderosamente la accion del dolor y el terror de la muerte. Veamos pues los efectos que las opiniones

religiosas de los Griegos podian añadirá sus tragedias, y los que ellas les vedaban.

La religion de los Griegos era singularmente teatral; se cuenta que una tragedia de Esquiles, las Eumenides, produjo una vez una tan prodigiosa impresion, que las mugeres embarazadas no pudieron soportar su representacion: los terrores del infierno, el dominio de la supersticion, mucho mas que los primores de la tragedia, obraban así sobre las almas. Disponia el poeta á un mismo tiempo de la fe religiosa, y de las pasiones humanas. Si se transportara el mismo asunto, la misma tragedia á los paises en que son diferentes las creencias, ninguna cosa seria mas diferente que la impresion que ella haria. Verémos, al examinar la literatura del norte, qué fuente de conmoviones puede hallarse en una religion de otro carácter; y mostraré, hablando de la literatura moderna, como siendo las ideas religiosas del cristianismo muy abstractas ó místicas pasa ser representadas en el teatro, los autores dramáticos debieron ocuparse única-

mente en excitar el interes con la enérgica pintura de las pasiones. Me limitó ahora á lo que concierne á los Griegos. ¿Qué impresion hacia en ellos la pintura de la muerte y dolor? ¿De qué modo debian ellos pintar los estravíos de las pasiones, con arreglo á su sistema religioso y político?

Su religion atribuia á los dioses una suma potestad sobre los remordimientos de los culpables. Representaba ella, bajo los mas horrendos visos, los martirios de los delinquentes. Puesta bajo diversas formas esta situacion en el teatro, causaba siempre un insuperable espanto en los espectadores. Tambien por este medio de terror, ejercian los legisladores una grande potestad, y se conservaban diversas máximas morales entre los hombres. La imágen de la muerte producía un efecto ménos triste sobre los Griegos que sobre los modernos. Las creencias del paganismo templaban sobremanera el temor de la muerte. Los antiguos revestían con las mas sobresalientes imágenes la vida futura; habian materializado el otro

mundo con descripciones, con pinturas, con relaciones de toda especie; y su mitologia habia cegado, por decirlo así, el abismo que la naturaleza puso entre la existencia y la muerte. Estas opiniones podian tener su utilidad pública; pero como la idea de la muerte hace experimentar á la imaginacion de los modernos una impresion mas fuerte y sensible, surte ella un mayor efecto trágico entre nosotros.

Los Griegos eran mucho ménos capaces de adversidad que ninguna otra nacion de la antigüedad; se hallan entre ellos ménos ejemplos de suicidio que entre los Romanos; sus instituciones políticas, su espíritu nacional, los disponian mas al gusto y felicidad juntamente. En general, es necesario atribuir, entre los antiguos, el alivio de una cierta intension de dolor, á las supersticiones del gentilismo. Los sueños, los presentimientos, los oráculos, quanto nos echa en la vida de lo extraordinario, de lo inesperado, no permite creer en la desgracia irrevocable. Las situaciones mas adversas

no parecen irremediables nunca; se lisonjea uno siempre con un prodigio. El cálculo de las probabilidades morales puede presentar á menudo un resultado inflexible, mientras que cuando se cree en lo sobrenatural, no existe lo imposible; así la esperanza no está totalmente destruida nunca. Aquel abatimiento profundo en que el desventurado cae, abatimiento tan dolorosamente expresado por Shakespeare, no podía pintarse por los Griegos; pues ellos no le experimentaban. Los hombres afamados estaban espuestos á la persecucion, pero nunca á la soledad ni olvido. Las grandes adversidades asombraban tambien al género humano, se les suponía una causa milagrosa, y las rodeaban con sueños mitológicos. Se hallaba sostenida la vida por todas partes.

No siendo la religion de los Griegos para nosotros mas que poesia, sus tragedias no nos harán experimentar nunca una conmocion igual á la que ellos resentian oyéndolas. Contaban los autores griegos con un cierto número de efectos trágicos que dependian

de la credulidad de sus espectadores; y con los terrores religiosos podian suplir algunas conmociones naturales.

Todo, entre los Griegos, tiene la gracia y ventaja de la juventud; el dolor mismo, si podemos decirlo, está allí todavía en su novedad, conservando la esperanza, y encontrando siempre la piedad. Se conmovian los espectadores tan fácilmente, se interesaban tan vivamente en el dolor, que esta certeza ponía al poeta en confianza con sus oyentes; no temía (lo que en nuestros dias debe temerse hasta en las ficciones) importunar con la queja, como si la desgracia, en las pinturas de imaginacion, pudiera fatigar todavía al egoismo.

La adversidad, entre los Griegos, se mostraba augusta; ofrecía ella nobles actitudes á los pintores, magestuosas imágenes á los poetas; daba una nueva solemnidad á las ideas religiosas; pero es mil veces mas profundo el enternecimiento que causan las tragedias modernas. Lo que se representa en nuestros dias, no es ya solamente el do-

lor presentando á la vista un magestuoso espectáculo, sino el dolor en sus impresiones solitarias, sin apoyo ni esperanza; es el dolor tal como la naturaleza y sociedad le formaron.

Los Griegos no exigian como nosotros el juego de las situaciones, el contraste de los genios; y sus trágicos no hacian resaltar las perfecciones con la oposicion de las sombras. Su arte dramático se asemejaba á su pintura, en que todos los colores son vivos, en que todos los objetos se presentan en el mismo plano, sin que se observen allí las leyes de la perspectiva.

Fundando los trágicos griegos la mayor parte de sus piezas sobre la accion continua de la voluntad de los dioses, estaban dispensados de una cierta especie de verisimilitud, que es la graduacion de los sucesos naturales; producian grandes efectos, sin haberlos atraido con diferencias progresivas; estando el espíritu dispuesto siempre al temor con la religion, á lo extraordinario con la fe, los Griegos no dibujaban los genios

con aquella propiedad filosófica exigida en los tiempos modernos. El contraste de los vicios y virtudes, los combates interiores, la mezcla y oposicion de los afectos que es menester pintar para cautivar el corazon humano, se indicaban apénas. Les bastaba á los Griegos un oráculo de los dioses para explicarlo todo.

Orestes mata á su madre; á lo que le anima Electra sin un momento de incertidumbre ni pesares; los remordimientos de Orestes despues de la muerte de Clitemnestra no se preparan con los combates que él debia experimentar ántes de matarla: el oráculo de Apolo habia prescripto el asesinato: cuando está cometido, las Eumenides se apoderan del culpable; se echan de ver apénas los afectos del hombre en medio de sus acciones. Se relegan á los coros las reflexiones, incertidumbres, deliberaciones, y temores; obrando los héroes siempre por orden de los dioses.

Imitando Racine á los Griegos en algunas de sus piezas, explica, con razones sacadas

de las pasiones humanas, las iniquidades ordenadas por los dioses; coloca un razonamiento moral al lado del poder del fatalismo; es necesario semejante razonamiento en un país que no cree en la religion de los gentiles; pero entre los Griegos, el efecto trágico era tanto mas terrible, quanto él tenia una causa sobrenatural por fundamento. La fe que los Griegos tenian en semejantes causas, daba necesariamente ménos independéncia y variedad á las afecciones del alma.

Existia un dogma religioso para decidir de cada afecto, como una deidad para personificar cada árbol, cada planta. No podia negarse la piedad al que se presentaba con un ramo de oliva adornado con cintillas, ó tenia abrazado el altar de los dioses: este es el asunto único de la tragedia de las Suplicantes. Semejantes creencias dan una elegancia poética á todas las acciones de la vida; pero ellas destierran habitualmente lo que hay de irregular, de imprevisto, de irresistible en los impulsos del corazón*.

* A veces acontese que los dogmas mitológicos

El amor es entre los Griegos, como todas las demas pasiones vehementes, un simple efecto de la fatalidad. Tanto en las tragedias como en los poemas, extrañamos siempre de lo que faltaba á los afectos del corazón, cuando las mugeres no estaban destinadas á sentir y juzgar. Alcestes da su vida por Admeto; ántes de resolverse á ello ¿qué no le hace decir Eurípides para inducir al padre de Admeto á sacrificarse en su lugar? Pintaban los Griegos una accion generosa; pero no sabian qué gozos puede hallar uno en arrostrar con la muerte por lo que ama, y qué zelos puede tener de cualesquiera rivales en este apasionado sacrificio. Se dice, con razon, que no podrian representarse en el teatro frances las mas de las composiciones griegas, puntualmente traducidas: aumentan, en las obras de los antiguos, el efecto de las situaciones afectuosas; pero con la mayor frecuencia la virtud de estos dogmas dispensa de la necesidad de convecer, de subir á la fuente de las conmociones del alma; y las pasiones humanas no son entónces ni razonadas ni profundizadas.

no porque ciertas negligencias del arte impidieran aplaudir tantas perfecciones originales, sino que ahora costaria trabajo el soportar una cierta falta de delicadeza en las espresiones sensibles. Estudiando las dos Fedras, es mas particularmente fácil vencerse de esta verdad.

Racine aventuró en el teatro frances un amor de la especie griega, un amor que es menester atribuir á la venganza de los dioses. Pero ¡hasta qué grado vemos sin embargo en el mismo asunto la diferencia de las edades y costumbres! Eurípides hubiera podido hacer decir á Fedra :

*Ce n'est plus une ardeur dans mes veines cachée ;
C'est Vénus tout entière à sa proie attachée.*

« No es ya un ardor en mis venas oculto; es Vénus toda entera en su presa cebada. »

Pero un Griego no hubiera hallado nunca este verso :

Ils ne se verront plus ; — Ils s'aimeront toujours.

« No se verán más ; — Se amarán siempre. »

Las tragedias griegas son pues, en mi concepto, muy inferiores á las nuestras modernas, porque el talento dramático no se compone solamente del arte de la poesía, sino que consiste tambien en el profundo conocimiento de las pasiones; y bajo este aspecto la tragedia debió seguir los progresos del espíritu humano.

No por ello son los Griegos ménos admirables en esta carrera, como en todas las demas, cuando comparamos sus aciertos con la época del mundo en que ellos vivieron. Trasadaron á su teatro cuanto habia de perfecto en la imaginacion de los poetas, en los genios antiguos, en el culto del paganismo; y estando el siglo de Pericles mucho mas adelantado en filosofia que el de Homero, las composiciones teatrales adquirieron tambien mas profundidad en esta especie.

Puede notarse una perfeccion sensible en los tres trágicos, Esquiles, Sofocles, Eurípides; aun hay mucha distancia entre Esquiles y los otros dos, para explicar única-

mente esta superioridad con el curso natural del espíritu en un tan breve espacio de tiempo; pero Esquiles no habia visto mas que la prosperidad de Atenas; Sofócles y Eurípides fuéron testigos de sus reveses, con lo cual se acrecentó su ingenio dramático, pues la desgracia tiene tambien su cierta fecundidad.

Esquiles no presenta resultado ninguno moral; ni une casi jamas con reflexiones el dolor físico * y el del alma. Un grito de sufrimiento, una queja sin progreso, sin recuerdos ni prevision, espresan las impresiones del momento, y muestran cual era el estado del alma ántes que la reflexion hubiera colocado dentro de nosotros mismos un testigo de nuestros interiores impulsos.

Sofócles pone á menudo máximas filosóficas en la letra de los coros. Eurípides prodiga estas máximas en los discursos de sus personajes, sin que ellas se ligen siempre

* Véase Prometeo.

perfectamente con la situacion y carácter. Se ven en estos tres autores su talento personal y el progreso de su siglo; pero ninguno de ellos llega á la pintura triste y melancólica que los trágicos ingleses, y los escritores modernos nos hicieron del dolor; ninguno de ellos presenta una filosofia sensible, tan profundamente conforme con los pesares del ánimo. Envejeciéndose el género humano, se hace ménos accesible á la compasion; fué necesario pues profundizar mas adelante para volver á hallar la raiz de la conmocion; y la desgracia solitaria tuvo necesidad de recurrir á una fuerza interior mas activa.

Los infinitos premios que se acordaban entre los Griegos al ingenio dramático, fomentaban, bajo muchos aspectos, los adelantamientos del arte; pero las delicias mismas de los elogios, perjudicaban en algun modo al talento trágico. El poeta estaba muy satisfecho, y muy exaltado, para dar á la desgracia una espresion profundamente melancólica. En las tragedias modernas, se

echa de ver casi siempre, por la calidad del estilo, que el autor mismo experimentó algunas de las penas que él representa.

El buen gusto de los Griegos, en las tragedias, es notable con frecuencia por su pureza. Como eran los primeros, como no podian ser imitadores, debièron comenzar mas bien por los defectos de la simplicidad, que por los de la afectacion. Todas las literaturas modernas trataron en los principios obrar mejor, ó á lo ménos de diferente modo que los antiguos. Teniendo los Griegos por único modelo la naturaleza, fuéron rústicos á veces, pero afectados nunca. No se perdía ningun esfuerzo suyo, y seguian la verdadera senda.

Podemos censurar algunas veces á los trágicos griegos lo difuso de las narraciones y discursos que ellos introducian en el teatro; pero los espectadores no habian aprendido todavía á fastidiarse; y los autores no reducen sus medios de efecto, mas que cuando temen el pronto cansancio del auditorio. Nos hace el espíritu filosófico mas

severos sobre el uso del tiempo; y tan léjos de que las naciones de imaginacion requieran alguna rapidez en las pinturas que se les presentan, se recrean con las individualidades, y se fatigarian mucho mas presto con los compendios.

Los Griegos cometen tambien, en comparacion á nosotros, muchas mas faltas en su modo de hablar de las mugeres. Hacian representar sus papeles en las tragedias por hombres, y no concebian el encanto que los modernos tienen á la idea de una muger. Excepto este corto número de críticas, debemos reconocer que los Griegos tuvieron en las tragedias un gusto perfecto, y una notable regularidad. Este pueblo, tan turbulento en sus contiendas políticas, tenia en todas las artes (ménos en la comedia) un gusto sabio y moderado. Es menester atribuir á su religion mas particularmente su estabilidad en las máximas del género noble y sencillo.

El pueblo de Atenas no exigia que se mezclasen, como en Inglaterra, los lances estra-

salarios de la vida comun con las situaciones heroicas. Se representaban la tragedias griegas en las fiestas dedicadas á los dioses; y estaban fundadas casi todas sobre dogmas religiosos. Un piadoso respecto apartaba de estas obras maestras, como de un templo, todo papel bajo ó toda imagen indecente. Los héroes que los autores dramáticos pintaban, no tenían aquella continuada magestad que les dió Racine; pero no es menester atribuir esta diferencia á una condescendencia popular; todos los poetas pintaron así los caracteres, ántes que ciertos hábitos monárquicos y caballerescos nos hubiesen dado la idea de una naturaleza de convencion.

Los mas de los personajes puestos en accion en las composiciones griegas, están sacados de la Iliada ó de la historia heroica de la misma época. La idea fuerte que Homero habia dado de sus héroes, los sirvió mucho á los autores trágicos. Los solos nombres de Ajax, de Aquiles, de Agamemnon, producian desde luego una conmocion de

recuerdo. Su destino era un asunto nacional para los Griegos; representándolos el poeta dramático, no tenía mas que esplanar las ideas recibidas; no estaba obligado á inventar á un mismo tiempo el carácter y la situación; y existian de antemano el respeto é interes en favor de los hombres que él queria pintar. Los modernos mismos se aprovecharon de la augusta celebridad de los personajes trágicos de la antigüedad; nuestras mas admirables y sencillas situaciones trágicas se tomaron del griego. No porque los Griegos sean superiores á los modernos sino porque fuéron los primeros en pintar aquellos afectos dominantes, cuyos principales rasgos deben permanecer siempre unos mismos.

Los caracteres trágicos del amor maternal tienen todos una conformidad de cualquiera especie con el dolor de Clitemnestra, y el sacrificio filial debe recordar siempre á Antigona *. Existe finalmente en la naturaleza

* De que los sucesos mas fuertes y adversos de la vida se pintaron por los Griegos, no se sigue que

moral, como en la luz del sol, un cierto número de rayos que producen colores vivísimos ó distintos; variamos estos colores con su mezcla, pero no podemos formar uno enteramente nuevo.

Los tres trágicos griegos trataron todos los mismos asuntos; no los inventaron nuevos; no lo deseaban los espectadores de modo ninguno; los autores no pensaban en ello, y ni quizás, lo hubieran logrado. Las acertadas concepciones de sucesos extraordinarios son mas la obra de las tradiciones que de los poetas. La cadena de los raciocinios conduce á algunos descubrimientos en la filosofía; pero la primera idea de la invencion de los hechos poéticos es casi siempre un efecto de la casualidad. La historia, las costumbres, y aun fábulas populares auxilian la imaginacion de los poetas. No hubiera hallado Sofócles en su

ellos hayan igualado á los modernos en la delicadeza y profundidad de los afectos é ideas que estas situaciones pueden inspirar.

cabeza el asunto de Tancredo, ni Voltaire el de Edipo. No se descubren nuevas fábulas maravillosas, cuando la credulidad del vulgo no se presta ya á ello; en balde lo querriamos, pues el talento se negaria á ello.

El valor dado á los coros que se reputan como que representan al pueblo, es casi el único vestigio del espíritu republicano que pueda notarse en las tragedias griegas. Las comedias traen á la memoria con frecuencia el estado político de la nacion; pero, en las tragedias, se pintaban de continuo las desgracias de los reyes*; y se interesaba uno

* Barthelemy, en su célebre *Viage del jóven Anacarsis*, dice que los Atenienses hacian representar en el teatro los reveses de los reyes para fortificar el espíritu republicano. No creo que el recordar incesantemente las desgracias de los reyes fuera un medio de desterrar el amor de la dignidad real. Los grandes desastres son dramáticos; conmueven ellos fuertemente la imaginacion: pues bien, no se destruye así una preocupacion, cualquiera que ella sea.

en su suerte. La ilusión de la dignidad regia subsistía entre los Atenienses, á pesar de que eran amantes de su gobierno republicano. No parece que aquel entusiasmo de libertad que caracteriza á los Romanos, reinase con el mismo vigor entre los Griegos; estos habían tenido que hacer menores esfuerzos para conquistar su libertad; y no habían echado del trono, como los Romanos, á una estirpe de reyes crueles, propia para hacerles coger horror á cuanto podía recordar su memoria. El amor de la libertad era para los Griegos un hábito, un modo de ser, y no una pasión dominante cuya expresión les fuese necesario hallar en todas partes.

Los Atenienses eran amantes de sus instituciones y país, pero esto no era, como entre los Romanos, por un afecto exclusivo. No se halla en sus tragedias mas que un rasgo característico de la democracia; son las reflexiones que los principales personajes y coros repiten incesantemente sobre la rapidez de los contratiempos del destino, y

sobre la inconstancia de la fortuna. Las repentinas y frecuentes revoluciones del gobierno popular conducen á menudb hácia esta especie de consideraciones filosóficas. No imitó Racine á los Griegos sobre este particular. En el reinado de un monarca tal como Luis XIV, su voluntad debía ocupar el lugar de la suerte, y se carecía de valor para suponerle caprichos; pero en cuantos países domina el pueblo, lo que hace mayor impresión en los ánimos, son los trastornos que se efectúan en los destinos; es la caída rápida y terrible de la cima de la grandeza al abismo de la adversidad.

Los autores trágicos tratan siempre de avivar las impresiones que experimentó con frecuencia la nación que los oye. En efecto, los recuerdos sirven mucho siempre en el enternecimiento; y tan léjos de que sea necesario, tanto en los afectos como en los pensamientos, cautivar con nuevas relaciones la atención, cuando queremos arrancar algunas lágrimas, nos es necesario recordar lo pasado.

CAPITULO III.

De la Comedia griega.

Las tragedias (si exceptuamos algunas obras maestras) requieren ménos conocimiento del corazon humano que las comedias; la imaginacion basta para pintar lo que se presenta naturalmente á la vista, la expresion del dolor. Los caractéres trágicos deben tener entre sí una cierta semejanza que escluye la finura de las observaciones; y los modelos de la historia heroica trazan de antemano el camino que conviene seguir. Pero aquella delicadeza de gusto, aquella superior filosofía, que Moliere mostró en sus comedias, no pueden poseerse por el espíritu humano mas que á continuacion de muchos siglos; y aun cuando hubiera vivido en

Aténas un ingenio igual al de Moliere, no hubiera podido acertar con la buena comedia.

Nos preguntamos sin embargo con asombro, cuando leemos las comedias de Aristófanes, como es posible que se hayan aplaudido semejantes piezas en el siglo de Pericles, y que los Griegos hayan manifestado tan buen gusto en las bellas artes, y una tan repugnante rusticidad en las chanzas. Dimana esto de que ellos tenian el buen gusto que pertenece á la imaginacion, y no el que proviene de la moralidad de los afectos. Las bellas formas de toda especie agradaban á sus ojos; pero su alma no estaba advertida por una escrupulosa delicadeza de los miramientos que deben guardarse. Esperimentaban mucho mas entusiasmo que respeto en favor de los elevados genios. La desgracia, el poder, la religion, el ingenio, cuanto heria la imaginacion de los Atenienses, excitaba una especie de fanatismo en ellos; pero esta impresion se desvanecia con la misma facilidad, desde que la substituia

otra igualmente viva. Los efectos graduales y modificados no convienen apénas á las costumbres democráticas; y como habia necesidad de hacerse oír y aplaudir siempre del pueblo, se entregaban, para divertirle, á los contrastes fuertes que llaman fácilmente la atención de todos los hombres.

La tragedia se resentía ménos de este desseo de agradar al vulgo; ella hacia parte, como ya lo he dicho, de una fiesta religiosa. Por otra parte no es menester consultar con los gustos ni luces del pueblo para enternecerle; la conmocion de la piedad llega á todos los corazones por el mismo camino. Nos dirigimos al hombre en la tragedia; pero para lograr un triunfo popular en la comedia, es necesario conocer esta época, aquel pueblo, y estas costumbres; se toma el llanto en la naturaleza, y la chanza en los hábitos.

Las máximas de la moralidad sirven comunmente de reglas de gusto á las últimas clases de la sociedad; y estas máximas bastan á menudo para ilustrarías, aun en lite-

ratura. El pueblo de Atenas no tenia aquella delicada moralidad que puede suplir el tacto mas fino del espíritu; se entregaba á las supersticiones religiosas; pero carecia de ideas fijas sobre la virtud, y no reconocia ninguna máxima, ningun limite, ningun pudor en los objetos de sus recreos.

La exclusion de las mugeres impedia tambien que los Griegos se perfeccionaran en la comedia. No teniendo los autores ningun motivo para contemporizar con nada, para encubrir, ni suponer nada, la gracia y finura debian faltar necesariamente á su alegría. Aquellas máscaras, aquellas bocinas, todos aquellos estravagantes estilos del teatro de los antiguos disponian el espíritu, como las caricaturas en el dibujo, á la invencion estafalaria, y no al estudio de la naturaleza.

Aristófanés cogia algunas chanzas populares; presentaba algunos contrastes de una invencion comun y de una espresion ordinaria; pero en sus piezas no resaltan las ridiculeces de los hombres, y estravagancias

de la sociedad, con la pintura de los genios, ni con la propiedad de las situaciones.

Las mas de las comedias de Aristófanes eran relativas á los sucesos de su tiempo. No se habia imaginado todavía sostener la curiosidad por medio de una maraña cabalresca; el interes de las aventuras particulares depende absolutamente del papel que hacen las mugeres en un pais. El arte cómico, tal como él se hallaba en tiempo de los Griegos, no podia pasarse sin alusiones; no se habia profundizado bastante el corazon humano en sus ocultas pasiones, para interesar pintándolas solamente; pero era muy fácil agradar al pueblo convirtiendo á sus gefes en objeto de ludibrio público.

La comedia de circunstancia tiene tan fácilmente acierto, que ella no puede lograr ninguna reputacion durable. Aquellos retratos de los hombres vivos, aquellos epigramas sobre los hechos coetáneos, son unas chanzas de familia, y unos triunfos de un dia, que deben fastidiar á las naciones y siglos; aun el mérito de semejantes obras puede desvanecerse de un año á otro.

Si vuestra memoria no se representa el asunto de las alusiones, vuestro espíritu no os basta para comprender la gracia de estos escritos; y si es necesario reflexionar en una chanza para descubrir su sentido, está malogrado todo su efecto.

El espectador toma totalmente parte en la ilusion de la tragedia; se interesa bastante por el héroe de la pieza, para comprender costumbres estrañas, para trasladarse á unos paises enteramente nuevos. La conmocion lo hace abrazar y concebir todo; pero está sosegada en la comedia la imaginacion del espectador, la cual no presta su socorro al autor; la impresion de la alegría es en tanto grado ligera y espontánea, que el mas débil esfuerzo, la mas leve distraccion podrían ahuyentárnosla.

Aristófanes no compuso mas que piezas de circunstancia, porque los Griegos se hallaban sumamente distantes de la profundidad filosófica, que permite concebir una comedia de figuras, una comedia que interese al hombre de todos los paises y tiempos. Las comedias

de Menandro y los caracteres de Teofrasto hicieron adelantar, el uno la decencia teatral, y el otro la observacion del corazon humano; porque estos dos escritores le llevaban á Aristófanes la superioridad de un siglo mas; pero los autores, en general, se dejan seducir fácilmente en las democracias por el irresistible atractivo de los aplausos populares. Es un escollo para las comedias de los pueblos libres, el triunfo que se consigue poniendo en el teatro algunas ausiones á los negocios públicos. No sé si semejantes comedias son una señal de libertad; pero son por necesidad la ruina del arte dramático.

El pueblo de Atenas, como lo he dicho ya, era sumamente propenso al entusiasmo; pero no por ello era ménos amante de la sátira que ultrajaba á los hombres superiores. Las comedias de Atenas servian, al modo de los periódicos de Francia, para el nivel democrático; con esta diferencia, que la representacion de una comedia llena de personalidades contra un hombre vivo, es una especie de insulto, contra el que ningun

nombre considerado podria resistir en nuestros dias. Nos entregamos muy poco á la admiracion, para no tener que temerlo todo de la calumnia; los amigos, en Francia, abandonan muy fácilmente, para que no sea necesario poner un limite á la violencia de los enemigos. En Atenas le era á uno posible darse á conocer, y justificarse en la plaza pública á la vista de la nacion entera; pero en nuestras numerosas asociaciones, no podria oponerse mas que la luz lenta de los escritos contra la animada ridiculez del teatro. Ninguna fama, ninguna autoridad pública puede sostener esta desigual lucha.

La república misma de Atenas debió su esclavitud á aquel abuso de la escena cómica, á aquella desordenada propension á las burlas que la necesidad de divertirse estimulaba todos los dias. La comedia de los Nublados dispuso los ánimos para la acusacion de Sócrates. Demóstenes, en el siglo siguiente, no pudo arrancar á los Atenienses de sus espectáculos, de sus ocupaciones frivolas, para ocuparlos en Filipo. Lo que se habia temido

siempre contra la república, era el ascendiente que podía tomar sobre ella uno de sus grandes hombres; y lo que la hizo perecer, fué su indiferencia para con todos.

Los Atenienses, después de haber sacrificado su gloria para conservar sus pasatiempos, vieron robarse hasta su independencia, y con ella las diversiones mismas que ellos habían preferido á la defensa de su libertad.

CAPITULO IV.

De la Filosofía y Elocuencia de los Griegos.

La filosofía y elocuencia se hallaban reunidas á menudo entre los Atenienses. Los sistemas metafísicos y políticos de Platon contribuyeron mucho ménos á su gloria, que la perfección de su lenguaje y la nobleza de su estilo. Los filósofos griegos son, por la

mayor parte, oradores elocuentes sobre ideas abstractas. Debo considerar sin embargo en primer lugar la filosofía de los Griegos separadamente de su elocuencia: mi fin es observar los progresos del espíritu humano, y la filosofía sola puede indicarlos con certeza.

La elocuencia, ya por sus relaciones con la poesía, ya por el interes de las discusiones políticas en un país libre, había llegado entre los Griegos á un grado de perfección que sirve de modelo todavía; pero la filosofía de los Griegos me parece muy inferior á la de sus imitadores, los Romanos; y la filosofía moderna tiene sin embargo, sobre la de los Romanos, la superioridad que dos mil años de meditación mas deben asegurar al pensamiento.

Los Griegos se perfeccionaron por sí mismos, de un modo notabilísimo, durante el curso de tres siglos. En el último, el de Alejandro, Menandro, Teofrasto, Euclides, Aristóteles, denotan sensiblemente los pasos andados en diversas especies. Una de las principales causas finales de los grandes sucesos que nes son conocidos, es la civilización

del mundo. En otro lugar esplanaré este aserto; lo que me importa notar ahora, es cuan propios eran los Griegos para propagar las luces, y cuantos estímulos daban ellos á las tareas necesarias para adquirirlas. Los filósofos fundaban sectas, medio tan útil en aquella era como seria perjudicial en la nuestra. Rodeaban la investigacion de la verdad con cuanto podia herir la imaginacion; aquellos paseos en que diversos jóvenes discipulos se reunian alrededor de su maestro, para oír nobles pensamientos en presencia de un hermoso cielo; aquella lengua armoniosa que exaltaba el alma por los sentidos, aun ántes que las ideas hubieran obrado en ella; el misterio de que se usaba en Eleusis sobre el descubrimiento y comunicacion de ciertas máximas morales; todo ello aumentaba el efecto de las lecciones de los filósofos. Con la ayuda de las maravillas fabulosas, se hacia abrazar diversas verdades al mundo en su infancia. Se inflamaba de mil maneras el gusto del estudio; y los lisonjeros elogios que alcanzaban los discipulos de la filosofía, aumentaban de nuevo su número.

Lo que contribuye á darnos una portentosa idea de los antiguos, son los grandes efectos surtidos por sus obras; no conviene sin embargo juzgarlos con arreglo á esto. El corto número de hombres ilustrados que la Grecia presentaba á la admiracion de lo restante del mundo, la dificultad de los viages, la ignorancia en que se estaba de los mas de los hechos recogidos por los escritores, la escasez de sus manuscritos, todo contribuia á infundir la mas viva curiosidad por las obras célebres. Los multiplicados testimonios de este interes general estimulaban á los filósofos para superar las sumas dificultades que presentaba el estudio, ántes que el método y la generalizacion hubieran abreviado su camino. La gloria moderna no hubiera bastado para premiar semejantes esfuerzos; y era menester nada ménos que la gloria antigua, para infundir la fuerza de vencer tan grandes obstáculos. Los antiguos filósofos lograron, en su tiempo, una fama mucho mas sobresaliente que la de los modernos; pero no es ménos cierto

que los modernos en la metafísica, moral, y ciencias, son infinitamente superiores á los antiguos.

Los filósofos de la antigüedad impugnaron algunos errores; pero abrazaron otros innumerables. Cuando se hallan establecidas las mas absurdas creencias, los escritores que recurren á las luces de la razon, no pueden desprenderse nunca enteramente de las preocupaciones que los circundan. Ponen unas veces un error en el lugar del que ellos refutan; y otras conservan una supersticion que les es propia, impugnando los dogmas recibidos. Tiene por formidables Pitágoras las palabras fortuitas. Sócrates y Platón creían en los demonios familiares. Ciceron temió los presagios sacados de los sueños. Desde que un reves, un pesar de cualquiera especie cargan sobre el alma, es imposible que ella deseche absolutamente todas las supersticiones de su siglo: no es suficiente el apoyo que uno halla en sí, y no nos creemos protegidos mas que por lo que está fuera de nosotros. Estudiándose uno á sí mismo,

verá que, en todos los dolores de la vida, está inclinado á creer á los otros mas que sus propias reflexiones, á buscar los motivos de sus temores y esperanzas en otra parte diferente de su razon. Un ingenio superior, cualquiera que él sea, no puede eximirse por sí solo de aquella necesidad de lo sobrenatural, inherente al hombre; es menester que la nacion forme cuerpo con el filósofo contra ciertos terrores, para que le sea posible á semejante filósofo el impugnarlos todos.

Los Griegos se diéron con locura al examen de los diferentes sistemas del mundo. Quanto ménos adelantados estaban en las ciencias, tanto ménos reconocian los limites del talento humano. Los filósofos se recreaban mas especialmente en lo desconocido é inesplicable. Pitágoras decia que *no habia cosa ninguna real mas que lo que era espiritual*; que *lo material no existia*. Platon, aquel escritor de una tan sobresaliente imaginación, vuelve de continuo á una metafísica extravagante del mundo, del hombre y amor, en que las

leyes físicas del universo y la propiedad de los afectos no se observan nunca. La metafísica que no tiene los hechos por basa, ni el método por guía, es lo que puede estudiarse de mas cansado; y tengo por imposible no conocerlo, leyendo los escritos filosóficos de los Griegos, cualquiera que sea el encanto de su language.

Los antiguos son mas consumados en moral que en metafísica; el estudio de las ciencias exactas es necesario para rectificar la metafísica, mientras que la naturaleza puso en el corazón del hombre cuanto puede guiarle á la virtud. Sin embargo ninguna cosa está ménos acordada, ni tiene ménos union que el código moral de los antiguos. Pitágoras parece dar el mismo valor á algunos proverbios, á algunos consejos de prudencia y habilidad, que á los preceptos de la moral. Muchos filósofos griegos confunden igualmente los puestos en la moral; colocan el amor del estudio en la misma línea que el desempeño de las primeras obligaciones. El entusiasmo por las facultades intelectuales

sobrepuja en ellos á cualquiera otra especie de estimacion; estimulan al hombre á hacerse admirar; pero no echan una mirada inquieta ó penetrante sobre las penas interiores del alma.

No creo que la palabra felicidad se profiera una vez en los escritos de los Griegos segun la acepcion moderna. No daban un sumo valor á las virtudes particulares. La política era en ellos un ramo de la moral; meditaban sobre el hombre en sociedad; no le juzgaban casi nunca mas que en sus relaciones con sus conciudadanos; y como los estados libres estaban compuestos generalmente de una escasisima poblacion, y que las mugeres eran nulas en la vida*, toda la existencia del

* No se halla ni siquiera un solo retrato de muger en los Carácterés de Teofrasto; en los que su nombre no se pronuncia nunca como el de un ser que forma parte de los intereses sociales. Se me ha objetado el lustre del nombre de Aspasia: ¿Puede probar la suerte de una cortesana el lugar que las leyes y costumbres acuerdan á las mugeres en un país?

hombre consistia en las relaciones sociales; y los estudios de los filósofos se dedicaban esclusivamente á la perfeccion de esta existencia política. Platon, en su República, propone como un medio de acrecentar la felicidad del linage humano, la destruccion del amor conyugal y paternal, por medio de la comunidad de las mugeres é hijos. El gobierno monárquico, y la estension de los gobiernos modernos desprendiéron á los mas de los hombres del interés de los negocios públicos; se reconcentraron en sus familias, y la felicidad no perdió en ello; pero todo incitaba á los antiguos á seguir la carrera política, y su moral tenia por primer objeto darles alien-tos para ella. Lo que hay de realmente perfecto en su doctrina, no es contrario á este aserto. Si es útil, en todas las situaciones, el ejercer un gran dominio sobre sí mismo, les es necesaria á los estadistas mas principalmente esta facultad.

¡ Cuan admirablemente se pinta en la apologia de Sócrates, y en el Fedon, aquella moral que consiste toda entera en la paz,

fortaleza, y entusiasmo de la sabiduria! Si pudiéramos introducir en nuestra alma este orden de ideas, parece que estaríamos inevitablemente armados contra los hombres. Los antiguos tomaban á menudo su punto de apoyo en los errores, en algunas ideas facticias; pero finalmente se sacrificaban ellos mismos á lo que reconocian por la virtud; y lo que nos falta hoy dia, es un móvil para obrar sobre el egoismo: todas las fuerzas morales se hallan reconcentradas en el interés personal.

Los filósofos griegos eran en cortísimo número, y las tareas anteriores á su siglo no les presentaban socorro ninguno; era menester que ellos fueran universales en sus estudios. No podian ir pues muy adelante en ninguna especie; carecian de lo que no se debe mas que á las ciencias exactas, del método, es decir, del arte de resumir. Platon no hubiera podido juntar en su memoria lo que con ayuda de este método retienen los jóvenes hoy dia sin trabajo; y se introducian los errores mucho mas fácilmente ántes que

se hubiera abrazado en el raciocinio el enlace matemático.

Sócrates mismo, en los Diálogos de Platon, toma, para impugnar á los sofistas, algunos de sus defectos; son digresiones, esplanaciones, que no se tolerarian ahora. Debemos recurrir á los antiguos para el gusto simple y puro de las bellas artes; debemos admirar su energía, su entusiasmo para cuanto es grande, afectos juveniles y vehementes de las primeras naciones civilizadas; pero es menester considerar todos sus raciocinios en filosofia como la armazon del edificio que el talento humano debe levantar.

Aristóteles sin embargo, que vivió en el tercer siglo, por consiguiente en el siglo superior en el pensamiento á los dos precedentes, Aristóteles puso el espíritu de observacion en el lugar del sistemático; y esta diferencia es suficiente para asegurar su gloria. Lo que él escribe en literatura, física, y metafísica, es la análisis de las ideas de su tiempo. Historiador del progreso de los conocimientos en aquella época, los resume, y coloca segun el

orden en que él los concibe. Es un hombre admirable para su siglo; pero es querer forzar á los hombres á volver hácia atras, el buscar en la antigüedad todas las verdades filosóficas; es dirigir el espíritu de descubrimiento hácia lo pasado, mientras que le reclama lo presente. Los antiguos, y especialmente Aristóteles, fuéron tan consumados como los modernos sobre ciertas partes de la política; pero esta excepcion á la invariable ley de la progresion, depende únicamente de la libertad republicana de que gozaron los Griegos, y que los modernos no conocieron.

Aristóteles está en la mas completa ignorancia sobre todas las cuestiones generales que la historia de su tiempo no aclaró; y no supone existencia del derecho natural para los esclavos. Antagonista de Platon sobre otras muchas materias, no imagina que la esclavitud pueda ser un objeto de exámen; y, en la misma obra, trata las causas de las revoluciones y las máximas gubernativas con una rara superioridad, porque el ejemplo de las repúblicas griegas le habia suministrado la

mayor parte de sus ideas. Si el gobierno republicano no hubiera cesado de existir desde Aristóteles, le serian tan superiores los modernos en el conocimiento del arte social como en cualquiera otro estudio intelectual. Es necesario que el pensamiento sea advertido por los sucesos; así es como examinando las tareas del espíritu humano, se ve constantemente que las circunstancias ó el tiempo dan el hilo que sirve de guía al ingenio. El meditador sabe sacar ilaciones de una idea principal; pero la casualidad, y no la reflexión, hace descubrir al hombre la primera palabra de todas las cosas.

El estilo de los historiadores griegos es notable por el arte de narrar con interés y simplicidad, y por la viveza de algunas pinturas suyas; pero no profundizan los genios, ni juzgan las instituciones. Los hechos infundían entonces una tal ansia, que no trasladaba uno todavía su pensamiento hacia las causas. Los historiadores griegos caminan con los sucesos, siguen su impulso, pero no se paran para considerarlos. Se diría que, nue-

vos ellos en la vida, no saben si lo que es podría existir de diferente modo. No censuran ni aprueban; transmiten las verdades morales como los hechos físicos, los bellos discursos como las malas acciones, las buenas leyes como las voluntades tiránicas, sin analizar los genios, ni las máximas. Nos pintan, por decirlo así, la conducta de los hombres como la vegetación de las plantas, sin hacer sobre ella un juicio reflexivo *. Estas observaciones se aplican á los historiadores de las primeras edades de la Grecia. Plutereo,

* Tucídides es ciertamente el mas distinguido de los historiadores griegos. Todas sus pinturas están llenas de imaginación, y sus arengas son, como las de Tito Livio, de la mas admirable elocuencia; cuando refiere las desgracias ajenas á las turbulencias civiles, pone muy en claro las pasiones políticas, y debe parecer muy superior á los escritores modernos que no tienen que contar mas que la historia de las guerras y reyes. Pero ¿quien podría comparar la filosofía de Tucídides con la de Hume, y la profundidad de su talento con la de Maquiavelo en sus Reflexiones sobre las Décadas de Tito Livio?

contemporáneo de Tácito, pertenece á una época diferente del espíritu humano.

La elocuencia de los filósofos igualaba casi, entre los Griegos, á la elocuencia de los oradores. Sócrates, Platon, querian mejor hablar que escribir, porque conocian, sin hacerse precisamente cargo de su talento, que sus ideas pertenecian mas á la inspiracion que á la analisis. Tenian necesidad de recurrir al impulso y exaltacion producida por el lenguaje animado de la conversacion; buscaban lo que podia obrar sobre la imaginacion, con tanto esmero como los metafísicos exactos y moralistas severos ponen actualmente en abstenerse de todo ornato poético. La elocuencia filosófica de los Griegos suerte efecto todavía sobre nosotros, á causa de la nobleza y pureza del lenguaje. La doctrina pacífica y fuerte que ellos enseñaban, imprime en sus escritos un carácter que el tiempo no ha borrado. La antigüedad sienta bien á las perfecciones simples; sin embargo hallariamos muy monótonos los discursos de los filósofos griegos sobre las afecciones del

alma si los escribieran en nuestros dias; les falta una grande virtud para engendrar la commocion; que es la melancolia y sensibilidad.

Las opiniones estóicas no unian la sensibilidad á la moral; la literatura de los pueblos del Norte no habia hecho gustar todavía de las imágenes tétricas; el género humano no habia entrado todavía, si es licito espresarse así, en la edad de la melancolia; luchando el hombre contra las penas del ánimo, les oponia la fortaleza, pero no aquella sensible resignacion, que no ahoga el dolor ni se corre de los pesares. Unicamente esta resignacion puede hacer que el dolor mismo sirva para los mas sublimes efectos del talento.

La elocuencia de la tribuna era, en la república de Aténas, tan perfecta como era necesario para arrastrar la opinion de los oyentes. En cuantos países puede producirse con la palabra un grande resultado político, tiene este talento necesariamente mucho progreso. Cuando se conoce el valor del premio, se sabe anticipadamente qué esfuerzos se tentarán

para obtenerle. La elocuencia era, entre los Atenienses, miéntras que fuéron libres, una especie de gimnástica en la que se ve al orador estrechar al pueblo con sus argumentos, como si quisiera echarle al suelo. El impulso que Demóstenes espresa mas á menudo, es la indignación que le infunden los Atenienses, y esta ira contra el pueblo, bastante natural en una democracia, aparece incesantemente en los discursos de Demóstenes. Habla de sí mismo con magestad, es decir, con rapidez é indiferencia.

Examinaré, en el siguiente capítulo, algunas de las razones políticas de la diferencia que existe entre Ciceron y Demóstenes. Lo que puede notarse generalmente en los oradores griegos, es que no se valen mas que de un corto número de ideas principales, sea que no se pueda hacer impresion en el pueblo mas que con argumentos espresados fuertemente y esplanados por mucho tiempo, sea que las arengas de los Griegos tuvieran el mismo defecto que su literatura, la uniformidad. Los antiguos, por la mayor parte,

no tienen una grande variedad de pensamientos. Sus escritos son como la música de los Escoceses, que componen tocatas con cinco notas, cuya perfecta armonia destierra toda critica, sin cautivar profundamente el interes.

Ultimamente los Griegos, por mas asombrosos que sean, dejan pocos pesares. Así debia ser un pueblo que daba principio á la civilizacion de la tierra. Tienen todas las calidades necesarias para estimular el progreso del espíritu humano; pero al verlos uno desaparecer de la historia, no experimenta el mismo dolor que la ruina del nombre é indole de los Romanos infunde. Las costumbres, los hábitos, los conocimientos filosóficos, los triunfos militares, todo parecé que no debe ser mas que pasajero entre los Griegos; es la semilla que el viento llevará á todos los parages de la tierra, y que no quedará en donde nació.

El amor de la reputacion era el móvil de todas las acciones de los Griegos, los que estudiaban para ser admirados; sobrellevaban el dolor, para excitar el interes; abrazaban

algunas opiniones para tener discípulos; y defendían su patria, para gobernarla *. Pero no tenían aquel juicio interior, aquella voluntad reflexionada, aquel espíritu nacional, aquel zelo patriótico que distinguieron á los Romanos. Los Griegos debían dar el impulso á la literatura y bellas artes; los Romanos hicieron llevar el sello de su ingenio al orbe.

CAPITULO V.

De la Literatura latina, mientras que la república romana duraba todavía.

CONVIENE distinguir en cualquiera literatura entre lo que es nacional y lo que pertenece

* Alcibiades y Temistocles quisieron vengarse de su patria suscitándole enemigos estrangeros; un Romano no se hubiera hecho nunca reo de semejante crimen. Coriolano es el único ejemplo de ello, y no pudo resolverse á acabarlo.

á la imitacion. Habiendo sucedido el imperio romano á la dominacion de Atenas, la literatura latina siguió el camino que la de los Griegos habia señalado, primeramente porque era el mejor bajo muchos aspectos, y que el querer desviarse de él en un todo, hubiera sido renunciar al buen gusto y á la verdad; quizas tambien, porque la necesidad sola produce la invencion, y que abrazamos en vez de crear cuando hallamos un modelo acorde con nuestras habituales ideas. El género humano se dedica con preferencia á perfeccionar, cuando está dispensado de descubrir.

El paganismo romano tenia mucha conformidad con el griego. Los preceptos de las bellas artes, un sinnúmero de leyes, las mas de las opiniones filosóficas se transportaron sucesivamente de Grecia á Italia. No me dedicaré pues aquí á la analisis de los efectos semejantes, que debían dimanar de las mismas causas. Quanto en la literatura griega depende de la religion gentil, de la esclavitud, de los estilos de las naciones meridionales,

del espíritu de la antigüedad ántes de la invasion de los pueblos del Norte y el establecimiento del cristianismo, debe volverse á hallar con algunas modificaciones entre los Latinos.

Lo que importa notar, son las diferencias características de la literatura griega y la latina; y los adelantamientos del ingenio humano, en las tres épocas sucesivas de la historia literaria de los Romanos, la que antecedió al imperio de Augusto, la que lleva el nombre de este emperador, y la que puede contarse desde su muerte hasta el reinado de los Antoninos. Las dos primeras se confunden á veces bajo algunos aspectos por las datas, pero su espíritu es estremadamente diferente. Aunque Ciceron haya muerto en el triunvirato de Octavio, su ingenio pertenece por entero á la república; y aunque Ovidio, Virgilio, Horacio, hayan nacido miéntras que la república subsistía todavía, sus escritos llevan el carácter del influjo monárquico. Aun en el imperio de Augusto, algunos escritores, Tito Livio especialmente, manifiestan á me-

nudo en su modo de escribir la historia, un espíritu republicano; pero para analizar con precisión la especie distintiva de estas tres épocas, es necesario examinar sus visos generales, y no las excepciones particulares.

No se manifestó por entero el genio romano mas que miéntras duró la república. Una nación no tiene índole ninguna mas que cuando es libre. La aristocracia de Roma tenia algunas de las ventajas de la aristocracia de las luces. Aunque se le puede censurar, con razon, quanto en el nombramiento de los senadores dependia meramente de la herencia, sin embargo el gobierno de Roma, dentro del recinto de sus muros, era libre y paternal. Las conquistas daban un inmenso poder á los gefes del estado; y los principales Romanos, la flor de la ciudad señora del mundo, se consideraban como poseedores del patriciado del orbe. De esta idea de aristocracia entre los nobles, de superioridad esclusiva entre los habitantes de la ciudad, dimanaba el eminente carácter de los escritos de los Romanos, de su lengua, costumbres, hábitos y magestad.

Los Romanos no manifestaban jamas, en ninguna circunstancia, una violenta agitacion; aun quando deseaban conmovier con la elocuencia, les importaba todavia mas el conservar la sosegada dignidad de un alma fuerte, y no esponer la idea de respeto, que servia de fundamento á todas sus instituciones politicas, igualmente que á sus relaciones sociales. Hay en su lengua una autoridad de expresion, una gravedad de sonido, una regularidad de periodos, que se prestan apénas á los atropellados acentos de un alma turbada, á los rápidos prontos de la alegría. Triunfaban en las batallas con el valor; pero su fuerza moral consistia en la impresion solemne y profunda que el nombre romano producía. No se tomaban la libertad, con motivo ninguno, ni aun con el de un triunfo presente, de lo que podia causar ofensa á las relaciones durables de subordinacion, de miramientos y prudencia.

Era un pueblo cuyo poder consistia en una voluntad seguida, mas bien que en la impetuosidad de sus pasiones. Era menester per-

suadirle con la esplanacion de la razon, y con tenerle con la estimacion. Mas religioso que los Griegos, aunque ménos fanático, mas obediente á las autoridades politicas, ménos zeloso de las reputaciones individuales, no estaba privado nunca del ejercicio de su razon por ningun suceso de la vida humana.

Los Romanos habian comenzado menospreciando las bellas artes, y particularmente la literatura, hasta el momento en que los filósofos, oradores é historiadores hicieron el talento de escribir útil á los negocios y moral pública. Luego que los primeros del estado se hubieron ocupado en la literatura, sus libros llevaron á los de los Griegos la superioridad que el conocimiento práctico de los hombres y gobierno proporciona siempre; pero fueron compuestos necesariamente con mas circunspeccion. No se atrevia Ciceron á impugnar mas que con timidez las ideas recibidas en Roma. No podia despreciar las opiniones nacionales, el que queria lograr el voto de la nacion para los primeros puestos de

la república; y el escritor aspiraba siempre á conservarse la fama de estadista.

En las democracias, tales como era la de Atenas, el estudio de la filosofía y la ocupacion de los negocios políticos se hallan casi tan rara vez reunidos, como en una monarquía el oficio de cortesano y el mérito de medidor. Los medios con que se adquiere la popularidad, ocupan enteramente el tiempo, y no tienen casi relacion ninguna con las tareas necesarias al acrecentamiento de las luces. Los gefes del pueblo no tienen, por decirlo así, ninguna idea de los venideros; las turbulencias de lo presente son tan terribles, los reveses y prosperidad llevan tan adelante el destino, que todas las pasiones se hallan embebidas con los acaecimientos coetáneos. Presentando el gobierno aristocrático una carrera mas lenta y mesurada, fija mas el interés sobre todo lo que mira á lo futuro; las luces filosóficas son necesarias para la consideracion en un cuerpo de hombres escogidos, mientras que bastan los recursos de la imaginacion para conmovier al vulgo reunido.

Excepto Jenofonte, el cual mismo habia sido actor en la historia militar que él refiere, pero que sin embargo no tuvo nunca autoridad en lo interior de la república, ninguno de los estadistas de Atenas fué célebre al mismo tiempo por su talento literario; ninguno, como Ciceron y César, creyó aumentar su existencia política con sus escritos. Scipion y Salustio fueron sospechados, el uno de ser el oculto autor de las comedias de Terencio, y el otro de haber sido el actor secreto de la conspiracion de que él era historiador; pero no vemos en Atenas ejemplos de que un mismo sugeto haya seguido la doble carrera literaria y gubernativa. De esta casi absoluta separacion, entre los estudios filosóficos y las ocupaciones del estadista, resultaba que los escritores griegos cedian mas á su imaginacion, y que los latinos tomaban por norma de sus pensamientos la realidad de las cosas humanas.

La literatura romana es la única que haya comenzado con la filosofía; en todas las demas, y en la griega particularmente, pette-

neciéron á la imaginacion los primeros ensayos del espíritu humano. Las comedias de Plauto y Terencio no son mas que imitaciones del griego. Los demas poetas anteriores á Ciceron merecen apénas nombrarse, ó como Lucrecio, pusieron en verso ideas filosóficas *. La utilidad es el principio inventivo

* Habiéndose censurado esta opinion, creo deber indicar algunos hechos que la prueban. Dije que los poetas que habian antecedido á Ciceron y Lucrecio, eran apénas dignos de nombrarse. Se me ha objetado con Enio, Acio, y Pacuvio. Enio, el mejor de los tres, es un poeta incorrecto, obscuro, y de una imaginacion poco poética. Esta opinion, fundada en los fragmentos que nos quedan de él, está confirmada por Virgilio. Su juicio sobre Enio se convirtió en proverbio. Horacio se burla, en una de sus epístolas, de los que admiran á los antiguos poetas romanos, Enio y contemporáneos suyos. Ovidio, en sus Tristes, prohíbe á las mugeres leer los Anales de Enio en verso, porque dice (*nil est hirsutius illis*), no hay cosa mas ordinaria que estos Anales; y los mas de los comentadores latinos consideran á Enio como un mal escritor.

de la literatura latina; la necesidad de divertirse, el principio inventivo de la literatura

Dije que los Romanos se habian ocupado en filosofia ántes de haber tenido poetas. Se representáron en el año de 514 las primeras comedias en verso, compuestas por Tito Andrónico; y fué conocido Enio en el siguiente. Numa, cinco siglos ántes de esta época, habia escrito sobre la filosofia, y Pitágoras habia sido recibido vecino de Roma ciento y cincuenta años despues de Numa. Las sectas filosóficas de la Grecia mayor habian tenido continuas relaciones con Roma; la lengua latina habia tomado muchas voces y reglas gramaticales del griego eólico que las colonias habian transportado á la Grecia mayor. Enio, ántes de escribir en verso, habia abrazado la secta Pitagórica; y lo que nos queda de sus poemas, contiene ideas filosóficas mucho mas que fábulas maravillosas.

La legislacion, que debe mirarse como un ramo de la filosofia, se llevó al mas alto grado de perfeccion en Roma ántes que hubiera en ella poetas. Se fundáron escuelas publicas para estudiar el espíritu de las leyes; y las analizáron diversos comentadores. Sexto Papirio, Sexto Celio, Graciano Flaco, etc., escribiéron sobre esta materia en

griega. Los patricios instituian, por condescendencia con el pueblo, espectáculos, can-

los siglos tercero, cuarto, y quinto de la república. Para resumir la ley de las doce tablas, se enviaron algunos Romanos á consultar con los hombres más ilustrados de la Grecia; y esta ley de las doce tablas, que trata de la religion, del derecho público y particular, es citada por Ciceron, como superior á quanto los filósofos escribiéron en todos los tiempos sobre esta materia.

Paulo Emilio confió al filósofo Metrodoro, á que él habia traído de Atenas, la educacion de su hijo. Caton el Antiguo, que desaprobaba la inclinacion de los Romanos á la literatura griega, y que manifestó un particular desprecio á Enio, porque escribia en verso, fué instruido él mismo por Nearco el Pitagórico, y se distinguió como escritor y orador; no se mostró adversario mas que de Carneades, filósofo griego de la secta académica; y Diógenes el Estóico que fué enviado á Roma al mismo tiempo que Carneades, fué tan bien acogido en ella, que Scipion, Lelio, y otros muchos senadores abrazaron su doctrina; aun parece que la conocian y practicaban en Roma mucho tiempo ántes de esta embajada.

Si se quiere llamar siempre la filosofia el arte de

tics, y fiestas; pero hallándose reconcentrada la potestad durable en el senado, este

los sofismas, se podrá decir con razon que, en toda la duracion de la republica los Romanos desecháron este talento falso de los Griegos; pero si queremos dar á la filosofia la honrosa acepcion que ella tuvo siempre en la antigüedad, verémos que los Romanos no pudiéron ser grandes estadistas, profundos legisladores, y hábiles oradores políticos, sin ser filósofos.

Antes de Enio, habia habido muchos escritores en prosa entre los Romanos. Postumo Albino, Romano, escribió una historia de Roma en griego; Fabio Pietor, otra en latin, etc. Antes de Enio, los Romanos poseian oradores célebres, de que Ciceron habla con admiracion, los Gracos, Apio, etc. Muchos de sus discursos existian todavia por escrito en tiempo de Ciceron. Ultimamente la república habia tenido casi todos sus grandes hombres, ántes que en ella se cultivara la poesia.

¿Puede compararse este curso del ingenio humano en Roma con el que él siguió en la Grecia? El mas sublime de todos los poetas, Homero, existió cuatro siglos ántes del primer escritor en prosa que nos sea conocido, Ferecides de Sciros,

cuerpo debía dar por necesidad el impulso al espíritu público.

trescientos años antes de Solon, un siglo antes de Licurgo; y el primer arte de la imaginación, la poesía, había llegado en Grecia casi al supremo grado de perfección, antes que sobre otros objetos se tuvieran las ideas suficientes para formar un código de leyes y fundar una sociedad política.

Ultimamente, cuando se quiere conocer el carácter de una literatura, se coge su espíritu general. Se dice que la literatura italiana comenzó con la poesía, aunque en tiempo de Petrarca había malos prosistas cuyos nombres podrian objetarse, como se intenta oponer Enio, Acio, y Pacuvio á los famosos oradores, á los filósofos políticos que perpetúan la gloria de los primeros siglos de la república romana. Si se dijera el poeta Ciceron, á causa de que él tentó en su juventud un poema sobre Mario, no se comprenderia nada en este epíteto. Lo mismo sucede con aquella poesía informe, fria y desconocida, á la que quieren atribuir el origen de la literatura latina. La instruccion vale á veces mucho mas que la erudicion, porque en las tinieblas de la antigüedad, podemos perdernos en los hechos menudos que impedirán comprender la verdad del conjunto.

El pueblo romano era ya una nacion célebre, sabiamente gobernada, fuertemente constituida, antes que ningun escritor hubiera existido en la lengua latina. Comenzó la literatura cuando estaba formado ya el es-

Los escritores realmente célebres antes del siglo de Augusto, son Salustio, Ciceron, y Lucrecio, á los que pueden agregarse Plauto y Terencio, traductores de las comedias griegas. Pero ¿cual es el poeta original en la lengua latina, que haya merecido alguna reputacion antes de Ciceron? ¿Cual es el poeta que antes del siglo de Augusto, haya tenido sobre la literatura latina un influjo que podamos comparar de modo ninguno con el de Homero sobre la literatura griega? Ciceron es el primero de la literatura latina, como Homero el primero de la griega; con esta diferencia, que para que existiera un filósofo como Ciceron, era menester que le hubiesen precedido muchos siglos ilustrados, mientras que es necesario atribuir Homero á la imaginacion sola del poeta y á lo maravilloso de los tiempos heróicos.

Si se hallan muy multiplicadas estas reflexiones, ruego que se traiga á la memoria que están escritas en respuesta á una censura que exigia una refutacion.

piritu de los Romanos por muchos siglos, en que se habian practicado las máximas filosóficas. El arte de escribir no habia tenido progreso mas que mucho tiempo despues del talento de obrar; tuvo pues la literatura entre los Romanos, un carácter diverso del todo, un objeto enteramente diferente, que en los paises en que la imaginacion se despierta la primera.

Un gusto mas severo que el de los Griegos debia resultar, en Roma, de la distinción de las clases. Tirando siempre las primeras á elevarse, no tardan en notar que la nobleza de los modales, la delicadeza de la educacion, dan á conocer mejor la distancia de los estados que todas las graduaciones legales. Los Romanos no hubieran soportado nunca, en su teatro, las ordinarias burlas de Aristófanes; ni sufrido jamas que los acaecimientos coetáneos y personajes públicos fuesen la risa del público. Permitian que se representasen en su presencia ciertas costumbres teatrales, sin relacion ninguna con sus virtudes domésticas, algunas pantomimas, ó entreme-

ses charros, haciéndose el principal papel por esclavos griegos en asuntos griegos; pero ninguna cosa que pudiera tener la menor relacion con las costumbres de los Romanos. Las ideas, los afectos que se espresaban en estas comedias, eran, para los espectadores de Roma, como una ficcion mas en una obra de imaginacion. Terencio conservaba en estos asuntos estrangeros la especie de decencia y comedimiento que exige la magestad del hombre, aun quando no hay mugeres en el auditorio.

Las mugeres tenian mas existencia entre los Romanos que entre los Griegos; pero lograban ellas algun ascendiente en lo interior de sus familias; y no le habian adquirido todavía en las relaciones de la sociedad. El buen gusto, la urbanidad romana tenian algo de varonil que no tomaba nada de la finura de las mugeres, y se conservaban por medio de las austeras costumbres únicamente.

La turbulenta elocuencia de la Grecia, y la ingeniosa lisonja de la Francia no son acomodadas para el gobierno aristocrático; no hay

precision de cautivar al pueblo ni al individuo rey; sino á un cuerpo, á un corto número, que hace mancomunidad de sus intereses separados. En semejante orden de cosas, era menester que los patricios se respetasen mutuamente para imponer respeto á lo restante de la nacion; era menester conseguir un aprecio de duracion; era menester que cada uno tuviera prendas serias y graves, que pudiesen honrar á sus semejantes, y servir á la existencia de ellos como á la suya individual. Lo que singulariza, lo que excita muchos aplausos ó envidia, no conviene á la magestad de un cuerpo. Los Romanos no tiraban pues á distinguirse, como los Griegos, con raras sistemas, con sofismas inútiles, con un género de vida estravagantemente filosófico *. Lo que podia lograr el aprecio de los patricios, era objeto de la emulacion general; podia uno aborrecerlos, pero queria asemejarseles.

* ¿Qué hubieran dicho en Roma de las rarezas de Diógenes? nada, porque no se hubieran

Aunque los Romanos se hayan dado méritos que los Griegos á la literatura, les son superiores por la sagacidad y estension en las reflexiones morales y filosóficas. Los Romanos llevaban á los Griegos una delantera de algunos siglos en la carrera del talento humano. Por otro lado, quanto mas decoro hay que guardar, tanto mas necesaria es la penetracion del espíritu. La democracia infunde una viva y casi universal emulacion; pero la aristocracia estimula mas á perfeccionar lo que se emprende. El escritor que compone, tiene presentes siempre á sus jueces en el pensamiento; y todas las obras son un resultado combinado del ingenio del autor, y de las luces del público que él se ha elegido por tribunal.

Los Griegos estaban mucho mas versados que los Romanos en aquellas réplicas prontas y picantes que aseguran la popularidad en medio de una nacion entendida y alegre;

entregado á ellas en un pais en que no le hubieran salido acertadas.

pero los Romanos tenían mas talento real; es decir, que veían un mayor número de relaciones entre las ideas, y profundizaban mas todas las especies de reflexion. Sus progresos en las ideas filosóficas son estremamente palpables desde Ciceron hasta Tácito. La literatura de imaginacion siguió un curso desigual; pero el conocimiento del corazon humano y de la moral que le es propia, se perfeccionó siempre progresivamente. Las principales bases de las opiniones filosóficas de los Romanos están tomadas de los Griegos; pero como los Romanos abrazaron, en la conducta de la vida, las máximas que los Griegos habían esplanado en sus libros, el ejercicio de la virtud los hizo muy superiores á los Griegos en la analisis de cuanto es relativo á la moral. El código de las obligaciones se presenta por Ciceron con mas union, claridad, y fuerza que en ninguna otra obra anterior. Era imposible ir mas adelante antes del establecimiento de una religion benéfica, y de la supresion de la esclavitud política y civil.

Los antiguos no profundizaron las pasiones

humanas, como algunos modernos moralistas lo hicieron; y aun las ideas suyas sobre la virtud se oponian á ello. La virtud consistia, entre los antiguos, en la fuerza sobre si mismo y amor de la reputacion. Estos móviles, mas exteriores que íntimos, no permitian al hombre conocer los arcanos de su corazon; en lo cual perdió bajo muchos aspectos la filosofia moral.

Las opiniones estoicas formaban el pundonor de los Romanos: una virtud dominante sostiene todas las asociaciones políticas, prescindiendo del fundamento de su gobierno; es decir, que entre todas las buenas prendas, se prefiere una, sin la que todas las otras son nulas, y la cual sola basta para hacer perdonar la carencia de todas. Esta prenda es el vínculo de la patria, el distintivo característico de los ciudadanos de un mismo pais. Entre los Lacedemonios, era el desprecio del dolor físico; entre los Atenienses, la distincion de los talentos; entre los Romanos, el dominio del alma sobre sí misma; entre los Franceses, el lustre del valor; y era tanto el precio que un

Romano daba al ejercicio de una absoluta dominación sobre todo su ser, que el estóico, solo consigo mismo, reconocia apénas los afectos de que se le prescribia triunfar.

Si un hombre de honor fuera capaz de algun temor, le desecharia con tanta energia que no tendria nunca la ocasion ni voluntad de observarle en su propio corazon. Sucedia lo mismo, entre los filósofos romanos, con los afectos tumultuosos de dolor ó cólera, de envidia ó pesar; miraban ellos como afeminados todos los impulsos involuntarios; y avergonzándose de experimentarlos, no se dedicaban á conocerlos en si mismos, ni en los otros. No era para ellos el estudio del corazon humano mas que el de la fuerza ó debilidad. Ambiciosos siempre de fama no se abandonaban á su propio genio; y no manifestaban nunca mas que una naturaleza subordinada.

Ciceron es el único cuya individualidad se deja vislumbrar en sus escritos; y aun lucha con su sistema contra lo que se le suelta á su

amor propio. Su filosofia está compuesta de preceptos, y no de consideraciones. Los Romanos no eran hipócritas; pero se formaban dentro de si mismos para la ostentacion. El genio romano era un modelo al que todos los grandes hombres acomodaban su naturaleza particular; y los escritores moralistas presentaban siempre el mismo ejemplo.

Ciceron, en sus Oficios, habla del *decorum*, es decir, de las formas exteriores de la virtud misma; enseña, como una obligacion moral, los diversos medios de imponer respeto con la pureza del lenguaje, con la elegancia de la pronunciacion. Quanto puede aumentar la magestad del hombre, formaba la virtud de los Romanos. Proponen los gozos filosóficos, y no las dulces ideas de una religion elevada, por premio de los sacrificios. No recurren á los consuelos del corazon sino á su elacion de ánimo, para sostener á los hombres; en tanto grado es magestuosa su naturaleza, y se esfuerzan ellos á desterrar de si quanto pudiera pertenecer á impulsos sensibles, aun cuando seme-

jantes impulsos sirvieran de apoyo á la mas rigida moral.

No vemos pues, en la primera época de su literatura, obra ninguna que muestre un profundo conocimiento del corazon humano, que pinte el secreto de los genios, ni las innumerables diversidades de la naturaleza moral. Hubiera sido quizas fomentar las flaquezas, el aclarar las causas suyas, miéntras que los Romanos querian ignorar hasta la posibilidad de ellas. Su elocuencia misma no está animada con pasiones irresistibles; es el calor de la razon que no escluye la paz del alma.

Tenian los Romanos sin embargo mas sensibilidad real que los Griegos; y sus severas costumbres conservan mejor las afecciones cordiales, que la licenciosa vida á que se daban los Griegos.

Plutarco, que deja tan animados recuerdos de lo que él pinta, refiere que paseándose Bruto, pronto á embarcarse para salir de la Italia, en las orillas del mar con Porcia, de la que iba á separarse, entró con ella en un templo, en el que ámbos hicieron oracion á

los dioses protectores. Una pintura que representaba á Hector despidiéndose de Andrómaca, les llamó desde luego la atencion. Viendo esta pintura la hija de Caton, que habia reprimido hasta entónces las espresiones de su dolor, no pudo contener su excesiva conmocion. Enternecido con ello Bruto mismo, dijo acercándose á algunos amigos que le habian acompañado: «os confío esta muger, que une á todas las virtudes de su sexo el valor del nuestro;» y se marchó.

No sé si nuestros disturbios civiles, en que tantas despedidas fuéron las últimas, aumentan mi impresion al leer esta relacion; pero me parece que hay pocas mas afectuosas. La austeridad romana da un notable carácter á las afecciones que ella permite. Dejando ver el estóico Bruto, cuya fiera virtud no habia perdonado nada, un tan tierno afecto en aquellos momentos que anteceden á sus postreros esfuerzos y dias, sorprende el corazon con una inesperada conmocion; la accion terrible y el adverso destino de este último de los Romanos, rodean su imágen

con ideas melancólicas que hacen dolorosamente interesante á Porcia *.

Comparemos con esta situación á Pericles defendiendo ante el areópago, á Aspasia acusada, el lustre del poder, el encanto de la hermosura, el amor mismo tal como la seducción puede excitarle, hallarémolos todos estos medios eficaces reunidos en la narración de esta defensa; pero no penetrarán hasta lo íntimo de nuestra alma. En el secreto de la conciencia se halla también la raíz del enternecimiento. Disponen de nuestro corazón, no las preocupaciones sociales, ni las opiniones filosóficas, sino la virtud, tal como el cielo la crió, virtud de amor ó sacrificio, pero siempre delicadeza y verdad.

Aunque los Romanos, por sus puras costumbres y progresos intelectuales, eran mas

* *Elle vint sur ce seuil accompagner ses pas,
Et les infortunés ne se revirent pas.*

« Vino en este umbral á acompañar sus pasos, y los desgraciados no se volviéron á ver. »

Los Gracos, por Mr de Guibert.

capaces que los Griegos de profundas afecciones, no hallamos en sus escritos, hasta el imperio de Augusto, los vestigios de las ideas y expresiones sensibles que estas afecciones debian infundirles. El hábito de no dejar ver ninguna de sus impresiones personales, de dirigir siempre el interés hácia las máximas filosóficas, da energía, pero á menudo también aridez y uniformidad á su literatura. « En cuanto á aquel afecto, dice Ciceron, vulgarmente llamado el amor, es casi cosa superflua el demostrar cuan indigno es del hombre. » En otro lugar dice, hablando de los pesares y llantos hechos sobre los sepulcros, que « estos testimonios de dolor no convienen mas que á las mugeres. » Así el hombre que quería domar la naturaleza, se rendia á la superstición.

Sin querer ventilar aquí qué beneficio resulta, para una nación, de esta fortaleza moral, exaltada con todos los esfuerzos reunidos de las instituciones y costumbres, es cierto que la literatura debe tener ménos variedad, cuando el talento de cada hombre

tiene su camino señalado por el espíritu nacional, y los esfuerzos individuales miran todos á perfeccionar una especie única, en vez de dirigirse hácia aquella para la que cada uno tiene mas ingenio.

Los combates de los gladiadores llevaban el objeto de interesar fuertemente al pueblo romano con la imágen de la guerra y el espectáculo de la muerte; pero en estos juegos sangrientos, exigían los Romanos tambien que los esclavos sacrificados á sus bárbaros divertimientos supieran triunfar del dolor, y no dejasen soltar señal ninguna suya. Este continuo dominio sobre los afectos es poco propicio para los grandes efectos de la tragedia; y por lo mismo la literatura latina no contiene nada de realmente célebre en esta clase *. La indole romana tenia ciertamente la grandeza trágica; pero estaba muy

* Horacio se queja de que los Romanos, en medio de la representacion de las piezas teatrales, las interrumpian para pedir con fuertes gritos gladiadores.

reprimida para ser teatral. Aun una cierta gravedad distinguia todas las acciones en las clases del pueblo. La locura causada por la desgracia, aquella cruel pintura de la naturaleza fisica turbada con las penas del ánimo, aquel poderoso medio de conmocion, de que Shakespeare sacó el primero tan dolorosas escenas, todo ello se hubiera mirado por los Romanos como la degradacion del hombre. Aun no se citan en la historia de estos ninguna muger, ningun hombre conocido, cuya razon se haya descompuesto con la adversidad. El suicidio era frecuentísimo entre los Romanos, pero las señales exteriores del dolor sumamente raras. El desprecio que la demostracion del pesar excitaba, formaba una ley de morir ó triunfar. En cuyas disposiciones no hay cosa ninguna que presente materia de progreso á la tragedia.

Por otra parte, no se hubiera podido trasladar jamas á Roma el interes que los Griegos hallaban en las tragedias cuyo asunto era nacional *. Los Romanos no hubieran

* Existe una tragedia sobre un asunto romano,

querido que se representara en el teatro lo que podia ser relativo á su historia, afectos, y patria *. Un afecto religioso sancionaba

la Muerte de Octavia; pero ella se compuso, como la naturaleza del asunto lo prueba, mucho tiempo despues de la ruina de la república; y aunque está en las obras de Séneca, se ignora su autor, y no se sabe si fué representada en algun tiempo.

* Contra esta opinion se oponen estos cuatro versos de Horacio.

*Nil intentatum nostri liquere poeta,
Nec minimum meruere decus, vestigia græcæ
Ausi deserere, et celebrare domestica facta
Vel qui prætextas, vel qui docuere togatas.*

•Nuestros poetas no dejaron por tentar ninguna especie. y merecieron sumos elogios, osado abandonar las huellas de los Griegos, y celebrar sucesos domésticos, así en lo trágico como en lo cómico.

No sé á qué especie de obra ni época de la literatura romana se refieren estos cuatro versos de Horacio. En el momento de escribir él su Arte poético, existian los mas famosos poetas del siglo de Augusto; y parece que aun era conocida ya la Eneida. Estos versos son los únicos, en los escritos de los autores clásicos latinos, y en Ho-

quanto les era querido. Los Atenienses creian en los mismos dogmas, defendian tambien su patria, y eran tambien amantes de la

racion mismo, que puedan explicarse como haciendo alusion á tragedias sobre asuntos romanos; y aun podemos interpretarlos diversamente. Lo que es cierto, es que Horacio y Ciceron dicen que los trágicos romanos fuéron imitadores de los Griegos, y que todas las tragedias citadas en los escritos de los antiguos (y hay cerca de doscientas) están sacadas de asuntos griegos.

Acio, dice un comentador, habia compuesto una tragedia sobre Bruto, que fué representada en los juegos Apolinarie. Pero una carta de Ciceron á Atico dice que se representó en estos juegos la tragedia de Tereo; y otro comentador asegura que Acio no habia compuesto una tragedia de Bruto, sino unos versos dirigidos á un Bruto, descendiente del primero, con el que tenia estrecha amistad. Los ediles, en Roma, estaban encargados de decidir, á continuacion de la lectura de las composiciones teatrales, si serian ó no representadas; ¿como saber pues si ellos autorizáron la representacion de una pieza sobre un asunto romano, aun suponiendo que existen algunas que no conocamos, mientras que se nos transmitiéron los

libertad; pero únicamente los Romanos tenían á los objetos de su culto aquel respeto

títulos de cerca de doscientas tragedias sacadas de asuntos griegos!

Sería arriesgado el querer afianzar que no se hallara en semejantes investigaciones una excepción á la regla general; pero una observacion de esta especie se funde sobre un grandísimo número de ejemplos; y es seguramente muy probable que los Romanos del tiempo de la república no fomentaron las tragedias que tenían por asunto los propios sucesos de su historia. No nos ha quedado un título ni elogio de semejantes tragedias en Horacio ni Ciceron, los cuales ámbos se esmeraban sin embargo en realzar la literatura latina.

A los versos de Horacio que se me han opuesto, objetaré otros sacados de una epístola suya.

*Serus enim Græcis admovit acumina chartis:
Et post punica bella quietus, querere capit
Quid Sophocles et Thespis et Eschilus utile ferrent.
Tentavit quoque rem si dignè vertere possat:
Et placuit sibi, natura sublimis et acer.
Nam spirat tragicum satis et feliciter audet;
Sed turpem putat in scriptis metuitque lituram.*

* Los Romanos se ocuparon muy tarde en la literatura griega, y cuando el fin de las guerras púnicas restituyó el sosiego á la república

que obra sobre el pensamiento, que des-tierra de la imaginacion hasta la posibilidad de las acciones vedadas, y que se parece bajo algunos aspectos á la supersticion del amor.

En Aténas, la filosofia era, por decirlo así, una de las bellas artes que cultivaba aquel pueblo, entusiasta de toda especie de celebridad. En Roma, se habia abrazado la filosofia como un apoyo de la virtud; y la estu-

Se comenzó á buscar entónces las perfecciones que podian presentar Sófocles, Esquiles, y Tespis; aun se trató de imitarlos, y se tuvo acierto en ello. Los Romanos son de un natural ardiente y sublime; respiran la idea de la tragedia, y pueden osar con buen éxito. Pero se resisten á corregir lo que componen, y aun hallan algo de vergonzoso en rayar sus escritos.

¿Hay cosa ninguna en estos versos que suponga que los Romanos hayan tenido composiciones de teatro originales? ¿No es un nuevo rasgo por añadir al genio de los Romanos, aquella especie de orgullo que ponian en no corregir las piezas que ellos componian? ¿Qué relacion puede haber entre la indole, talentos y gusto de semejante pueblo mién-tras que era republicano, y cuanto leemos del entusiasmo del pueblo griego para la perfeccion del arte dramático y poético?

diaban los estadistas como un medio de gobernar mejor su patria. Llevaban sus tareas la grandeza de la república romana por único objeto; y les resultaba de ella mas lustre á sus guerreros, escritores, y magistrados, que el que ninguna otra separada gloria hubiera podido asegurarles. Un mismo fin debe comunicar á la literatura formada por la república romana, un mismo espíritu, unos mismos visos. Los escritos de aquel tiempo son notables por la perfeccion y no por la variedad, por la magestad y no por el ardor, por la sabiduría y no por la invencion. Una autoridad de razon, una genial magestad singularmente respetable, afianzan á cada frase, á cada voz, toda su acepcion íntegra. Tan léjos de tener que cercenar nada en el valor de los términos, parece, por el contrario, que ellos suponen mas de lo que expresan. Los Romanos esplanan mucho sus ideas; pero esplanan concisamente siempre cuanto pertenece á los afectos.

Hallándose la primera época de la literatura romana muy inmediata á la última de

la literatura griega, se notan en ella tambien los mismos defectos, que dependen, como los de los Griegos, de que el mundo conocido no existia mucho tiempo hacia. Se hallan muchas digresiones en ciertos asuntos, ignorancia y error en otros muchos. Los Romanos son superiores á los Griegos en la carrera del pensamiento; pero ¡cuan inferiores no son sin embargo aun en esta carrera á los modernos!

La principal causa de la admiracion que nos posee al leer el corto número de escritos que nos queda de la primera época de la literatura romana, es la idea que semejantes escritos nos dan de la índole y gobierno de los Romanos. La historia de Salustio, las cartas de Bruto, * las cartas de Ciceron, ha-

* Bruto, en sus cartas, no se ocupaba en el arte de escribir; su única mira era favorecer los intereses políticos de su país; y sin embargo la carta que él dirige á Ciceron, para afearle las li-sonjas que hacia tan profusamente al jóven Octavio, es quizas lo que se escribió de mas perfecto en la prosa latina.

cen recuerdos eficacisimos sobre el pensamiento; conocemos la fortaleza del alma por medio de la perfeccion del estilo; vemos al hombre en el escritor, á la nacion en este hombre, y el orbe á las plantas de esta nacion.

Sin duda Salustio, y aun Ciceron no eran los mayores caracteres de la época en que vivieron; pero unos escritores de semejante talento se penetraron del espíritu de un tan bello siglo; y Roma vive toda entera en sus escritos.

Cuando Ciceron aboga ante el pueblo, ante el senado, ante los sacerdotes ó César, muda de forma su elocuencia. Podemos notar en sus arengas, no solamente el carácter que convenia á la nacion romana en general, sino tambien cuantas modificaciones deben agradar á los diferentes espíritus, á los diferentes hábitos de los hombres visibles del gobierno. El paralelo de Ciceron y Demóstenes se halla pues casi enteramente en la comparacion que puede hacerse del espíritu y costumbres de los Griegos, con el espíritu y costumbres de

los Romanos. El temple injurioso de Demóstenes, la magestuosa elocuencia de Ciceron, los arbitrios de que Demóstenes se vale para agitar las pasiones de que necesita, los ratiocinios á que Ciceron recurre para desechas las que él quiere vituperar, sus difusas esplanaciones, los rápidos impulsos del orador griego, la multitud de argumentos que Ciceron tiene por necesarios, los repetidos tiros que Demóstenes quiere dirigir; todo ello es relativo al gobierno é indole de ámbos pueblos.

El escritor solitario puede no pertenecer mas que á su talento; pero el orador que quiere influir en las deliberaciones políticas, se conforma solícitamente con el espíritu nacional; así como un perito general estudia de antemano el terreno en que debe dar batalla.

CAPITULO VI.

De la Literatura latina en el imperio de Augusto.

Se miran comunmente Ciceron y Virgilio como pertenecientes ámbos al mismo siglo, llamado el de oro de la literatura latina. Sin embargo los escritores cuyo ingenio se habia formado en el seno de las crueles luchas de la libertad, debian tener otro distintivo que los escritores cuyos talentos se habian perfeccionado en los últimos años del pacífico despotismo de Augusto. Estos tiempos están tan unidos entre sí, que podrian confundirse sus fechas; pero el espíritu general de la literatura latina, ántes y despues de la ruina de la libertad, presenta notables diferencias á la observacion.

Los hábitos republicanos se prolongaron todavía, durante algunos años del imperio de Augusto; y se conservan vestigios suyos por muchos historiadores. Pero todo, en los poetas recuerda el influjo de las cortes: deseando los mas de ellos complacer á Augusto, y viviendo al lado suyo diéron á la literatura romana el aspecto que ella debe tomar bajo la dominacion de un monarca que quiere cautivar la opinion, sin ceder nada de la potestad que él posee. Unicamente este punto de conformidad establece algunas relaciones entre la literatura latina y la francesa en el siglo de Luis XIV, aunque por otra parte no se asemejan ámbas épocas de modo ninguno.

La filosofía precedió en Roma á la poesia; es el orden habitual trastornado, y es quizas la causa principal de la perfeccion de los poetas latinos.

Antes del imperio de Augusto, no se habia dirigido la emulacion hácia la poesia. Los gozos de la autoridad y de los intereses políticos sobrepujan casi siempre á los triunfos meramente literarios; y cuando la forma del

gobierno destina los talentos superiores al ejercicio de los empleos públicos, se dirigen las tareas hacia la elocuencia, historia y filosofía; hacia aquella parte de la literatura que depende mas inmediatamente del conocimiento de los hombres y sucesos. Bajo la dominacion de uno solo, por el contrario, son las bellas artes el único arbitrio de gloria que les queda á los talentos distinguidos; y cuando la tiranía es dulce, cometen los poetas á menudo la falta de ilustrar el reinado suyo con sus obras maestras.

Sin embargo Virgilio, Horacio, y Ovidio, á pesar de las profusas lisonjas que hicieron á Augusto, se manifestaron mucho mas filósofos, mucho mas meditadores en sus escritos, que ningun poeta griego. Deben en parte esta ventaja á la profunda razon de los escritores que los precedieron. Todas las literaturas tienen su época poética. Ciertas perfecciones de imaginacion y armonia se transportan sucesivamente á las mas de las lenguas nuevas y perfeccionadas; pero cuando el don poético tiene progreso, como en Roma, en

medio de un siglo ilustrado, se enriquece con las luces de este siglo. La imaginacion, bajo algunos aspectos, no tiene mas que un tiempo en cada país; ella precede comunmente á las ideas filosóficas; pero cuando las halla ya conocidas y formadas, acaba su carrera con mucho mas lucimiento.

Los poetas, en el imperio de Augusto, abrazaron casi todos en sus escritos el sistema epicureo; el cual es desde luego muy favorable para la poesia; y ademas, parece que él comunica alguna nobleza á la indolencia, alguna filosofía al deleite, y aun alguna magestad á la esclavitud. Este sistema es inmoral, pero no servil; abandona la libertad, como cuantos bienes pueden exigir un esfuerzo; pero no forma de la tiranía una máxima, ni de la obediencia un fanatismo, como lo querian los aduladores de Luis XIV. Aquella brevedad de la vida, cuyo recuerdo mezcla Horacio de continuo con sus mas risueñas pinturas, aquel pensamiento de la muerte, que él repite incesantemente en el

seno de todas las prosperidades, restablecen una especie de igualdad filosófica al lado mismo de la adulacion. No nos pintan estos poetas con una virtuosa sensibilidad la caduca suerte del hombre; si su alma se mostrara capaz de profundas conmociones, se les rogaria que lucharan contra la tiranía en vez de cantar al usurpador. Pero nos los representamos viendo pasar la vida, como miran correr el arroyo que refresca su abrasado clima; y acabamos casi perdonándoles el olvidarse de la moral y libertad, como dejan escapar el tiempo y la existencia.

A pesar de esta molición genial, que se deja notar bajo el imperio de Augusto en los mas de los poetas, hallamos en ellos un sinnúmero de meditados primores. Tomaron de los Griegos muchas invenciones poéticas, que los modernos imitaron sucesivamente, y que parece que deben ser para siempre los elementos del arte. Pero la gloria de cuanto hay de tierno y filosófico en los poetas latinos, les pertenece á ellos solos.

El amor del campo, que inspiró tan peregrinos versos, toma entre los Romanos otro aspecto que entre los Griegos. Estos dos pueblos se recrean igualmente con las imágenes que convienen á unos mismos climas. Invoacan, recuerdan con delicias la frescura de la naturaleza, para librarse de su sol devorador; pero los Romanos solicitan del campo además un abrigo contra la tiranía; y se retiraban de las ciudades habitadas para descansar de los afectos penosos, para olvidar un ignominioso yugo. Se mezclan varias reflexiones morales con su poesía descriptiva: creemos descubrir diversos pesares y recuerdos en cuanto escribian entónces los poetas; por cuya razon sin duda despiertan ellos mas que los Griegos una sensible impresion en nuestras almas. Los Griegos vivian en lo venidero, y los Romanos gustaban ya, como nosotros, de dirigir sus miradas hácia lo pasado.

Mientras duró la república, hubo alguna delicadeza en las afecciones romanas relativas á las mugeres. No tenian estas todavía la existencia independiente que las leyes mo-

dernas les aseguran; pero relegadas con los dioses penates, infundian, como estas deidades domésticas, algunos afectos religiosos. Como los escritores que existieron durante la república, no se tomaron nunca la libertad de expresar los afectos que ellos experimentaban, mostraron los poetas latinos en el breve tránsito de las mas severas costumbres á la mas horrenda corrupcion, una sensibilidad mas afectuosa que la que puede hallarse en ninguna obra griega. Se hacia memoria todavia, bajo la dominacion de Augusto, de la austeridad republicana; y la pintura del amor tomaba algunos atractivos de los recuerdos de la virtud *.

✠ * Citaré á la aventura dos rasgos que pueden confirmar lo que digo de la sensibilidad de los poetas latinos. Cuando los dioses viajeros preguntan á Filemon, en las Metamorfosis de Ovidio, lo que Baucis y él desean del favor del cielo, les responde Filemon:

*Poscimus et quoniam concordes agimus annos,
Auserat hora duos eadem; nec conjugis unquam
Busta mea videam, neu sim tumulandus ab illa.*

Algunos versos de Tibulo á Delia, el cuarto canto de la Eneida, Ceix y Alcione, File-

* Como hemos pasado juntos varios años siempre de acuerdo, pedimos que la misma hora termine nuestra carrera, que yo no vea nunca el sepulcro de mi esposa, y que ella no me sepulte.

Escojo en Virgilio, el poeta del mundo en que pueden hallarse mas versos sensibles, los que pintan la ternura paternal; porque para enternecer sin hacer uso de la lengua del amor, es necesaria una sensibilidad mucho mas profunda. Despidiéndose Evandro de su hijo Palas, pronto á partir para la guerra, se dirige al cielo en estos terminos:

*At vos, ó superi, et divum tu maxime rector,
Jupiter, Arcadii, quæso, miserescite regis,
Et patrias audite preces. Si numina vestra
Incolumem Pallanta mihi, si fata reservant;
Si viturus eum vivo, et venturus in unum,
Vitam oro: patiar quemvis dare laborem.
Sin aliquem infandum casum, Fortuna, minaris;
Nunc, ó nunc liceat crudelém abrumperé vitam
Dum curæ ambigua, dum spes incerta futuri,
Dum te, care puer, mea serâ et sola voluptas,
Complexu teneo: gravior ne nunciis aures
Vulneret.*

* Pero vosotros, o dioses supremos! y tú, señor de los dioses, Júpiter, apiadado del rey de Arcadia, oíd los ruegos paternales. Si vuestra voluntad, si la de los destinos me reservan á Palas, si debo volver á

mon y Baucis, pintan los afectos del alma con aquella lengua de los Latinos cuyo genio es tan magestuoso. ¡Qué impresion no hace ella, esta lengua inventada por la fuerza y la razon, cuando la consagran á la expresion de la ternura! Es una magestuosa potestad que nos conmueve tanto mas abandonándonos á los impulsos naturales, cuanto mas habituados estamos á respetarla. Sin embargo el verdadero language de una sensibilidad profunda y apasionada es estremadamente raro, aun entre los Romanos del siglo de Augusto. El sistema de Epicuro, el dogma del fatalismo, las costumbres de la antigüedad ántes del establecimiento de la era cristiana desfiguran casi enteramente lo que depende de los afectos del alma.

Ovidio introdujo, con muchos de sus es-

verle y abrazarle todavia, os pido vivir. Soportaré la pena, cualquiera que sea su duracion. Pero si la suerte le amenaza con algun accidente adverso, o dioses! séame licito ahora romper mi vida infeliz, mientras que dudosas inquietudes, mientras que la esperanza incierta de lo venidero me agitan, mientras que te abrazo todavia, á ti hijo mio, á ti el único deleite de la tarde de mi vida, séame licito morir, de modo que un mensajero cruel parta mi corazon..... »

critos, una especie de estudio, de afectacion, de antítesis en la lengua del amor, que destierra totalmente la realidad suya. Nos trae á la memoria, sobre este particular, el mal gusto del siglo de Luis XIV. La mania de ejercitar uno friamente su talento sobre los afectos del corazon, debe producir en todas partes resultas semejantes con corta diferencia, á pesar de la diversidad de tiempos. Pero esta afectacion es el defecto del talento de Ovidio, el que no recuerda en nada el carácter general de la antigüedad.

Lo que les falta á los antiguos en la pintura del amor, es cabalmente lo que les falta en las ideas morales y filosóficas. Cuando me toque hablar de la literatura de los modernos, y particularmente de la del siglo décimo octavo, en que el amor se pintó en Tancredo, la Nueva Heloisa, Werther, los poetas ingleses, etc., mostraré como el talento expresa con tanta mas vehemencia y calor los afectos sensibles, cuanto mas eleváron la reflexion y filosofia el pensamiento.

Se ha hecho con mucha frecuencia la com-

paracion del siglo de Luis XIV con el de Augusto, para que sea posible renovarla aqui; pero únicamente esplanaré una observacion importante para el sistema de perfectibilidad que defiende. Descartes, Bayle, Pascal, Molière, La Bruyère, Bossuet, los filósofos ingleses que pertenecen tambien á la misma época de la historia literaria, no permiten sentir paridad ninguna entre el siglo de Luis XIV y el de Augusto, en cuanto á los progresos del ingenio humano. Sin embargo nos preguntamos á nosotros mismos porqué los antiguos, y los Romanos especialmente poseyeron historiadores en tanto grado perfectos, que no los han igualado nunca los modernos; y en particular, porqué no tienen los Franceses ninguna obra completa que poder presentar en esta especie.

En el capítulo sobre el siglo de Luis XIV, analizaré las causas de la mediocridad de los Franceses como historiadores. Pero debo presentar aqui algunas reflexiones sobre las causas de la superioridad de los antiguos en materia histórica; y creo que estas reflexiones

probarán que semejante superioridad no está en contradiccion con los sucesivos progresos del pensamiento.

Existen historias llamadas con razon filosóficas; y hay otras cuyo mérito consiste en la propiedad de las pinturas, en el calor de las narraciones y perfeccion del language; en esta postrera especie se ilustraron los historiadores griegos y latinos.

Hay necesidad de un mas profundo conocimiento del hombre para ser gran moralista, que para ser un buen historiador. Tácito es el único escritor de la antigüedad que haya reunido estas dos prendas en un grado casi igual. Las penas y temores añejos á la esclavitud habian adelantado su reflexion; y su experiencia sobrepujaba en edad al mundo. Tito Livio, Salustio, algunos historiadores de un orden inferior, Floro, Cornelio Nepote, etc., nos embelesan por la excecencia y simplicidad de las relaciones, por la elocuencia de las arengas que ellos prestan á sus grandes hombres, por el interes dramático que saben dar á sus pinturas. Pero estos historiadores

res no pintan, por decirlo así, mas que lo es-
terior de la vida. Es el hombre tal como le
vemos, tal como él se manifiesta; son los vi-
sos fuertes, los bellos contrastes del vicio y
de la virtud; pero en la historia antigua no se
halla la analisis filosófica de las impresiones
morales, ni la profunda observacion de los
genios, ni los imperceptibles síntomas de los
afectos del alma. La vista intelectual de Mon-
taine va mucho mas adelante que la de nin-
gun escritor de la antigüedad. No se desea,
es verdad, esta especie de superioridad en la
historia; es menester que se represente en
ella la naturaleza humana solamente en su
conjunto; es menester que los héroes permanezcan grandes, que parezcan tales por me-
dio de los siglos. Los moralistas descubren
unas debilidades, que son las semejanzas
ocultas de todos los hombres entre sí: el his-
toriador debe pronunciar fuertemente sus di-
ferencias. Los antiguos, que se complacian
en la admiracion, que no trataban de dismi-
nuir la odiosidad del vicio, ni el mérito de
la virtud, tenían una prenda casi tan necesari-

ria al interes de la virtud como al de la fic-
cion; eran tan fieles al entusiasmo como al
menosprecio; y aun á menudo se sostenian
mas los caractéres en sus pinturas históricas
que en sus obras de imaginacion.

¿Puede olvidarse por otra parte qué pro-
digiosa superioridad llevan los historiadores
antiguos á los modernos en la naturaleza
misma de los hechos que ellos refieren? El
gobierno republicano imprime en los hom-
bres, como en los sucesos, un gran carácter, y
algunos siglos de monarquía tiránica ó guer-
ras feudales, no infunden tanto interes como
la historia de una ciudad libre. Suetonio,
que compuso la historia de los emperadores,
Amiano Marcelino, Veleyo Patérculo, en la
última parte de su historia, no pueden ser
comparados en nada con ninguno de los que
escribiéron los siglos de la república; y si Tá-
cito supo sobrepujarlos á todos, es porque la
indignacion republicana vivia en su alma; y
que no mirando como legal el gobierno de los
emperadores, y no teniendo necesidad de la
autorizacion de ninguna potestad para publi-

car sus libros, su espíritu no estaba sujeto á las preocupaciones naturales ó impuestas que esclavizaron á todos los historiadores modernos hasta este siglo.

A estas diversas consideraciones es menester atribuir la superioridad de los antiguos en las materias históricas: cuya superioridad depende principalmente de aquel arte de pintar y referir que supone el impulso, el interés, la imaginación, pero no el conocimiento íntimo de los secretos del corazón humano, ó de las causas filosóficas de los sucesos *. ¡Como hubieran podido poseerle los antiguos, en efecto, al modo de aquellos

* Es notable, por ejemplo, que ningún historiador, que Tácito mismo no nos digan por qué medios, por qué opinión, por qué móvil social los más atroces y estúpidos emperadores gobernaban Roma sin hallar ningún obstáculo, aun durante su ausencia: Tiberio desde la isla de Caprea, Calígula desde lo interior de la Bretaña, etc. ¡Cuántas cuestiones filosóficas pudieran proponerse á los mejores historiadores de la antigüedad de las que no resolvieron ni siquiera una sola!

á quienes varios siglos y multiplicadas generaciones instruyeron con nuevos ejemplos, y que pueden contemplar en la dilatada historia de lo pasado, tantos crímenes, tantos reveses, tantas penas más!

CAPITULO VII.

De la Literatura latina desde la muerte de Augusto hasta el imperio de los Antoninos.

DESPUES del siglo de Luis XIV, y durante el de Luis XV, hizo la filosofía grandes progresos, sin que la poesía ni gusto literario se perfeccionaran. Puede observarse un curso casi igual desde Augusto hasta los Antoninos; con esta diferencia sin embargo, que habiendo sido abominables monstruos los emperadores que reinaron durante este tiem-

po, el imperio no pudo sostenerse, el espíritu general debió degradarse, y un cortísimo número de hombres conservó la fuerza de espíritu necesaria para entregarse á los estudios filosóficos y literarios.

El imperio de Augusto habia envilecido las almas; un reposo sin dignidad habia borrado casi hasta los recuerdos de las virtudes animosas á que Roma era deudora de su grandeza. Horacio mismo no se avergonzaba de publicar en sus versos que él habia huido en el día de una batalla. Ciceron y Ovidio soportaron ámbos dificultosamente la desgracia del destierro. Pero, qué diferencia en la manifestacion de sus pesares! Los tristes de Ovidio están llenos de los mas débiles testimonios de un alma abatida, de las mas bajas lisonjas para con su perseguidor; y Ciceron, aun en la intimidad de su correspondencia con Atico, contiene y ennoblece de mil maneras la pena que su injusto destierro le causa. Es necesario atribuir estas desemejanzas no solamente á la diversidad de los genios, sino tambien á la de los tiem-

pos. La opinion que domina, es un centro con el que conservan los individuos siempre ciertas relaciones; y el espíritu general del siglo, si él no muda el genio, modifica las formas que se eligen para mostrarle.

Tras el floreciente reinado de Augusto, se vieron nacer las mas feroces y groseras tiranías de que haya ejemplo en la antigüedad. La excesiva desgracia dió nuevo temple á las almas; el pacífico yugo enervaba á los talentos superiores, igualmente que al vulgo; sufridos por mucho tiempo los furores de la crueldad, envilecieron todavia mas al total de la nacion; pero algunos hombres célebres se separaron de este abatimiento general, y reconocieron mas que nunca la necesidad de la filosofia estóica.

Séneca (al que no juzgo aqui mas que por sus obras), Tácito, Epicteto, Marco Aurelio, aunque en situaciones diferentes, y con genios que no pueden compararse, fueron inspirados todos por la indignacion contra el crimen. Sus escritos en latin y griego tienen un carácter totalmente diferente del de los

literatos del tiempo de Augusto; tienen mas fuerza y concision que los filósofos republicanos mismos. La moral de Ciceron tiene por principal fin el efecto que debemos producir sobre los otros; la de Séneca, el trabajo que podemos efectuar sobre nosotros mismos; el uno busca una honrosa potestad, el otro un asilo contra el dolor; el uno quiere animar la virtud, el otro luchar contra el crimen; el uno no considera al hombre mas que en sus relaciones con su pais; el otro, que no tenia patria, se ocupa en relaciones privadas. Hay mas melancolia en Séneca, mas emulacion en Ciceron.

Quando los tiranos amenazan con la muerte, precisados los filósofos á sobrellevar lo que hay de mas terrible en la naturaleza, de mas atroz en el crimen, y no pudiendo obrar por fuera de sí mismos, estudian mas íntimamente los impulsos del alma. Los escritores de la tercera época de la literatura latina no habian llegado todavía al conocimiento perfecto, á la observacion filosófica de los genios, tal como la vemos en Montaigne y la

Bruyere; pero tenian ellos mismos uno mayor: la opresion habia encerrado su talento en su seno.

La tiranía, al modo de todas las grandes calamidades públicas, puede servir para el progreso de la filosofía; pero ella causa un gravísimo detrimento á la literatura, ahogando la emulacion y depravando el gusto.

Se ha pretendido que la decadencia de las artes, de las letras, y de los imperios debia acaecer necesariamente, despues de un cierto grado de esplendor. Esta idea carece de rectitud; las artes tienen un término, créolo, mas allá del cual no se elevan; pero pueden mantenerse en la altura á que han llegado; y en todos los conocimientos capaces de progresion, se dirige la naturaleza moral á perfeccionarse. La mejora precedente es una causa de la mejora futura; este enlace puede interrumpirse por sucesos accidentales que embarazan los progresos venideros, pero que no son la consecuencia de los progresos anteriores.

Los escritores del tiempo de los empera-

dores, á pesar de las horribosas circunstancias contra las que ellos tenían que luchar, son superiores, como filósofos, á los escritores del siglo de Augusto. El estilo de los autores latinos, en la tercera época de su literatura, tiene ménos elegancia y pureza; la delicadeza del buen gusto no podia conservarse bajo unos señores tan groseros y feroces. El vulgo se envilecia con la lisonja imitadora de las costumbres del tirano; y comunicándose el corto número de hombres distinguidos dificultosamente entre sí, no podian establecer aquella opinión crítica; aquella legislación literaria, que traza una línea positiva entre el talento y la afectacion, entre la energía y la exageración.

Bajo la tiranía de los emperadores, no habia licencia ni posibilidad de remover al pueblo con la elocuencia; y las obras filosóficas y literarias no tenían influjo en los negocios públicos. No se halla pues, en los escritos de este tiempo, el carácter que imprime siempre la esperanza de ser útil, aquella justa medida que lleva la mira de determinar una

accion, de acarrear con la palabra un resultado actual y positivo. Es necesario dar divertimento al talento para ser leído por hombres separados entre sí, y cuya ambicion no puede hacer ni esperar nada del pensamiento. Es posible que, en semejante situacion, caigan los escritores en la afectacion, porque les importa mucho el hacer picantes las formas de su estilo. Séneca, y particularmente Plinio el Joven no están exentos de este defecto.

Se puede carecer tambien de buen gusto, como Juvenal, cuando se trata, por todos los medios imaginables, de despertar el horror del crimen en una nacion embotada. Manchado el pensamiento del autor con la historia de su tiempo, no puede ceñirse á aquella pureza de espresiones que debe servir siempre para pintar aun las imágenes mas irritantes. Pero estos defectos, que no podemos negar, no deben impedir el reconocer que la tercera época de la literatura romana está ilustrada con meditadores mas profundos que cuantos los habian precedido.

Hay mas ideas finas y nuevas en el tra-

tado de Quintiliano sobre el arte oratorio, que en los escritos de Ciceron sobre la misma materia. Quintiliano reunió sus propios pensamientos á los de Ciceron; y parte del punto en que se paró Ciceron. La filosofía de Séneca penetra mas adelante en el corazon humano. Plinio el Anciano es el escritor de la antigüedad que se acercó mas á la verdad de las ciencias. Tácito, bajo todos los aspectos, es superior con mucho á los mejores historiadores latinos.

Los primeros que escriben y hablan en una bella lengua, se dejan embelesar de la armonía de las frases; y Ciceron y sus oyentes no se reconocian todavia en la necesidad de un estilo mas lleno de ideas. Pero adelantando uno en la literatura, se apura sobre los gozos de la imaginacion; el espíritu se vuelve mas ansioso de ideas abstractas; el pensamiento se generaliza; las relaciones de los hombres entre si se multiplican con las edades; la variedad de las circunstancias engendra y hace descubrir nuevas combinaciones, cálculos mas profundos; y la reflexion he-

reda del tiempo. Esta especie de progresion se deja conocer en los escritores de la posterera época de la literatura latina, á pesar de las causas locales que luchaban entónces contra el curso del ingenio humano.

En honor del pueblo romano cayéron las artes de imaginacion casi del todo durante la tirania de los emperadores. Lucano no escribió mas que para reanimar con grandes recuerdos las cenizas de la república; y su muerte testificó el peligro de tan admirable designio. En balde los mas de los feroces emperadores de Roma manifestaron una desmesurada inclinacion á los juegos y diversiones públicas; pues bajo su dominacion no pareció ninguna composicion teatral digna de un durable triunfo, ni nos ha quedado ningun canto poético de los vergonzosos ocios de la esclavitud. Los literatos de aquella era no condecoraron á la tirania; y la única ocupacion á que se entregaron bajo estos detestables dominadores, es el estudio de la filosofía y elocuencia: se ejercitaban en las ar-

mas que podian servir para arruinar la opresion misma.

Las lisonjas mancharon los escritos de algunos filósofos de este tiempo; y aun sus reticencias eran vergonzosas. Sin embargo, la ignorancia en que se estaba entonces del descubrimiento de la imprenta, era favorable bajo ciertos aspectos para la libertad de escribir; zelaba ménos la tiranía sobre los libros, cuando los medios de publicidad estaban infinitamente restringidos. Los escritos polémicos, los que deben obrar sobre la opinion del momento y sobre el suceso del dia, no hubieran podido ser nunca de ninguna utilidad, de ningun influjo ántes del uso de la imprenta; no se hubieran difundido nunca bastante para producir un efecto popular; únicamente la tribuna podia lograr este fin, pero no se componía jamas una obra sino sobre ideas generales ó hechos anteriores propios para la doctrina de las generaciones. Eran pues los tiranos mucho mas indiferentes que en nuestros dias á la libertad de es-

cribir; y no perteneciendo á su patrimonio los venideros, dejaban harto gustosos que se acogiesen á ellos los filósofos.

Se pregunta como, en aquella época, no hicieron las ciencias exactas mas progresos; y como sucedió que casi ningun Romano se dedicara á ellas. Estas independientes investigaciones cautivaron con frecuencia á los espíritus que no querian rebelarse ni envilecerse. Quizas los peligros que amenazaban entonces á todos los hombres distinguidos, eran muy inminentes para dejarles el lugar necesario para semejantes tareas; quizas tambien los Romanos habian conservado mucha indignacion republicana, para poder distraer enteramente su atencion de la suerte de su pais. Los pensamientos filosóficos se reunen con todos los afectos del alma; y las ciencias nos transportan á otro muy diferente orden de cosas. Finalmente en aquella época, como no se habia descubierto el verdadero método que es menester seguir en el estudio de la naturaleza física, no se hallaba excitada la

emulacion en una carrera en que todavia no se habian conseguido triunfos mayores.

Una de las causas de la ruina de los imperios en la antigüedad, es la ignorancia de muchos descubrimientos importantes en las ciencias; los cuales descubrimientos pusieron mas igualdad tanto entre las naciones como entre los hombres. La decadencia de los imperios no está mas en el orden natural que la de las ciencias y luces. Pero ántes que toda la Europa se civilizara, ántes que el sistema político y militar, y el uso de la artilleria hubiesen equilibrado las fuerzas, finalmente ántes de la imprenta, el espíritu nacional, y las luces nacionales debian ser fácilmente el despojo de los bárbaros, siempre mas agueridos que los otros hombres. Si la imprenta hubiera existido, adquiriendo diariamente las luces y opinion pública mas fuerza, se hubiera conservado el genio de los Romanos, y con él la nacion y república; no se hubiera visto desaparecer de la tierra á aquel pueblo que era amante de la libertad sin insubordina-

cion, y de la gloria sin envidia; á aquel pueblo que, tan léjos de exigir que uno se envidiara para agradarle, se habia elevado él mismo hasta el justo aprecio de las virtudes y talentos para honrarlos con su estimacion; á aquel pueblo cuya admiracion se dirigia por las luces, y al que las luces sin embargo no estragaron nunca sobre la admiracion.

El ingenio humano, y sobre todo la emulacion patriótica, se desanimarian enteramente, si estuviera probado que es de necesidad moral que las naciones famosas se eclipsen de la tierra despues de haberla iluminado por algun tiempo. Esta sucesion de las naciones destronadas no es una inevitable fatalidad. Estudiando uno las sublimes reflexiones de Montesquieu sobre las causas de la decadencia de los Romanos, ve evidentemente que las mas de estas causas no existen ya en nuestros dias.

La mitad de la Europa, no civilizada todavia, debia por último invadir la otra. Era necesario que los beneficios de la sociedad se hicieran universales, porque todo se di-

rige al nivel en la naturaleza; pero estableciendo las delicias de la vida privada, la difusión de las luces, y las relaciones mercantiles mas paridad en los gozos, aplacarán gradualmente los afectos de rivalidad entre las naciones.

Los inauditos crímenes á que sirvió el imperio romano de teatro, son una de las principales causas de su decadencia. Unicamente el desarreglo de la opinion pública podia dar lugar á semejantes excesos *. Si se exceptúan los años del terror en Francia, la atrocidad no es conforme con la naturaleza

* Cuando Calígula habia ido á hacer la guerra en Breñaña, envió á Protógenes, uno de sus confidentes, al senado. Scribonio, senador, se acercó á Protógenes para hacerle algun cumplido sobre su llegada. Alzando Protógenes la voz le dijo: « ¿ Como se toma un enemigo del emperador la libertad de hacerme un cumplido? » Oyendo estas palabras los senadores, se echaron sobre Scribonio; y como no tenian armas, le mataron hiriéndole con sus cortaplumas. Este rasgo sobrepaja ciertamente á cuanto se contó por la historia moderna de intrépido en materia de bajeza.

de las costumbres europeas de este siglo. La esclavitud que escluia de las obligaciones de la moral á una clase de hombres, el corto número de medios que podian servir para la instruccion general, la diversidad de las sectas filosóficas que introducía en los espíritus incertidumbre sobre lo justo é injusto, la indiferencia para la muerte, indiferencia que comienza con el valor y acaba agotando las fuentes naturales de simpatía: estos eran los diversos principios de la agreste crueldad que existió entre los Romanos.

Una corrupcion repugnante y que hace estremecer tanto la naturaleza como la moral, acabó de degradar á aquel pueblo tan grande en otros tiempos. Las naciones del Mediodia cayéron en el envilecimiento, y este envilecimiento preparó el triunfo de los pueblos del Norte. La civilizacion de la Europa, el establecimiento de la religion cristiana, los descubrimientos científicos, y la publicidad de las luces pusieron nuevas barreras á la depravacion, y destruyéron algunas antiguas causas de barbarie. Así pues la

decadencia de las naciones, y la de la letras por consiguiente, es mucho ménos de temer ahora. Lo que el capítulo siguiente, en mi concepto, acabará de demostrar.



CAPITULO VIII.

De la invasion de los pueblos del Norte, del establecimiento de la religion cristiana, y de la restauracion de las letras.

Se cuentan en la historia mas de diez siglos, durante los cuales se cree bastante generalmente que el talento humano retrocedió. Seria una fuerte objecion contra el sistema de progresion en las luces, un tan largo transcurso de años, una tan considerable porcion de tiempos que nos son conocidos, durante los cuales la grande obra de la perfectibilidad pareceria que hubiese retroce-

dido; pero esta objecion que yo miraria como muy concluyente, si ella estuviera fundada, puede refutarse de un modo sencillo. No pienso que el género humano haya retrocedido durante esta época: por el contrario, creo que se diéron inmensos pasos en el curso de estos diez siglos, tanto para la propagacion de las luces como para el progreso de las facultades intelectivas.

Estudiando la historia, me parece que adquirimos la conviccion de que todos los sucesos principales se dirigen al mismo fin, la civilizacion universal. Vemos que, en cada siglo, entraron nuevos pueblos á participar de los beneficios del orden social, y que la guerra, á pesar de todos sus desastres, estendió á menudo el imperio de las luces. Los Romanos civilizáron el mundo que ellos habian sojuzgado. Era necesario que partiese desde luego la luz de un punto resplandeciente, de un pais de poca estension, como la Grecia; era necesario que, de allí á pocos siglos, una nacion belicosa reuniera bajo las mismas leyes una parte de la tierra para

civilizarla conquistándola. Haciendo desaparecer las naciones del Norte por algun tiempo las letras y artes que reinaban en el Mediodía, adquirieron sin embargo algunos de los conocimientos que los vencidos poseían; y los habitantes de mas de media Europa, ajenos hasta entónces de la sociedad civilizada, participaron de sus beneficios. Asi el tiempo nos descubre un designio en una serie de sucesos que parecia que no era mas que el mero efecto del acaso; y vemos salir un pensamiento, siempre el mismo, del abismo de los hechos y siglos.

Fué sin duda la invasion de los bárbaros una calamidad para las naciones coetáneas de semejante revolucion; pero se propagaron con este acaecimiento mismo las luces. Mezclándose los afeminados moradores del Mediodía con los hombres del Norte, tomaron de ellos una especie de vigor, y les comunicaron una especie de flexibilidad que debia servir para completar sus facultades intelectuales. La guerra por unos simples intereses políticos, entre pueblos igualmente

cultos, es el azote mas funesto que las pasiones humanas hayan producido; pero la guerra, y la sobresaliente leccion de los sucesos pueden á veces hacer abrazar ciertas ideas por la rápida autoridad del poder.

Muchos escritores sentaron que la religion cristiana era la causa de la degradacion de las letras y filosofía; estoy convencida de que semejante religion, en la época de su establecimiento, era indispensablemente necesaria para la civilizacion y mezcla del espíritu del Norte con las costumbres del Mediodía. Creo ademas que las piadosas meditaciones del cristianismo, á cualquiera objeto que ellas se hayan aplicado, despejaron las facultades intelectuales para las ciencias, metafísica y moral.

Hay ciertas épocas históricas, en que el amor de la gloria, la virtud del sacrificio, todos los afectos enérgicos finalmente, parece que no existen ya. Cuando el infortunio es general en un pais, es universal el egoismo; una porcion de cualquiera especie de felicidad es un elemento necesario de la fuerza nacional;

y la adversidad no infunde valor á los individuos asaltados de ella, mas que en medio de una nacion bastante feliz para haber conservado la facultad de admirar y compadecer. Pero cuando todos se ven igualmente perseguidos de la desgracia, no sostiene ya la opinion pública á ninguno : quedan dias, pero la vida carece ya de fin. Pierde uno mismo toda emulacion; y los gustos del deleite son el único interés de una existencia sin gloria, sin honor ni moral : tal se nos pinta el estado de los hombres del Mediodia bajo los caudillos del Bajo Imperio.

Otra nacion, no ménos distante de las verdaderas máximas de la virtud, vino á conquistar esta envilecida nacion. La ferocidad guerrera, la ignorancia dominadora, presentaban al hombre atemorizado delitos opuestos á las bajezas del Mediodia, pero mas formidables en sus efectos aunque ménos corrompidos en su fuente. Para domar á semejantes conquistadores, para reparar á semejantes vencidos, era necesario el entusiasmo, noble virtud del alma, estraviándola á veces, pero

pudiendo sola ella luchar con buen éxito contra el instinto habitual de sí, y la personalidad en aumento siempre. Era necesario aquel afecto, que nos hace hallar la felicidad en el sacrificio de nosotros mismos.

Por cierto no quiero templar la indignacion que infunden hoy dia los crímenes y locuras de la supersticion; pero estoy considerando cada grande época de la historia filosófica del pensamiento, con respecto al estado del ingenio humano en esta época misma; y la religion cristiana, cuando ella se fundó, era, en mi dictámen, necesaria para los progresos de la razon.

Los pueblos del Norte no daban valor ninguno á la vida. Esta disposicion los hacia animosos para sí mismos, pero crueles para los otros. Tenian imaginacion, melancolia, propension á la mística, pero un profundo menosprecio de las luces, como si ellas debilitaran el espíritu belicoso; y las mugeres eran mas instruidas que los hombres, á causa de que estaban mas desocupadas que ellos. Las amaban, les eran fieles, les tributaban un

culto ; podian experimentar alguna sensibilidad en el amor. La fuerza, la lealtad guerrera, y la verdad, como atributos de la fuerza, eran las únicas ideas que ellos hubieran concebido sobre la virtud. Colocaban en el cielo las delicias de la venganza. Mostrando sus rostros llenos de cicatrices, y contando el número de los enemigos cuya sangre habian derramado ellos, creian cautivar la voluntad de las mugeres. Ofrecian víctimas humanas á sus damas, como á sus dioses. Su sombrío clima no presentaba mas que tempestades y tinieblas á su imaginacion; designaban la revolucion de los dias con el cálculo de las noches, y la de los años con los inviernos. Los gigantes del yelo presidian en sus proezas. El diluvio, en sus tradiciones, era la tierra inundada de sangre. Creian que desde lo alto del cielo, Odino los animaba para la matanza. El dogma de las penas y recompensas no tenia mas fin que fomentar ó castigar las acciones marciales. El hombre nacia para sacrificar al hombre. La vejez estaba menospreciada, el estudio envilecido, y la humanidad ignorada. No

tenian las facultades del alma entre estos hombres mas uso, que el de aumentar la fuerza física. Todas sus miras se dirigian hácia la guerra.

Estos son los elementos de que era preciso sin embargo hacer salir la moralidad de las acciones, la dulzura de los afectos, y el gusto de las letras.

El trabajo que habia que efectuar sobre las naciones del Mediodia, no era de una menor dificultad. El genio romano, aquel milagro del orgullo nacional y de las instituciones políticas, no existia ya; los habitantes de la Italia tenian repugnancia á cualquiera idea de gloria; no creian ya mas que en el deleite, daban culto á todas las deidades en cuyo honor se celebraban fiestas; se sujetaban al yugo de todos los dominadores, á quienes algunos soldados exaltaban ó destronaban á su voluntad; amenazados incesantemente de una proscriccion arbitraria, despreciaban la muerte, no con el auxilio del valor, sino con el atolondramiento del vicio. No interrumpia la muerte proyectos ilustres, ni la progresion de pensamientos útiles; no rompía ella vinculos que-

ridos, ni arrancaba de profundos afectos; sino que únicamente impedía gozar en el siguiente día de la diversion que ya habia fatigado quizas en la vispera. La corrupcion universal habia borrado hasta la memoria de la virtud; el que hubiera querido traerla á la memoria, no hubiera conseguido mas que un asombro mezclado con censura. La naturaleza moral del hombre del Mediodia se perdia en los gozos del deleite, y la del hombre del Norte en el ejercicio de la fuerza. Si en el Mediodia se hallaba todavía alguna innata inclinacion á las letras, artes y filosofia era dirigida únicamente hácia las sutilezas metafísicas; el espíritu sofístico ponía en duda las verdades del raciocinio; y la indolencia, los afectos del corazon.

En medio de esta deplorable postracion, en que habian caído las naciones del Mediodia, les hizo la religion cristiana abrazar el imperio de la obligacion, la voluntad del sacrificio, y la certeza de la fe. Pero ¿no hubiera valido mas, se dirá, reducir á la virtud por medio de la filosofia? Era imposible en

aquella época influir sobre el espíritu humano sin el auxilio de las pasiones. La razon les hace resistencia y se sirven de ellas las religiones.

Todas las naciones de la tierra estaban sedientas de entusiasmo. Satisfaciendo Mahoma esta necesidad, engendró un fanatismo con la mas estraña facilidad. Aunque Mahoma fué un grande hombre, sus portentosos triunfos dependieron de las disposiciones morales de su tiempo; no estando destinada sin embargo su religion mas que á los pueblos del Mediodia, tuvo ella la única mira de realzar el espíritu militar, ofreciendo los placeres por premio de las proezas. Formó esta religion conquistadores; pero no llevaba en sí ninguna semilla de progreso intelectual. El general profeta no se habia ocupado mas que en la obediencia; y formó soldados únicamente. El dogma de la fatalidad, que hace invencible en la guerra, embrutecía durante la paz. El mahometismo fué estacionario en sus efectos; y detuvo el espíritu humano, despues de haberle hecho dar unos pasos. Teniendo la

religion cristiana un legislador cuyo primer fin era perfeccionar la moral, y debiendo reunir bajo las mismas banderas á naciones de costumbres opuestas, era mucho mas favorable para el aumento de las virtudes y facultades del alma.

Para apoderarse de tan diferentes genios los del Norte y los del Mediodia, era necesario combinar muchos móviles diversos.

La religion cristiana dominaba sobre los pueblos del Norte, apoderándose de su disposicion á la melancolía, de su propension á las imágenes tétricas, de su perenne y profunda ocupacion en la memoria y destino de los muertos. El paganismo no tenia nada en sus basas y principios que pudiera hacerle dueño de semejantes hombres. Los dogmas de la religion cristiana, y el exaltado espíritu de sus primeros secuaces, fomentaban y dirigian la tristeza apasionada de los habitantes de un clima nebuloso: algunas de sus virtudes, la verdad, la castidad, la fidelidad en las promesas, estaban sancionadas por la ley divina. La religion, sin alterar la natu-

raleza de su valor, consiguió darle otro objeto. El soportarlo todo para ilustrarse en la guerra, era una cosa conforme con sus costumbres. La religion les prescribia despreciar los dolores de la muerte en defensa de su fe, y en cumplimiento de sus obligaciones. La intrepidez destructiva se convirtió en inalterable resolucion; y la fuerza que no llevaba mas fin que la dominacion de la fuerza, fué dirigida por máximas morales. Los errores del fanatismo pervirtiéron estas máximas á menudo; pero unos hombres, indómitos en otros tiempos, reconocieron sin embargo una potestad superior á ellos, algunas obligaciones por leyes, y terrores religiosos por freno. El hombre débil pudo amenazar al fuerte; y se vislumbró desde aquella época la aurora de la igualdad.

Capaces de entusiasmo los pueblos del Mediodia, se dedicaron fácilmente á la vida contemplativa, que concordaba con su clima é inclinaciones; y fuéron los primeros en acoger con ardor los institutos monacales. Las maceraciones y austeridades se abrazá-

ron prontamente por una nacion, á la que la saciedad misma de los deleites echaba en la exageracion de las observancias religiosas. En estas ardientes cabezas, fácilmente crédulas, fácilmente fanáticas, brotaron cuantas supersticiones y delitos martirizaron la razon. Les fué ménos útil que á las naciones del Norte la religion, porque estaban mucho mas corrompidos, y que es mas fácil civilizar á un pueblo ignorante, que reparar de su degradacion á otro estragado. Pero la religion cristiana avivó sin embargo varios principios de vida moral en algunos hombres sin fin ni vínculos; no pudo restituirles una patria, pero dió vigor á muchos genios. Dirigió ella al cielo unas miradas manchadas con los vicios de la tierra. En medio de todas las locuras del martirio, quedó en algunas almas la fuerza de los sacrificios, la abnegacion del interes personal, y un poder de abstraccion y pensamiento, de que se vieron salir útiles resultados para el talento humano.

La religion cristiana fué el vínculo de los pueblos del Norte y del Mediodia; refundió,

por decirlo así, en una opinion comun opuestas costumbres; y reconciliando á unos enemigos, formó de ellos naciones en que los hombres enérgicos fortalecian el genio de los hombres ilustrados, y estos despejaban el entendimiento de los hombres enérgicos.

Hizose esta mezcla lentamente, sin duda. La eterna Providencia destina profusamente muchos siglos al cumplimiento de sus designios, de lo que se irrita y asombra nuestra pasagera existencia; pero por último los vencedores y vencidos acabaron no siendo mas que una misma nacion en los diversos países de la Europa, á lo que contribuyó la religion cristiana eficazmente.

Antes de analizar todavía algunos otros beneficios del cristianismo, séame lícito pararme aquí para hacer conocer una conformidad que me ha llamado la atencion entre esta época y la revolucion francesa.

Los nobles, ó los que dependían de esta primera clase, reunian en general todas las ventajas de una distinguida educacion; pero la prosperidad los habia afeminado, y per-

dian por grados las virtudes que podian escusar su preeminencia social. Los hombres de la clase del pueblo, por el contrario, no tenían todavía mas que una tosca civilización, y costumbres que las leyes refrenaban, pero que la licencia debia restituir á su natural ferocidad. Hiciéron, por decirlo así, una invasion en las clases superiores de la sociedad; y cuanto hemos sufrido, y cuanto condenamos en la revolucion, depende de la fatal necesidad que á menudo obligó á confiar la direccion de los negocios á estos conquistadores del orden civil: tienen por fin y por bandera una idea filosófica; pero su educacion está muchos siglos atras de la de los hombres á quienes vencieron. Los vencedores, en la guerra y en lo interior, tienen muchas propiedades de semejanza con los hombres del Norte, los vencidos mucha analogía con las luces y preocupaciones, los vicios y sociabilidad de los moradores del Mediodía. Es menester que la educacion de los vencedores se haga; es menester que las luces que estaban encerradas en un cortísimo número

de hombres, se extiendan mucho mas allá, ántes que los gobernantes de la Francia esten todos enteramente exentos de vulgaridad y barbarie. Se debe esperar que la civilizacion de nuestros hombres del Norte, que su mezcla con nuestros hombres del Mediodía, no exijirá diez á doce siglos. Caminaremos mas pronto que nuestros mayores, porque al frente de hombres sin educacion se hallan á veces espíritus notablemente ilustrados, porque el siglo en que vivimos, la invencion de la imprenta, y las luces de lo restante de la Europa, deben acelerar los progresos de la clase recientemente admitida á la direccion de los negocios políticos; pero no podemos prever todavía con qué medio se terminará la guerra de los antiguos poseedores y de los nuevos conquistadores.

¡ Dichosos nosotros si halláramos, como en la época de la invasion de los pueblos del Norte, un sistema filosófico, un entusiasmo virtuoso, una fuerte y justa legislacion, que fueran, como la religion cristiana lo fué, la

opinión en que los vencedores y vencidos pudieran reunirse!

Esta mezcla, esta reconciliación del Norte y Mediodía, que fué un tan grande alivio para el mundo, no es el único resultado útil de la religión cristiana. Se le atribuye generalmente la destrucción de la esclavitud. Es necesario añadir también á este acto de justicia dos beneficios, de cuya fuente ó acrecentamiento somos deudores á la misma, la felicidad doméstica y la simpatía de la sociedad.

Todo se resentía, entre los antiguos, aun en las relaciones de familia de la odiosa institución de la esclavitud. El derecho de vida y muerte á menudo acordado á la autoridad paternal, los comunes ejemplos del delito de la esposición de los niños, la potestad marital asemejada bajo muchos aspectos á la de los padres, y todas las leyes civiles últimamente tenían alguna conformidad con el código abominable que entregaba el hombre al hombre, y creaba entre los mortales dos clases, la una de las cuales no se creía con obliga-

ción ninguna relativa á la otra. Abrazada una vez esta basa, no se llegaba á la libertad mas que por graduaciones. Las mugeres durante toda su vida, los hijos durante su juventud, estaban sujetos á algunas condiciones de la esclavitud.

En las corrompidas edades del imperio romano, la mas desenfadada licencia habia arrancado de la servidumbre á las mugeres por medio del envilecimiento; pero el cristianismo les acordó la igualdad, á lo ménos en las relaciones morales y pías. Haciendo el cristianismo una sagrada institución del matrimonio, fortaleció el amor conyugal y cuantos afectos dimanaban de él. El dogma del infierno y paraíso anuncia las mismas penas, y promete las mismas recompensas á ambos sexos. El Evangelio, que prescribe virtudes privadas, una obscura suerte, una piadosa humildad, presentaba tanto á las mugeres como á los hombres los medios de conseguir la palma de la religión. La sensibilidad, imaginación, y debilidad infunden disposiciones para la devoción. Debían sobrepujar pues las

mugeres con frecuencia á los hombres, en aquella emulacion de cristianismo que se apoderó de la Europa durante los primitivos siglos de la historia moderna.

La religion y felicidad de la vida doméstica fijaron la vida errante de los pueblos del Norte; los cuales se establecieron en un país, y permanecieron en sociedad. Entónces comenzaron pues las mugeres á ir á medias en la asociacion humana, y entónces tambien se conoció realmente la felicidad doméstica. Mucho poder deprava la bondad, y vicia todos los gozos de la delicadeza; las virtudes y los afectos no pueden resistir por una parte al ejercicio de la autoridad, ni por otra al hábito del temor. La felicidad del hombre se acrecentó con toda la independencian que el objeto de su afecto consiguió; pudo creerse amado; le escogió una criatura libre; y la misma prestó obediencia á sus deseos. Los cálculos intelectuales, las diferencias conocidas por el corazon, se multiplicaron con las ideas é impresiones de estas nuevas almas, que se ensayaban en la existencia moral, des-

pues de haber estado consumiéndose por mucho tiempo en la vida.

Las mugeres no compusieron obras realmente superiores; pero no por ello favorecieron ménos eminentemente los progresos de la literatura, con la multitud de pensamientos que las relaciones mantenidas con estos seres volubles y delicados les inspiraron á los hombres. Todas las conformidades se duplicaron, por decirlo así, desde que se consideraron los objetos bajo un aspecto enteramente nuevo. La confianza de un vínculo íntimo dió á conocer mas sobre la naturaleza moral, que cuantos tratados y sistemas que pintaban al hombre tal como él se muestra á sus semejantes, y no tal como es realmente.

La commiseracion del doliente debia existir, sin excepcion de tiempos, en lo interior del corazon; sin embargo una grande diferencia caracteriza la moral de los antiguos, y la distingue de la del cristianismo; la una está fundada en la fuerza, y la otra en la simpatía. El espíritu militar, que debe haber dirigido el origen de las sociedades, se

deja conocer todavía hasta en la filosofía estoica; y el poder sobre sí mismo se ejerce en ella, por decirlo así, con un vigor guerrero. La felicidad de los demás no es el objeto de la moral de los antiguos; y el hacerse independiente de ellos, es el principal fin de todos los consejos de los filósofos.

La religión cristiana exige también la abnegación de sí mismo; y aun la exageración monacal llega en esta virtud mucho más allá de la filosófica rigidez de los antiguos; pero el principio de este sacrificio en la religión cristiana, es el rendimiento á su Dios y á sus prójimos, y no, como entre los estoicos, la soberbia y dignidad de su propio genio. Estudiando el sentido del Evangelio, sin agregarle las falsas interpretaciones que se hicieron de él, vemos fácilmente que el espíritu general de este libro es la beneficencia relativa á los menesterosos. En él se mira el hombre como si debiera hacerle una profunda impresión la pena de su semejante.

Una moral simpática en un todo era singularmente propia para dar á conocer el corazón humano; y aunque la religión cristiana, al modo de todas las otras, prescribía domar las pasiones, estaba mucho más inmediata que el estoicismo á reconocer la dominación de ellas. Mas modestia, mas indulgencia en las máximas, y mas abandono en las declaraciones daban más lugar á que se manifestara el genio del hombre; y la filosofía, que tiene por fin el estudio de los impulsos del alma, adquirió mucho por medio del cristianismo.

Le debe la literatura también mucho en cuantos efectos dimanaban del dominio de la melancolía. La religión de los pueblos del Norte les inspiraba en todo tiempo, es verdad, una disposición semejante bajo ciertos aspectos; pero los oradores franceses son deudores al cristianismo de las ideas vehementes y téticas que engrandecieron su elocuencia.

Se ha hecho á la religión cristiana el cargo de haber debilitado los genios; el Evan^g

gelio llevó la mira de luchar contra la ferocidad: pues bien, es imposible infundir á un mismo tiempo mucha humanidad para con sus semejantes, y la mas incompleta insensibilidad para sí mismo. Era menester dar al asesinato sus horribles visos; era menester horrorizar con la sangre y la muerte: la naturaleza no permite que la simpatía se ejerza toda entera por fuera de nosotros. El fanatismo, en diversas épocas, ahogó los afectos de dulzura que la religion cristiana infundia; pero debo examinar el espíritu general de esta religion; y en nuestros días, podemos notar tambien, en los países en que se halla establecida la reforma, cuan saludable es sobre la moral el influjo del Evangelio.

Echan ménos los filósofos el paganismo, tolerante por su esencia, cuando le comparan con el fanatismo que la religion cristiana infundió. Aunque las pasiones vehementes arrastran á unos delitos que la indiferencia no hubiera causado nunca, hay circunstancias en la historia en que estas pasiones son

necesarias para restablecer los móviles de la sociedad. La razon, con la ayuda de los siglos, se apodera de algunos efectos de estos grandes impulsos; pero hay ciertas ideas que las pasiones hacen descubrir, y que hubieran quedado ignoradas sin ellas. Hay necesidad de violentas conmociones para dirigir el espíritu humano hácia unos objetos enteramente nuevos; los terremotos, los fuegos subterráneos muestran á la vista del hombre riquezas cuyo camino no se hubiera abierto suficientemente por el tiempo solo.

Creo ver una prueba mas de esta opinion, en el influjo que el estudio de la teología ejerció sobre los adelantamientos de la metafísica. Se ha considerado á menudo este estudio como el uso mas ocioso del pensamiento, como una de las principales causas de la barbarie de los primeros siglos de nuestra era. Es sin embargo una especie de esfuerzo intelectual, que dió un singular progreso á las facultades del ingenio. Si no juzgamos el resultado de semejante trabajo

mas que en sus relaciones con las artes de imaginacion, ninguna cosa puede dar una idea ménos favorable de él. La nobleza, elegancia, y gracia de las formas antiguas parecía que debían desaparecer para siempre en tiempo de los pedantescos errores de los escritores teológicos. Pero la especie de talento que nos hace propios para el estudio de las ciencias, se formaba con las controversias sobre los dogmas, aunque su objeto era tan pueril como absurdo.

La atencion y abstraccion son las verdaderas facultades del hombre meditador; y únicamente estas facultades pueden favorecer los progresos del talento humano. La imaginacion, los dones que se derivan de ella no reaniman mas que los recuerdos; pero únicamente con el método metafísico podemos llegar á ideas realmente nuevas. Los dogmas espirituales ejercitaban á los hombres en la concepcion de pensamientos abstractos; y la intensa aplicacion mental que el enlace de las sutiles consecuencias de la teología requería, habilitaba la cabeza

para el estudio de las ciencias exactas. ¿Como sucede, dirán, que el profundizar el error pueda servir nunca para el conocimiento de la verdad? Es que el arte del raciocinio, la fuerza de meditacion que permite comprender las relaciones mas metafísicas, y formarles un vínculo, un orden, un método, son un ejercicio útil á las facultades discursivas, cualquiera que sea el punto de que se parte y el fin que se quiere lograr.

Sin duda, si las facultades formadas en esta especie de tarea no se hubieran dirigido despues hácia otros objetos, no hubiera resultado de ello mas que desgracias para el género humano; pero cuando vemos, en la restauracion de las letras, que el pensamiento toma de repente un tan elevado vuelo, y que las ciencias hacen en breve tiempo asombrosos adelantos, nos inclinamos á creer que aun habiéndose estraviado el talento en sus sendas, adquiria fuerzas que aceleraron su paso en el camino de la razon y filosofía.

Algunos hombres pueden darse por gusto al estudio de las ideas abstractas; pero el mayor número no se dedicó á él mas que por un interes de partido. Los conocimientos políticos habian hecho sumos progresos en los primeros años de la revolucion francesa, á causa de que ellos favorecian la ambicion de muchos, y agitaban la vida de todos. Las cuestiones teológicas, en su tiempo, habian sido el objeto de un empeño tan vivo, de una tan profunda analisis, á causa de que las contiendas que ellas engendraban, se avivaban por el ansia de la autoridad y el temor de la persecucion. Si no se hubiera introducido el espíritu de faccion en la metafisica, si las pasiones ambiciosas no se hubieran interesado nunca en las controversias abstractas, los espíritus no se hubieran dedicado jamas harto vivamente á ellas, para adquirir, en esta especie dificultosa, todos los medios necesarios para las invenciones de los siglos siguientes.

La instruccion lleva este curso para la masa de los hombres. Cuando las opiniones

que uno profesa sobre una clase de ideas de cualquiera especie, llegan á ser la causa y las armas de los partidos, el odio, el furor y la envidia recorren todas las relaciones, se apoderan de todos los lados de los objetos en controversia, agitan cuantas cuestiones les son relativas: y luego que se retiran las pasiones, va la razon á coger, en medio del campo de batalla, algunas reliquias útiles al exámen de la verdad.

Toda institucion buena con respecto á un cierto peligro momentáneo, y no á la eterna razon, se vuelve un abuso insoportable, despues de haber corregido abusos mayores. La caballería era necesaria para templar la ferocidad militar con el culto de las mugeres y el espíritu religioso; pero la caballería, como una orden, como una secta, como cuanto separa á los hombres en vez de reunirlos, debió considerarse como un mal funesto, luego que ella hubo cesado de ser un remedio indispensable.

La jurisprudencia romana, que era muy acertado dar á conocer á unas naciones que

no conocian mas que el derecho de las armas, llegó á ser un estudio artificioso y pedantesco, y embebió á los mas de los sabios escapados de la teología.

El conocimiento de las lenguas antiguas, que atrajo de nuevo el verdadero gusto de la literatura, infundió por espacio de algun tiempo un ridículo furor de erudicion. Lo presente y lo venidero se anonadaron en cierto modo con el pueril exámen de todas las circunstancias de lo pasado. Diversos comentarios sobre las obras de los antiguos habian ocupado el puesto de las consideraciones filosóficas; parecia que debía haber siempre libros entre la naturaleza y el hombre. Era tanto el valor que se daba á la erudicion, que ella absorbía por enteró el talento inventivo. Cuanto era relativo á los antiguos, lograba entónces un igual grado de empeño; y se hubiera dicho que importaba mucho mas saber que elegir.

Todos estos defectos sin embargo habian tenido su cierta utilidad; y echamos de ver, en la restauracion de las letras, que los siglos

llamados bárbaros sirviéron, como los otros, primeramente para la civilizacion de un mayor número de pueblos, y en segundo lugar para la perfeccion misma del talento humano.

Si no consideramos esta época del renacimiento de las letras mas que bajo el único aspecto de las obras de gusto é imaginacion, hallaremos sin duda que se malograron cerca de mil y seiscientos años, y que el ingenio humano, desde Virgilio hasta los autos sacramentales representados en el teatro de Paris, no hizo en la carrera de las artes mas que retroceder hácia la mas absurda barbarie; pero no sucede lo mismo con las obras de filosofia. Bacon, Maquiavelo, Montaigne, todos los tres casi coetáneos en diferentes paises, salen repentinamente de estos oscuros tiempos, y se muestran sin embargo muchos siglos por delante de los últimos escritores de la literatura antigua, y especialmente de los últimos filósofos antiguos.

Si el talento humano no hubiera ido caminando durante los siglos mismos en que con trabajo seguimos su historia; ¿se hubie-

ran visto en la moral, en la política y ciencias, unos hombres que, en la época misma de la restauracion de las letras, pasaron con mucho mas allá de los ingenios mas consumados entre los antiguos? Si hay una infinita distancia entre los últimos hombres célebres de la antigüedad y los primeros que entre los modernos, se ilustraron en la carrera de las ciencias y letras; si Bacon, Maquiavelo, Montaigne tienen ideas y conocimientos infinitamente superiores á las de Plinio, Marco Aurelio, etc. ¿no es evidente que la razon humana hizo progresos durante el intervalo que separa á estos grandes hombres? Porque no es menester olvidar la máxima que he sentado al principio de la presente obra: que el mas notable ingenio no es superior nunca á las luces de su siglo mas que en un corto número de grados.

La historia del talento humano, durante los tiempos que corrieron entre Plinio y Bacon, entre Epicteto y Montaigne, entre Plutarco y Maquiavelo, nos es poco conocida, porque los mas de los hombres y naciones

se confunden en un suceso único, la guerra. Pero las hazañas militares no conservan sino un débil interes mas allá de la época de su dominacion. No hay mas que un hecho para el hombre docto desde el principio del mundo, son los progresos de las luces y razon. Sin embargo, así como el sabio observa el oculto trabajo con que la naturaleza combina sus progresos, así tambien el moralista descubre la reunion de las causas que prepararon, por espacio de mil y cuatrocientos años, el actual estado de las ciencias y filosofía.

¿Qué fuerza no mostró repentinamente el ingenio humano en medio del siglo quince! cuantas importantes invenciones! qué nuevo rumbo se abrazó en pocos años! ¿Pueden no referirse á ninguna cosa anterior tan rápidos progresos, y tan asombrosos aciertos? ¿no se echó á un lado prontamente el mal gusto hasta en las artes? Los progresos del pensamiento hicieron hallar en breve tiempo los principios de la verdadera perfeccion en todas las especies, y la literatura no se perfeccionó tan pronto, sino porque el talento

se había ejercitado en tanto grado, que habiendo vuelto á entrar una vez en las sendas de la razon, debia caminar á largo paso por ellas.

Una causa principal de la ardiente emulacion que las letras promovieron en el momento de su restauracion, es el portentoso lustre que iba anejo entonces á la fama de buen escritor. Se confunde uno con los innumerables homenajes que se tributaron á Petrarca, y con el inaudito empeño que se ponía en la publicacion de sus sonetos. Las gentes estaban cansadas de aquella absurda preocupacion militar que queria envilecer la literatura; y diéron en el opuesto extremo. Quizá tambien era necesario todo el fausto de estas recompensas de opinion, para dar estimulo á las arduas tareas que exigian, hace tres siglos, la perfeccion de las lenguas modernas, la regeneracion del espíritu filosófico, y la formacion de un método nuevo para la metafísica y ciencias exactas.

Detengámonos sin embargo en la época

que da principio á la nueva era, desde la cual pueden contarse, sin interrupcion, las mas asombrosas conquistas del ingenio del hombre; y comparando nuestras riquezas con las de los antiguos, tan léjos de dejarnos desanimar con la estéril admiracion de lo pasado, reanimémonos con el fecundo entusiasmo de la esperanza: unamos nuestros esfuerzos, y entreguemos nuestras velas al rápido viento que nos arrastra hácia lo venidero.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

MA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



TABLA DE LOS CAPITULOS.

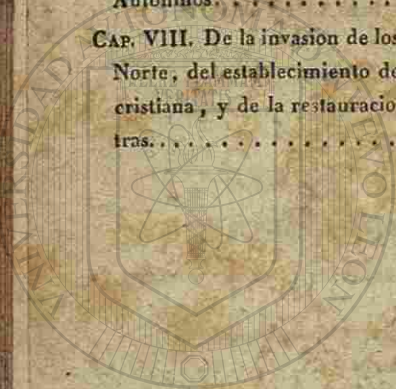
PROLOGO.	1
Discurso preliminar.	25

PRIMERA PARTE.

DE LA LITERATURA ENTRE LOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

CAP. I ^o . De la primera época de la Literatura de los Griegos.	77
CAP. II. De las Tragedias griegas.	106
CAP. III. De la Comedia griega.	128
CAP. IV. De la Filosofía y Elocuencia de los Griegos.	136
CAP. V. De la Literatura latina, mientras que la república romana duraba todavía. .	154
CAP. VI. De la Literatura latina en el imperio de Augusto.	190

CAP. VII. De la Literatura latina desde la muerte de Augusto hasta el imperio de los Antoninos.	205
CAP. VIII. De la invasion de los pueblos del Norte, del establecimiento de la religion cristiana, y de la restauracion de las letras.	220



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F
OM
MAM
S
SIDAD AUTÓNOMA
CON GENERAL DE

VO
ECA